EL BARCO  DE VAPOR

Memorias de una vaca

Bernardo Atxaga

Mo y su Pesado (conciencia) inician el recuerdo de una vida marcada por una decisión inapelable: no ser una vaca tonta, ya que «no hay nada más tonto que una vaca tonta».

Con el lema claro desde el principio, Mo inicia desde su retiro, acompañada de la hermana Bernardette, el relato de su vida, una vida que nos permite ver de reojo historias interesantes de la época de la posguerra española, la figura de los maquis, la autoridad del ejército, la amistad, el valor de la memoria, etc. La historia de Mo se centra en su hogar, Balanzategui, donde sus dueños logran, ante la mirada amenazante de Gafas Verdes y sus secuaces, suministrar provisiones a los Maquis, que en las montañas continúan la lucha contra Franco. Ese suministro se logra en parte gracias a las vacas que viven en Balanzategui, ya que constituyen (sin saberlo) un buen sistema de comunicación entre los guerrilleros y los dueños de la finca. Al final Gafas Verdes comprende el enredo y la tragedia se cierne sobre la casa. Mo se marcha de casa junto a su amiga La Vache que rit, juntas recorren la geografía española pero pasado algún tiempo Mo se quedará sola y derrumbada por la soledad está a punto de sucumbir a la tristeza, no lo hace y por el camino hallará a Bernardette, junto a la cual vivirá en el convento, hasta que decida acabar sus memorias.

Bernardo Atxaga

Memorias de una vaca

El Barco de Vapor - Serie Roja - 72

ePub r1.2

Hechadelluvia 27.08.14

Título original: *Behi Euskaldun Baten Memoriak*
Bernardo Atxaga, 1992
Traducción: Aránzazu Sabán

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1



1

***El mandato de mi voz interior, o cómo tomé la decisión de escribir estas memorias vacunas. Recuerdo de una nevada*.**

ERA una noche de rayos y truenos, y los ruidos y el jaleo del temporal acabaron por despertarme casi del todo.

—Escucha, hija mía, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente? —me preguntó entonces mi voz interior. Y poco después, sin darme un respiro siquiera para despabilarme completamente—: Pero ¿no has de abandonar el sueño y la molicie? ¿No has de acogerte a la excelente y fructífera luz? Dímelo en dos palabras y con el corazón en la mano, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente?

Esta voz interior mía tiene una lengua muy remilgada y muy llena de cumplidos, y por lo visto no puede hablar como todo el mundo, llamando a la hierba «hierba» y a la paja «paja»; si por ella fuera, a la hierba tendríamos que decirle «el saludable alimento que para nosotras crió la madre tierra», y a la paja, «el no saludable alimento necesario para los casos en los que el bueno falta y declina». Sí, así habla esa voz que escucho dentro de mí, con lo que resulta que se alarga una barbaridad cada vez que quiere explicar algo, con lo que resulta que la mayor parte de sus asuntos se hacen muy aburridos, con lo que resulta que hay que cargarse de paciencia para atenderla sin ponerse a gritar. Y aún poniéndose a gritar, da lo mismo, porque la voz no se va de su sitio, no hay manera de que desaparezca.

—No puede desaparecer porque se trata de nuestro Ángel de la Guarda —me dijo una vez, cuando todavía era joven, una vaca de cierta edad llamada Bidani—. Alegría debía darte saber que él está dentro de ti. Te será el mejor de los amigos en esta vida, y

te confortará siempre que te encuentres sola. ¿Que te ves en el aprieto de tener que elegir algo? Pues nada, le escuchas a él, que él te indicará la elección mejor. ¿Que alguna vez te encuentras en grave peligro? Pues confía, deja tu vida en manos del Ángel de la Guarda, él guiará tus pasos.

—¿Me lo tengo que creer? —pregunté a Bidani.

—Pues claro que sí —me respondió ella con algo de arrogancia.

—Pues, usted perdone, pero no le creo ni palabra.

¿Qué le iba a decir? Ella era de más edad que yo, de eso no cabía duda, pero también muy crédula en comparación conmigo. Porque la verdad es que todavía no ha nacido quien me demuestre qué es el Ángel de la Guarda, y así las cosas prefiero no creérmelo. Yo soy de ese pelaje: cuando algo está claro, cuando por ejemplo me ponen delante un montoncillo de alholva y me dicen «Esto es alholva», entonces voy yo, lo huelo y digo, «Sí, esto es alholva», reconozco la verdad; pero de lo contrario, no habiendo pruebas, o cuando la prueba ni siquiera huele, entonces yo prefiero no creer. Como dice el refrán:

¿Qué creías que era vivir?
¿Creérselo todo y echarse a dormir?

No señor, eso no es vivir, eso es hacer el tonto y comportarse como los del género ovejuno.

—No acabas de comprender, joven —insistió Bidani con la misma arrogancia que antes—. El Ángel de la Guarda no puede oler a nada. Como ángel que es, está en nuestro interior como un espíritu, sin ocupar ningún sitio.

—Se merecería usted ser oveja —le respondí con todo mi descaro, y dándome la vuelta me fui.

Pero sea como sea, creyendo o sin creer, aquella voz interior siempre estaba allí, y no me quedaba más remedio que admitir la realidad. Le llamara Ángel de la Guarda, le llamara Espíritu, Voz, Conciencia o lo que se quiera, tanto con un nombre como con otro, aquello siempre estaba dentro de mí.

—¿Cuál es su nombre? —le pregunté un día a la voz. Era en la época en la que todavía le hablaba con respeto, de muy joven.

—El que tú quieras, hija mía. En lo que se refiere a mí, todo está en tus manos,

soy tu servidor. Y, dicho sea de paso, es una servidumbre que acepto muy gustoso.

—Sí, claro, cómo no. Pero respóndame, por favor: ¿cómo se llama?

—Discúlpame, hija, pero tal como hace poco te he explicado, estoy a tus órdenes. A la dueña corresponde bautizar a su criado.

—¡Pues sí que eres pesado! —me enfadé al final—. ¡Más pesado que el mismísimo piojo! No sé si eres un ángel o un espíritu maligno, no sé tampoco por qué motivo estás dentro de mí, pero sé cómo eres, ¡ya lo creo que lo sé! ¡Eres de los que siempre tienen que salirse con la suya! ¡Así es como eres!

Entonces, y con la pizca de rabia que sentía, tomé una decisión: que a aquel supuesto Ángel de la Guarda yo le iba a llamar El Pesado. Y desde aquel día no ha sido otro para mí: El Pesado, Pesado y Pesado. El Pesado, Pesado y Pesado.

—No puede afirmarse que sea el nombre más bonito del mundo —oí entonces—, pero tampoco es el más feo ni el más desagradable.

A pesar de los pesares, y dicho lo dicho, en un principio no tenía mala opinión de aquel Pesado de mi interior, y hasta les daba su poco de razón a los que me hablaban a favor suyo. A ratos me parecía mi mejor amigo, buen compañero para los momentos gratos y mejor en los amargos, y cuando me hablaba lo escuchaba con gusto. Recuerdo, en este sentido, lo sucedido el primer invierno de mi vida. ¡Entonces sí que me hizo compañía! ¡Sí que se portó entonces como un verdadero amigo! Todo sucedió un día de nevada.

—Mira, hija mía, está nevando —me dijo él desde dentro—. Ha empezado a nevar y estamos bastante lejos de casa. Convendría que fueras bajando del monte.

—¿Bajar del monte? ¡Que te crees tú eso! —le contesté con un desplante. Y es que se trataba de la primera vez que yo veía nieve, y no advertía el peligro de los copos que sentía deshacerse en mi espalda. Y con eso, me apliqué de nuevo a comer hierba con toda mi atención, porque, esto también hay que decirlo, yo me pierdo por la hierba cortita y sabrosa de los lugares altos, nunca me he conformado con las insulsas hierbas de los prados.

No sé cuánto tiempo pasó mientras comía la hierba chiquita sin levantar la cabeza, pero mucho no sería, no creo. Puede que media hora, puede que la hora entera. Sin embargo, a causa de la nieve caída, enseguida me fue imposible seguir comiendo. Estiraba la boca en busca de más hierba, y lo que metía en ella era un bocado de hielo. Hozaba la tierra como había visto a los cerdos, y lo mismo, otro trozo que me producía escalofríos. Me enderecé irritada y miré a mi alrededor. Y entonces sí,

entonces sí que me asusté. El paisaje que vi alrededor no era para menos.

Una roca negra y mucha nieve, allí no había otra cosa. El yerbal donde había estado comiendo estaba blanco; y blanco igualmente el de más allá; y todos los demás también blancos. Por otra parte, el camino que los atravesaba para luego bajar hasta mi casa no se veía por ningún sitio, había desaparecido en aquella blancura.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Cómo voy yo ahora a casa? —me dije dando unos pasos hacia la roca negra. Estaba un poco apurada.

Di un bramido, a ver si alguna compañera del establo contestaba y me orientaba hacia el camino de casa, pero el silencio se lo tragó igualito que un sapo se traga una mosca, y allí se acabaron mis llamadas. Y otra vez el silencio, la blancura de la nieve, la negritud de aquella roca. Y durante todo ese rato, El Pesado sin decir esta boca es mía. Se ve que estaba dolido por la mala contestación que le había dado antes.

La blancura seguía igual de blanca cuando apareció la primera estrella, y también cuando apareció la segunda. Y cuando aparecieron la tercera, la cuarta y la quinta, lo mismo. Pronto le tocó el turno a la luna, y ella sí que cambió algo, añadió unas sombras al paisaje. Poca cosa, de todas formas. La blancura ocupaba la mayor parte. Y allí estaba yo, y estaba como dice el refrán:

Nieve en el monte, no hay vaca que soporte.

Yo era esa vaca, efectivamente, y estaba aburridísima. ¿Hacia dónde quedaba el camino de casa? ¿Es que no iba a aparecer? Pues no, no había visos de que fuera a aparecer.

—¡Bueno! ¿No piensas decirme nada, Pesado? —exclamé al final. De veras, tenía que hacer algo, salir de aquella situación. Si no, podía morirme de asco.

—Voy a decirte unas palabras, pero no las que tú quieres oír.

Saltaba a la vista que estaba enfadado, porque ni siquiera me llamaba «hija mía». Y ahora que lo pienso, el mismo Pesado tenía que ser muy joven en aquella época; de lo contrario, no se habría enfadado por una mala contestación. Peores le doy ahora, y ni se inmuta. Pero, claro, ahora siempre acabo por obedecer y por hacer lo que él quiere que haga.

—Pues habla. Con lo harta que estoy, te escucharía cualquier cosa —le respondí.

—Me debes una disculpa. Cuando, por la nieve que caía, te he pedido que volvieras a casa, no tenías por qué obedecerme. Siendo así que eres libre, puedes hacer lo que te apetezca. Pero a lo que no tienes derecho, hija, es a contestarme con

ordinariez, grosería y malos modos. A eso no tienes derecho, hija mía. Lo primero es la educación, y luego lo demás.

Miré a la izquierda y a la derecha, miré a un lado de la roca negra, miré al otro, miré a todas partes, y nada: ni rastro del camino. El monte se veía blanco de nieve o negro de noche, no había términos medios. Yo estaba muy aburrida y muy fastidiada.

—¡Perdona! —exclamé al final.

—Estás perdonada, naturalmente —dijo El Pesado con muy buen talante, olvidándose de su enfado. Y añadió poco después, con un suspiro—: ¡Fíjate dónde hemos venido a parar ahora!

—¿Dónde? —me animé. Aquello era lo que yo quería saber, dónde estaba exactamente y en qué dirección podía ir a casa. Pero El Pesado iba a otra historia.

—Estamos en un desierto, hija mía. Eso es lo que yo diría, que nos ha venido del cielo un desierto blanco, y pieza a pieza, además. ¡Qué soledad! ¡Qué desolación! ¡Aquí se ve nuestra pequeñez y nuestra poquedad!

—Siendo vaca, ¡qué quieres! ¡Qué se puede esperar de las vacas! Las vacas no somos nada —exclamé en un arrebato de sinceridad. Porque, efectivamente, ser vaca nunca me ha parecido una cosa del otro mundo. A mi modo de ver, nosotras las vacas pasamos por esta vida sin pena ni gloria, por ese camino vulgar de la medianía, y, a decir verdad y por triste que resulte, a quien más nos parecemos es a las ovejas. Ya lo dice el refrán:

La vaca y la oveja, una vaga y la otra floja.

Claro que El Pesado tiene una idea muy distinta, él piensa que a las vacas nos acompaña cierta grandeza, y que el resto del género animal nos queda bastante por debajo. Aquel mismo día no pudo menos que llevarme la contraria y luego —a propósito de la nevada y la soledad de la nevada— componer una especie de himno a favor de las de nuestra raza.

—No tienes razón en lo que dices de las vacas, y no deberías menospreciarte a ti misma de esa manera —dijo.

—Puede ser —respondí yo con cierta prudencia.

—Por supuesto que sí, hija mía. Una vaca no es cualquier cosa. Considera, si no, lo que ocurre aquí mismo. ¿Quién está aquí, en este desierto helado, en esta soledad? Sólo tú, amiga mía. O, por decirlo en otras palabras, está la vaca. La vaca, y no, por ejemplo, el topo. En otoño sí, en la tibieza del otoño bien que se afanaban los topos

haciendo agujeros aquí y allá y retozando; pero ahora, ¿dónde están? ¿Y las lombrices? ¿Y las hormigas? ¿Y los demás bichos? No están en parte alguna, puesto que han huido; han huido al interior de la tierra, han huido más y más adentro, y quién sabe dónde están ya esos cobardes, quizá en el mismo centro de la tierra. ¿Y qué diremos de aquellos que andaban, o más bien se escurrían, entre las hierbas, culebras y culebrillas de toda clase? ¿O de las lagartijas que asomaban y empinaban la cabeza en el resquicio de una roca? Pues que, habiendo huido todos, duermen en su escondrijo. Así y todo, hay quienes siendo superiores a éstos, también huyeron. Como los pájaros. O las ardillas, o los cerdos, o las gallinas. Así es, hija mía, han escapado absolutamente todos, y tú eres la única que está aquí, aquí está la vaca. La vaca conoce qué es la soledad, qué es la desolación, y con ese conocimiento puede enfrentarse a la vida. Realmente, ¡ser vaca es algo grandioso!

—No seré yo quien diga lo contrario —le contesté mientras miraba la roca negra que tenía enfrente. Me pareció que El Pesado tenía algo de razón, que no era una tontería el saber estar allí tranquilamente, sin ningún miedo.

Con todo, una cosa es el miedo y otra muy diferente el aburrimiento, y si al primero le plantaba cara con el segundo no era lo mismo: me cansaba en aquellos parajes helados, y el tiempo se me hacía largo, muy largo, larguísimo. ¿Cuándo iba a llegar el amanecer? ¿Cuándo me enseñaría el día el camino de casa? Pero era inútil, más valía resignarse. No debía de ser ni medianoche, la luna y las estrellas estaban en el cielo para rato. Al final, y a disgusto porque hería mi orgullo, recurrí a la única compañía que tenía a mano.

—Y dime, Pesado, ¿cómo saldremos de aquí? —dije.

—Lo siento, amiga mía, pero no te lo puedo decir todo. Si te dijera todo, no aprenderías a discurrir por ti misma, y te convertirías en un animal tan simple como la oveja. ¿Por qué no piensas un poco, hija mía? Pensando un poco, enseguida te pondrías en el camino de casa.

Si no hubiera estado en una situación tan fastidiosa, igual se me habría ocurrido algo. Pero la situación era muy fastidiosa, cada vez más. Hacía mis esfuerzos, a ver de dónde y cómo había llegado hasta allí, dónde se situaba la casa, cómo era el camino, pero sentía sobre la cabeza una losa que me agarrotaba las respuestas.

—¿No puedes darme una pista, amigo? —le dije entonces, y no entiendo cómo se lo dije, cómo pude darle jabón tratándolo como amigo. Desde luego, era muy joven, y estaba muy aburrida en aquel monte, pero, en fin, qué más da, excusas y sólo excusas,

el asunto es que me rebajé. Eso no tiene vuelta de hoja, y de verdad que si pudiera, ahora mismo me daba una patada en ese sitio que no se suele nombrar. Encima, El Pesado no estaba dispuesto a ceder.

—Que no, te digo que no. Tienes que sacudir esa cabeza tuya y ponerla a trabajar. Es de noche, sí, y la nieve ha borrado caminos y atajos, pero eso no puede ser un problema para quien piensa. Piensa, amiga mía, y pronto estarás en casa.

—¡Pues muchas gracias, oye! —le grité entonces en el tono más ordinario posible, y, echándome en la nieve, me quedé mirando a la roca negra con el morro muy largo. De allí a un rato, di media vuelta y me puse a mirar hacia el lado contrario. Pero en aquella postura no se veía ni siquiera la roca, y decidí girarme otra vez. Aunque hacía frío, me picaba todo el cuerpo. Pensé:

«Me levantaré y descargaré mis tripas. A ver si así me entretengo».

Pero nada, resultó que no tenía ganas, y no me quedó otro remedio que seguir aburriéndome. Al final, estiré mi cuello y bramé con todas mis fuerzas:

—¡Pero bueno, qué pasa aquí! ¡Qué pasa! ¡Por qué no estoy asustada! ¡Si estuviera asustada, no me aburriría tanto!

—A eso se le llama bramar, hija mía —exclamó entonces el de dentro—. Y mira por dónde, ese bramido tuyo quizá va a resolverte el problema, ya que habrá puesto sobre aviso a una manada de lobos que anda por estos parajes; lobos que andan por cierto muy hambrientos, con muchas ganas de comerse a un animal tierno como tú. No sería extraño que se presentaran aquí enseguida. Seguro que para ahora ya están corriendo. Por supuesto, ya sé que tú eres una valiente, y que un lobo, o dos, o tres, no tendrían nada que hacer contigo. Un par de patadas a cada uno, y a otra cosa. Pero, atenta, se trata de una manada entera, serán unos dieciséis lobos. No sé, tú verás, pero yo me iría. Y corriendo, de prisa, a la carrera, o, por decirlo en una palabra, pitando.

¿Qué decía El Pesado? ¿Qué era aquel cuento de los lobos? ¿Lobos? ¿Lobos hambrientos? ¿Dieciséis lobos? ¿De qué dieciséis lobos? ¿De dónde salía tanto lobo? Un escalofrío me recorrió la espalda de parte a parte, pero decidí permanecer firme y en el lugar que estaba. Mi orgullo de vaca no me dejaba otra salida.

—¡Cállate, Pesado! —me revolví luego—. Conque lobos, ¿eh? ¡Nada menos que en el siglo XX! ¡Hay que ser tonto para creer semejante cosa!

—De acuerdo, hija mía, es el siglo XX, o por decirlo más exactamente, el año de 1940, pero estamos en el País Vasco, y en el País Vasco ha habido guerra hasta hace poco, precisamente la guerra civil de 1936, y hay mucha hambre, mucha pobreza,

poca gente para limpiar los bosques, y corre el rumor de que todo está lleno de lobos.

—Correrán bulos, pero no lobos —le dije al Pesado queriendo hacer un chiste. Pero todavía se me estremecía el rabo. ¡Lobos! ¡Dieciséis lobos! ¡Dieciséis lobos hambrientos! Y yo, en cambio, sólo una vaca. No una vaca cualquiera, pero vaca al fin y al cabo.

De pronto, a la roca negra le salió un bultito más negro, como un chichón. Allí donde, hasta un poquito antes, no había más que mucha nieve y una roca negra, ahora había mucha nieve, una roca negra y un bultito. Al poco, aparecieron otros dos bultitos negros: mucha nieve, una roca negra y tres bultos. Cuatro bultos, seis bultos, nueve bultos.

—Y, además, todos tienen orejas —pensé, aguzando la vista. Me levanté de golpe.

—¡Lobos asquerosos! ¡Conque todos a la vez! ¡Venid de uno en uno, y veremos quién puede! —les dije, o no, no se lo dije, sólo imaginé que lo decía.

—Hija mía, piensa un poco —intervino entonces El Pesado—. ¿Dónde está tu casa? ¿Dónde puede estar?

Justo en aquel momento, cuando ya el rabo me empezaba a temblequear, se me hizo la luz. ¿Acaso no estaba yo en lo alto de un monte? ¿No estaba arriba? Por tanto, ¿cuál era la solución?

—¡Bajar! —me dije a mí misma. Además, era posible que más abajo no hubiera nieve y el camino estuviera al descubierto. Tensándome de la cabeza a los pies, me dispuse a correr al trote. Para entonces, la roca negra estaba repleta de bultos; por lo menos tenía dieciséis bultos, todos con orejas.

—Atiende, hija mía —intervino en ese momento El Pesado, y muy oportunamente por cierto, como un auténtico amigo—. Ya sé que en el establo de casa no hay quien te iguale corriendo, pero sin duda alguna los lobos te superan. No empieces a trotar, vete despacio y tranquila, como si estuvieras buscando briznas de hierba, exactamente igual. Así, no te atacarán inmediatamente. Te seguirán por detrás, eso sí, pero atacarte no. Sangre fría es lo que te hace falta, hija.

Comprendiendo que El Pesado tenía razón, empecé a moverme como con desgana, y di tres pasos y me paré. Esperé un poco, y otros dos pasos. Tres pasos. Cuatro pasos, dos pasos. Miré por el rabillo del ojo hacia la roca: todos los bultos estaban ahora sobre la nieve, y eran dieciséis, todos con orejas. Di un paso, los de las orejas otro. Yo tres, ellos tres. Y ante mí, sólo la oscuridad de la noche y la blancura de la nieve. Y algunas estrellas, y la luna. En cierto momento, el rabo se me movió

como por un espasmo, y al distraerme di cinco pasos bastante rápidos.

—¡Con cuidado, amiga! —oí dentro. Todos los bultos estaban apiñados a unos pocos metros de mí, y podía sentir su resuello.

Con audacia y sin pensarlo dos veces, me encaré a los lobos y me puse a comer la nieve, tranquila y tan a gusto, como si no fuera nieve lo que tenía ante la boca, sino gavillas de alholva. Los bultos, al ver esto, se desconcertaron y se pararon, primero uno y luego todos los demás. Comprobé que, además de orejas, tenían ojos: orejas puntiagudas, ojos enrojecidos. Entonces, y sin perder la compostura, empecé a recular, bastante rápido, uno dos tres, uno dos tres, uno dos tres, y los lobos, uno dos tres, no me quitaban ojo de encima, pero, uno dos tres, tampoco se decidían a atacarme. Y así, uno dos tres y uno dos tres, llegamos todos hasta una arboleda. Me acordé de que aquella arboleda estaba justo encima de mi casa.

«Después de la arboleda hay una pendiente grande, y al final de la pendiente es donde está el camino de casa —pensé—. Si al llegar allí me tiro cuesta abajo, puede que me rompa una pata, pero no me comerán esos lobos».

—¡Qué gran idea! —oí dentro.

Comencé a avanzar de nuevo, poquito a poco, vigilando los dieciséis lobos con el rabillo del ojo. Seguían teniendo orejas y ojos, pero sobre todo boca. Tenían la boca roja, y los dientes blancos. De vez en cuando, uno se ponía a aullar, y detrás de él empezaban a aullar los demás. Igual fueron imaginaciones mías, pero en aquel momento le dijo un lobo a otro:

—¿Nos la comemos o qué?

No tuve temple para esperar a oír la respuesta. Y como el borde de la pendiente estaba a unos cuarenta metros, eché a correr, a correr al trote, a correr sacudiendo la nieve de las ramas de los árboles, y yo corriendo y los lobos corriendo también, y yo resoplando y los lobos también resoplando, y el vaho de mis resoplidos se perdía en el aire frío, y el vaho del resuello de los lobos, en cambio, no se perdía en el aire frío, sino en el lugar de mi cuerpo que no quiero nombrar por aquello de la educación. Cada vez sentía más vaho en ese lugar, pero el final de la arboleda estaba también cada vez más cerca.

Entonces, en el momento en que estaba completamente segura de llegar a la pendiente, algo como una llamarada me alcanzó en ese dichoso lugar que no he nombrado, y uno de los lobos empezó a tirarme de los últimos pelos del rabo. Lo miré directamente: tenía las orejas tiesas, los ojos enrojecidos, la boca peluda. Para mi

desgracia, aquellos pelos de su boca eran mis propios pelos.

—¡Estamos perdidos, amiga! —oí dentro.

—¡Que te crees tú eso! ¡Todavía no ha nacido lobo! —grité en aquel trance desesperado. Y con la fuerza que da la desesperación, di un salto enorme y me tiré de cabeza pendiente abajo. Parecía que iba a sumergirme en un abismo.

Después de recorrer un trecho al vuelo, descendí dando tumbos y al final acabé rodando. De no haber nieve, seguro que me habría roto más de un hueso. Pero la nieve estaba mullida, y me salvó.

—¿Y los lobos? ¿Dónde habrán quedado los lobos? —me dije para mí. Y mientras lo decía, aquel lobo que me había estirado los pelos del rabo, ¡chasc!, me hincó los dientes en aquella zona un tanto retirada de mi cuerpo. Grité de dolor al tiempo que le daba una coz tremenda, y que lo cogió de lleno. Allí se fue el infeliz dando aullidos: se llevó consigo orejas y ojos, se llevó la boca, pero los dientes de la boca no se los llevó. Se los saqué todos de golpe. De allí a un rato, gracias al Pesado en gran parte, estaba a salvo y en el establo de casa.

Pero, puestos a pensar, ¿dónde estarán ahora las nieves de aquel invierno? O dicho como, mucho después de suceder lo de los lobos, aprendí a decir en francés: ¿*Où sont les neiges d'antan*? ¿Cuántos años habrán pasado desde que se fundieron para siempre? Porque ésa es la verdad, que se fundieron, y junto con ellas nuestra juventud también se fundió. Todos éramos jóvenes entonces: joven era yo, joven El Pesado, jóvenes los lobos, jóvenes las otras vacas de mi casa. Y hasta el mismo siglo era joven, pues estábamos en 1940; ahora, en cambio, el siglo está acabando. ¡Adónde habrá ido a parar todo! ¡*Où sont les neiges d'antan*! En aquel tiempo, ahora me doy cuenta cabal, éramos casi felices, y hasta con el mismo Pesado me arreglaba mejor de lo que las apariencias daban a entender. En realidad, aún no se había convertido en un auténtico Pesado, no me irritaba tanto; le gustaba salirse con la suya, eso sí, pero también sabía pasarse sin dar órdenes. Yo estaba casi convencida de que era mi Ángel de la Guarda. Últimamente, en cambio, no para hasta conseguir lo que quiere de mí. La noche de los rayos y los truenos, por ejemplo, le dio igual lo a gusto que yo estaba en mi lecho, y me hizo mil veces aquella pregunta:

—Escucha, hija mía, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente?

Cuando se pone así, hay que ceder ante el viejo Pesado. De lo contrario, no calla.

—¿La hora de qué? ¿No será la de levantarse? Si se trata de eso, por favor, déjame

en paz hasta que aclare el día.

—No es hora de levantarse, hija mía, sino hora de cumplir la promesa hecha hace tiempo. ¿Recuerdas lo que me dijiste aquel día de los lobos?

—¡Ni idea!

—Has envejecido y estás perezosa, pero a pesar de todo no creo que te sea imposible recordar. Pues, precisamente, ¿quién se acuerda bien de los tiempos juveniles? La vaca de edad avanzada. La vaca de edad avanzada olvida lo sucedido la víspera, pero retiene perfectamente lo de hace más de cuarenta años. De cualquier forma, yo mismo te diré lo que prometiste después de escapar de los lobos. Dijiste: «Algún día escribiré mis memorias y contaré lo de hoy».

—No me lo puedo creer —le contesté secamente.

—Pues no deja de extrañarme, porque lo mismo dijiste después de estar en unas fiestas de pueblo, y también cuando te marchaste de casa. Y en muchas otras ocasiones. No tenías otra cantinela, que escribirías tus memorias y que escribirías tus memorias.

—¡Me resulta increíble!

—Pues es verdad. Y ahora que lo recuerdo, cuando *Gafas Verdes* se presentó en tu casa, volviste a decir lo mismo, que aquel episodio amargo también pasaría a las memorias.

—¡*Gafas Verdes*! ¡El ser más repugnante que he conocido jamás! —exclamé sin poderme contener.

—¿Estás viendo? Sí que te acuerdas, ¡y muy bien! ¿Y sabes lo que te digo? Que el siglo va para adelante, y tú también vas para adelante, y no puedes irte de este mundo como las vacas vulgares. ¡Que quede tu testimonio! ¡Que el mundo conozca la grandeza de la vaca! ¡Ha llegado la hora, hija mía, ha llegado el momento!

—¿Tú crees? —le dije resignada. Sabía que no tenía otra salida que escribir las memorias. Si no, lo que he dicho antes, que tendría que oír su cantinela noche tras noche.

—Estoy segura, hija mía. Debes escribir.

—Entonces voy a traer papel y tinta. Empezaré la tarea con el primer rayo de luz.

Y eso es lo que hice.

2

Por qué no regreso a Balanzategui, mi casa natal. Lo que me cuenta Pauline Bernardette. El primer disgusto, mi nacimiento.

POR lo visto tenía que nacer, y acabé naciendo en un bosque del País Vasco a poco de terminar la guerra de 1936. El bosque pertenecía a los terrenos de la casa llamada Balanzategui, y a aquella casa quedé adscrita; allí tuve mi primer establo y mi primer hogar, y allí pasé también la primera época de mi vida, la más importante. Cierto que no me quedé durante mucho tiempo, cierto que llevo años lejos de aquella casa; sin embargo, mi espíritu sigue anhelando aquel rincón del mundo. Y, ¡quién sabe!, a lo mejor este espíritu mío vuela hacia allí cada vez que me quedo dormida. Porque ya lo dijo un sabio oriental:

El mirlo de Estambul siempre vuela hacia Estambul.

Yo no seré mirlo ni zorzal ni pájaro de ninguna clase, que bastante más grande y pesada ya soy, pero no digo ninguna mentira si afirmo que mi corazón no es muy diferente del de ellos. Efectivamente, mi corazón es como el de un pájaro; si por él fuera ahora mismo abriría mis alas y me pondría a volar hacia la tierra de mí niñez. Llegaría allí, posaría mis quinientos kilos como un copo de nieve, y luego desgarraría mi garganta con este grito sincero:

—¡Viva Balanzategui!

Pero, naturalmente, no tengo alas, y no puedo mover mi cuerpo más que después de plantar bien en tierra las cuatro patas, y aun entonces con bastante fatiga. Y es precisamente por eso, por la fatiga y los achaques de la edad, por lo que no vuelvo a

Balanzategui; de sentirme con fuerzas, mañana mismo me pondría en camino. Y, pensándolo bien, hasta con mis achaques me pondría en marcha si supiera a ciencia cierta cuánto tiempo de vida me queda. Si, por poner un ejemplo, me aseguraran que todavía tengo dos años por delante, lo intentaría; despacio y sin prisa, pero lo intentaría. Como dice el refrán:

Vaca que no lo intenta, o es cobarde o es tonta.

Yo no creo ser ni lo uno ni lo otro, y hoy mismo me encaminaría hacia Balanzategui si supiera que voy a tener los dos años del ejemplo. Lo que no sé es si los tengo o no, porque nosotras las vacas tenemos mala suerte en todo, y también el día que repartieron el tiempo se nos metió por medio esa misma mala suerte. O eso he oído yo al menos. He oído que en los comienzos del mundo alguien estaba repartiendo el tiempo, y que ese alguien dijo a la serpiente:

—Tú vivirás doce años.

Y la serpiente:

—De acuerdo.

—Tú, quince años —al perro.

Y el perro:

—De acuerdo.

—Tú, veintiocho —al burro.

Y el burro:

—De acuerdo.

—Tú, treinta y tres —al hombre.

Y el hombre:

—Ni hablar. No estoy de acuerdo. Quiero vivir más.

—Sea, vivirás ochenta y ocho años —debió de decir entonces el que repartía el tiempo—. Pero de esos ochenta y ocho, pasarás treinta y tres como un hombre; veintiocho, trabajando como un burro; quince, llevando una vida de perro, y los últimos doce los pasarás arrastrándote como una serpiente.

Parece que por fin acabó la cuestión del tiempo para los hombres y que la repartición siguió adelante. Y, así las cosas, las hormigas, las abejas, las mariposas, los chochines, las gaviotas, los cernícalos, las tortugas, los camellos, las truchas, los leones, los tigres, los canguros, todos ellos y muchos animales más supieron cuánto tiempo tendrían en el mundo. Y llegó un momento en que todo se dio por terminado y

el Repartidor de Tiempo se dispuso a retirarse.

—¿Y nosotras? ¿Nosotras cuánto tiempo? —se oyó entonces. Naturalmente, era la vaca. Al parecer nadie se había acordado de ella.

—¿Cuántos? —dicen que dijo el Repartidor de Tiempo con un gesto cansino—. Pues, no sé. Un puñado.

—Muchas gracias —agradeció la vaca. Y con las mismas, todos se despidieron y cada cual se fue por su camino.

Y digo yo: tiene que ser tonta la vaca, tiene que ser pardilla la vaca, tiene que ser patosa la vaca para decir el Repartidor de Tiempo «un puñado» y contestar ella «muchas gracias». ¿Cómo que «muchas gracias»? Desde luego, aquella vaca no se parecía en nada a mí.

—¿Y qué es para usted un puñado? —le habría dicho yo al Repartidor de Tiempo —. Porque, claro, un puñado puede ser cualquier cosa. Tres años, un puñado; cuarenta años, un puñado; doscientos años, un puñado. Depende de cómo se mire. Así que, ¿por qué no concreta usted lo de un puñado?

Y el Repartidor de Tiempo concretaría, y me diría unos años exactos. Pongamos que cien. Y según eso, conociendo nuestro tiempo en este mundo, habría modo de hacer los cálculos:

—Vine al mundo hacia 1940, y ahora está a punto de terminar el siglo. Eso quiere decir que he pasado en el mundo unos cincuenta años. Como he nacido para vivir cien, cien menos cincuenta igual a cincuenta. Todavía me quedan cincuenta años y merece la pena que emprenda camino a Balanzategui poco a poco. Aunque pierda diez años viajando, ¡cuánto tiempo para estar tranquilamente a la sombra de mi bosque natal!

Pero aquella vaca de los comienzos del mundo era tonta, y no preguntó de cuánto era nuestro puñado. Y de ahí que yo no pueda saber si el viaje a Balanzategui me merece la pena, pues si triste es morirse lejos de donde nacimos, aún resultaría más triste tener que dar el último adiós en cualquier punto perdido del itinerario. Lo mismo me dice *Soeur* Pauline Bernardette, la pequeña monja que me cuida desde hace ya bastante tiempo:

—Tú no partirás *d'ici* a ningún sitio, Mo, pues tú eres a gusto y a placer con nosotros. ¿Dirás tú que no? ¿Dirás tú que en el *couvent* te miramos mal? ¿Qué es que tú quieres? ¿Irte *d'ici* y aparecer en un mal *chemin à* la espalda rota y partida?

—Por una *part*, tú tienes de la razón, *Soeur* Pauline Bernardette. De veras yo te

digo que, *apart* Balanzategui, este *couvent* es la casa de mi corazón —le contesto a la pequeña monja chapurreando como puedo esa lengua suya tan complicada. Y ella bien que aprecia mis palabras, eso de que el *couvent* es la casa de mi corazón y demás. Tanto se alegra que, antes de que me haya dado cuenta, ya tengo delante de mí un buen montón de hierba, de hierba o de hierbas, pues de todo suele haber en sus montones, desde alholva hasta trébol o alfalfa.

—¡*Attention, Soeur* Pauline Bernardette! —le suelo decir yo, por aquello de que siempre hay que protestar un poco—. Me traes mucha hierba, mucho demasiado. A seguir así, seré un *hipopotame*, no una vaca. Después que soy venido al *couvent*, he ganado veinte kilos todos los años.

—¡Que tú eras flaca aquel *jour lá que nous* nos conocimos, hace largo tiempo! —suspira entonces la pequeña monja—. Pero mientras yo viva, tú no te pasarás de la hambre, Mo. ¡Antes de eso yo segaré todos los Pirineos enteros!

—No los siegues, *Soeur* Pauline Bernardette, que también las otras vacas tendrán que comer algo —le pido dejándome de chapurreos y hablando como sé. Porque esta Pauline Bernardette será pequeña, sí, pero también muy fuerte y muy dotada para el ejercicio físico, una segadora inigualable. Y con el cariño que me tiene, cualquiera sabe, a lo mejor dejaría las faldas de los Pirineos sin un terreno en condiciones.

Así pues, no son materiales las razones que me llevan a soñar con Balanzategui, sino espirituales. Bien están el *couvent* y la pequeña monja, bien están la alfalfa, el trébol y la alholva, pero a mí me pasa lo de la vieja canción:

Cuando salí de Balanzategui,
cuando salí de aquel caserón,
allí dejé enterrado mi corazón…

¡Mi querido Balanzategui! ¡Cuánto me acuerdo de ti! Ya sé que habría muchos que, oyendo mis palabras, pensarían mal, pensarían que miento, pensarían que exagero como un auténtico animal. Pero tú, querida casa de mi niñez, conoces perfectamente la verdad: que por cada vez que grito «Viva Balanzategui», guardo cien vivas más en la garganta. Y todo ello a pesar de los pesares, a pesar de todos los reveses y disgustos que tuvimos que aguantar en aquellos años de después de la guerra. Mi mismo nacimiento, por ejemplo. ¿Recuerdas, querida casa mía, lo mal que lo pasé nada más nacer y los peligros que corrí? Yo al menos sí que me acuerdo, y

muy bien.

De pronto, supe que había nacido. No recuerdo exactamente lo que sentí, quizá un poco de frío o el cosquilleo del viento, pero de cualquier modo me pareció que estaba ante algo inusual, y que a lo mejor era que había venido al mundo. Ésa era, además, la única seguridad que yo tenía en aquel momento, porque, por no saber, ni siquiera sabía qué clase de animal era. Hacía todo lo posible para mirarme y conocer la verdad, pero los ojos no me respondían: estaba como cegada, como deslumbrada por una sábana blanquísima que alguien me hubiera puesto delante. Ante aquella incertidumbre, no me quedaba otro remedio que recurrir a la imaginación, y eso es lo que, con cierto exceso, hice inmediatamente.

—¿Qué seré? —me pregunté a mí misma—. No hay forma de saberlo en concreto —me respondí—. Pero, al menos, no soy un animal cualquiera. De lo contrario no hubiera venido al mundo sobre un suelo tan mullido y agradable.

Para confirmar mi impresión, daba unos pasos a un lado y a otro, y palpaba lo que me encontraba debajo. Y siempre, siempre, aquello tan mullido, aquello tan agradable.

—¿De qué será esta blandura? —me pregunté.

—Una de dos. O de la alfombra de un palacio, o del césped muy cuidado de un jardín —me respondí.

Como andar me resultaba cansado, me recosté. Mi cuerpo, que en aquel primer momento tenía unos cuarenta kilos, se sintió a gusto inmediatamente, y la hipótesis de la alfombra fue tomando fuerza.

—Parece persa, además —me dije—. O sea, que es seguro que soy animal de palacio. El palacio parece pequeño, eso sí, sin árboles ni fuentes, pero al fin y al cabo es un palacio.

Para entonces, la sábana que veía ante mis ojos ya no era tan blanca, sino que tenía unas manchas oscuras en su parte superior. Parecían árboles, o mejor dicho, las copas de unos cuantos árboles. Al mismo tiempo —pues, por lo visto, también el oído se me iba afinando— sentí ruido de agua y el canto de unos pájaros.

«Pues no es tan pequeño el palacio —pensé medio riéndome—. Tiene sus árboles y sus fuentes. Y yo, ¿qué seré? ¿Uno de esos caballos que son todo elegancia y a los que peinan y cepillan todos los días? Y, si no, ¿qué? ¿Uno de esos gatos de pelaje fino que suele haber en todos los palacios? De cualquier forma, no está mal, no está nada mal».

No sé cuánto tiempo pasó. Una hora, quizá, o una hora y media. Mientras tanto, y

al tiempo que la sábana de mis ojos iba deshaciéndose, las manchas iban tomando cuerpo. Al final, la sábana se fundió por completo, y todo lo que había detrás quedó al descubierto. Los árboles, entonces, se afirmaron y se hicieron árboles enteros: raíz, tronco y ramas. Y en las ramas había hojas verde oscuro o verde claro; y en las hojas había bichos y larvas; y había pájaros —pájaros de cabeza roja, sobre todo— que se acercaban a comer aquellos bichos y aquellas larvas. Más lejos, el bosque acababa de golpe, y a continuación aparecía un prado, un prado extenso que iba hasta un riachuelo. En el riachuelo había un molino, y detrás del molino comenzaba otra vez el bosque.

—Hija mía —escuché entonces, y aquella fue la primera vez que oí al Ángel de la Guarda o Pesado o como quiera que se llame—, has nacido en el País Vasco, o para decirlo con más exactitud y corrección, en el bosque de la casa Balanzategui. Este valle, que abarca, empezando en el molino, todas las casas y bosques de alrededor, será tu territorio.

—¿Y yo, qué soy? —pregunté. Era mi mayor preocupación, no me atrevía ni a mirarme—. Esa casa Balanzategui de la que me hablas, ¿es un palacio? —añadí. Pero me parecía que no. Lo que tenía a mis pies no era una alfombra, era musgo.

Pero El Pesado se había callado del todo, y en balde esperé su respuesta. Tenía el corazón oprimido: ¿qué clase de animal sería? Pero a qué alargar la cuestión, me bastaba con girar la cabeza para saberlo. Y giré la cabeza, vi lo que vi, vi el rabo, las patas, la espalda y todo lo demás, y un bramido desgarrador me salió de las entrañas:

—¡Pero si soy una vaca!

Cegada por la decepción, a trompicones, cayéndome de bruces aquí y levantándome a duras penas allá, comencé a correr y a alejarme de aquel lugar maldito, aquel lugar que había sido testigo de la rotura de mi primera ilusión. Salí al prado, y tras atravesar el riachuelo por delante del molino, me adentré en el bosque del otro lado del valle. Un instante antes de entrar, oí al Pesado por segunda vez:

—Hija mía, antes de ocultarte en el bosque, contempla tu casa. ¡He ahí Balanzategui!

La casa se encontraba a unos cien metros del viejo molino, más abajo en el valle. Era blanca, de dos pisos, y tenía el tejado rojo; una casa bastante bonita, pero no un palacio. Ni falta que le hacía, por supuesto. Yo tampoco era muy palaciega, que digamos; no era ni caballo de paseo ni gato de Angora, sino vaca, una pura vaca, un animalote feo, feísimo, y tontorrón, y de mala fama. Realmente, había sido muy mala

suerte.

«¡Qué jugarreta me ha hecho la vida!» —pensé dando un bramido y buscando una palabrota en la memoria.

Pero todavía era recién nacida, y me resultó imposible dar con una palabra fuerte. Si hubiera sido ahora, a saber el juramento que soltaría. Seguro que soltaría uno como para dejar a Pauline Bernardette patas arriba, aunque, claro, en realidad no lo soltaría, porque no quiero darle sustos precisamente a ella, que se asusta de cualquier cosa. Una vez, por ejemplo, un chico que había venido al *couvent* me tiró una piedra, y yo me enfadé y le dije:

—¡Ahí te llenes de mierda, atontado!

Y justo entonces, no sé por qué casualidad, el chico se tropezó y cayó en un montón de estiércol todo lo largo que era. Quedó calado de mierda, el desgraciado. Pauline Bernardette, que lo había visto todo, abrió los ojos espantada:

—¡A las veces me das miedo, Mo! —exclamó—. Tú tienes dentro *le diable*, y es así que tendremos que estar de rodillas una otra vez, a ver si sale *ton diable*.

—No ha sido el diablo, *Soeur*, sino el destino o la casualidad. El chico se ha caído por su cuenta, no por lo que yo le he deseado. No creo que debamos ponernos de rodillas.

Con eso de que hay que sacarme el diablo, Pauline Bernardette a veces me pone de rodillas, y allí nos estamos las dos en el jardín del *couvent* moliéndonos las piernas y haciendo el tonto. Pero, qué puedo hacer, ya he dicho antes que la pequeña monja es una segadora como no hay dos y que me trae las hierbas más sabrosas: sea como sea, tengo que seguirle la corriente.

Pero dejemos por ahora las historias de Pauline Bernardette y sigamos con lo sucedido el día de mi nacimiento. Pues, como he contado, me adentré en el bosque, furiosa y desengañada, y comencé a alejarme. No quería saber nada de Balanzategui, no quería volver a verlo más. Y, quién sabe, de haber tenido yo fuerzas quizá habría pasado eso, que me habría alejado hasta perder para siempre mi casa natal. Pero todavía estaba muy débil, y no llegué a salir del valle. De vez en cuando, me paraba, me miraba, levantaba todo lo posible la cabeza y luego bramaba:

—¡Soy una vaca!

Dos días anduve de aquel modo desesperado. Al tercero, después de haber estado dormida unas horas, me sentí algo más tranquila. El Pesado aprovechó ese momento para hablarme por tercera vez:

—Hija mía, ¿por qué tanta queja? ¿Por qué tanto disgusto a cuenta de ser vaca? Pero ¡si ser vaca es algo grande!

—¡Mucho me importa a mí! —le contesté dolida—. Yo quería ser caballo o gato, no vaca. Y también me hacía ilusiones de vivir en un palacio. ¡Y mira en qué ha parado la cosa!

El Ángel de la Guarda, es decir, El Pesado, soltó una risita. Creo que aquélla fue la primera y la última vez que le oí reír.

—¡Qué poco sabes de la vida, hija mía! ¿Qué piensas tú que son los palacios? ¿Sabes que a los mejores palacios del mundo les faltaban los lugares más necesarios? ¿Sabes, por poner un ejemplo, lo que le faltaba a Versalles?

—¿Qué? ¿La cocina?

—No, no es la cocina.

—¿El establo?

—No, no es el establo.

—¿Los dormitorios?

—No, no son los dormitorios.

—¿El desván?

—No, no es el desván.

—¿El trastero?

—No, no es el trastero.

—Entonces…

—Sí, hija mía, eso es lo que le faltaba. Considera ahora lo que eran los palacios. Pura apariencia, hija. Pero, aparte de eso, grandes agobios, aprietos de toda clase, búsquedas infructuosas. En Balanzategui, por el contrario, ningún problema en ese aspecto. Los prados, el bosque, el monte, el mismo establo: todo permitido, todo libre, a disposición tuya y de tus necesidades.

Estaba tan asombrada de lo que acababa de saber sobre los palacios, que por un momento olvidé la cuestión de mi vacunidad y la vergüenza que me daba ser vaca. El Pesado me sacó de mis cavilaciones:

—Y acerca de esa otra posibilidad que planteas, que preferirías por ejemplo ser gato, pues no sé, hija mía, no sé. Yo no soy quién para entrometerme en el modo de vida de los gatos, pero a mí me parece que sufren mucho, y que son muy mal avenidos entre ellos, sobre todo en meses como febrero y agosto. Espera a que llegue uno de esos meses, ¡ya oirás sus chillidos y sus lamentos, hija mía! ¡Desgarradores,

realmente desgarradores! No sé lo que es, pero algo les sucede. Y luego, como sabrás, andan mucho por los tejados, y eso no puede ser serio. Lo dicho, yo no soy quién para hablar de los gatos, pero de poder elegir, preferiría ser vaca.

—¿Y el caballo? ¿No es algo hermoso ser caballo? —le dije entonces.

—El caballo tiene sus ventajas, no lo niego. Es un animal grande, a veces incluso más grande que la vaca. Y la verdad es que corre bastante. Pero, con todo, hay que aceptar la realidad: el caballo no sabe qué significa dormir bien. Es demasiado inquieto, demasiado nervioso. Y eso, a mi entender, es un grave defecto, porque, efectivamente, la vida es en gran parte dormir, y quien dice dormir mal, dice vivir mal. El que pasa mala noche, tampoco pasa bien el día. Ya ves, hija mía. El caballo es alguien en este mundo, pero de poder elegir, yo preferiría ser vaca. La vaca duerme placenteramente, siempre descansa bien. Tú misma lo acabas de comprobar, mira lo mucho que te han tranquilizado unas horas de sueño.

Me quedé pensativa, y aunque la cuestión de la vacunidad no quedó resuelta a fondo —eso vendría después—, al final me resigné. Era tan sólo una criatura, y no tenía recursos para discutir con El Pesado. Sí, había que conformarse. Si tenía que ser una vaca, sería una vaca.

—¡Pero no una vaca vulgar! —grité.

—Bien dicho, hija mía. Y ahora ve a Balanzategui. Mejor retirarse a casa antes de que oscurezca del todo —me aconsejó El Pesado, y yo lo acepté y comencé a bajar hacia el valle. Bajaría hasta el molino viejo, y de allí me iría a mi casa.

Sin embargo, no fue exactamente eso lo que pasó, ya que en mi camino se interpuso *Gafas Verdes*, la persona más maligna que yo haya conocido nunca.

3

Gafas Verdes y sus dos subordinados.
Los cuentos de la torre de Babel.
Una vaca llamada* La Vache qui Rit *me salva la vida y
***después me informa de la guerra que acaba de terminar*.**

NO sé cuántas cosas se pueden ver a la vez, si pueden verse diez, quince o cuarenta y cinco, pero al menos yo, al bajar del bosque hasta el molino viejo, vi una cantidad enorme de cosas. Vi la luna en el cielo despejado del atardecer, y a lo lejos una montaña grande que para aquella hora ya estaba medio en sombras; y delante de esa montaña, otra más pequeña; y delante de esa montaña más pequeña, otra más pequeña todavía; y delante de esa montaña más pequeña todavía, una larga fila de colinas muy suaves. Pero no vi sólo eso: al mismo tiempo que la luna, el cielo y todas aquellas montañas, vi el valle en que había nacido, con su bosque, sus prados y sus casas; una casa al lado izquierdo del riachuelo, otra al lado derecho, y luego más cerca Balanzategui, y todavía más cerca, enfrente de mí, el molino viejo. Pero, con todo, lo que vi no fue sólo eso: al tiempo que luna, cielo, montañas, valle, bosques, prados, casas y molino, mis ojos vieron también cuatro individuos, los cuatro a muy poca distancia del sendero donde yo estaba: el primero, un caballo alazán muy fino y muy elegante, con una mancha blanca en la frente; el segundo, un hombre joven y con los dientes anormalmente grandes, quizá albañil, que trabajaba en el tejado del molino; el tercero, otro dentudo, hermano gemelo del anterior, éste también en el tejado; el cuarto, *Gafas Verdes*.

Gafas Verdes era un hombre de unos sesenta años, muy pálido. Tenía la piel blanquísima o, por decirlo con más detalle, una piel transparente, como papel de fumar, que le dejaba a la vista las venillas de la cara y del cuello; sus gafas, como

pegadas sobre aquella palidez de su cara, parecían hechas de cristal de botella. Tanto aquel día como después, siempre lo vería así, con los ojos ocultos. No sé cuántas cosas se pueden ver a la vez, no sé cuántas vi yo cuando bajé por el sendero del bosque y me paré delante del molino; lo que sí sé es que todas aquellas cosas se me olvidaron de golpe, y que mi atención, mi curiosidad, quedó prisionera del cristal verde de sus gafas. No veía nada más, sólo el cristal verde de las gafas, y ni siquiera los gritos de los hermanos dentudos conseguían que volviera la cabeza hacia ellos. De pronto, *Gafas Verdes* torció la boca y movió los labios.

—¡Karral! ¡Karral, Karral! —dijo.

—¿Cómo? —le preguntaron los dos hermanos dentudos desde el tejado.

—¡Karral! ¡Karral, Karral! —repitió *Gafas Verdes* con voz más áspera.

No le entendía nada. Era evidente que estaba hablando, pero lo que decía era ininteligible para mí. Pronunciaba las palabras de forma muy rara.

—¿Qué pasa aquí? —me dije sorprendida. Pero no me pude contestar. Aún era una criatura, una recién llegada que ni siquiera sabía que en el mundo existieran lenguas y países diferentes, y que eso era lo que pasaba allí, que aquel hombre de las gafas verdes era un extranjero que hablaba mal mi lengua. O como hubiera dicho Pauline Bernardette:

—Aquí lo que se pasa es Babel.

A Pauline Bernardette le gusta mucho citar lo de Babel o, mejor dicho, le gustaba mucho hasta que me contó la historia y una objeción mía estuvo a punto de causarle un disgusto.

—Cierta vez, hace mucho tiempo —comenzó aquel día Pauline Bernardette—, los hombres tomaron la decisión de *construire* una torre *terriblement* grande que llegaría al *ciel*, porque era su deseo ser semejantes a *Dieu Notre Seigneur*. Y se metieron al trabajo, construyeron una *part* de la torre con sus picos, palas y azadas, y todo iba *très bien*, la torre para arriba y para arriba, pero *voici* que Dieu confundió sus lenguas. De pronto y de seguido, no se comprendían unos a otros, y como no se comprendían entre ellos mismos, surgía la riña y la *discorde partout*, y a la fin tuvieron que dejar el trabajo, y la torre y todo como estaba, y toda la gente, cada grupo con su nueva lengua, partió para el mundo cada uno a su rincón y país.

—Una historia preciosa, *Soeur*. Lástima que sea mentira —le dije yo.

—¿Mentira? —se espantó la pequeña monja—. ¡*Mais, non*! ¿Cómo tú dices eso, Mo?

—Pues sí, mentira —contesté secamente—. ¿Cómo voy a creer que se mezclaron las lenguas de la gente y pararon las obras? Para hacer una obra no hay necesidad de hablar, basta con trabajar. Si Dios deseaba que la torre de Babel no fuera más arriba, ¿por qué no les quitó todos los picos, azadas y palas? De estar yo allí, habría hecho eso: dejar a todos sin picos, azadas y palas, y se acabó la cosa, adiós paredes, adiós escaleras y adiós todo.

Pauline Bernardette se quedó con los ojos abiertos de par en par cuando oyó mis argumentos, y hasta creí que se enfadaría y me pondría de rodillas. Pero en vez de eso, empezó a andar de aquí para allá en el jardín del *couvent*, todavía con los ojos de par en par, y pasó así por lo menos media hora. Luego dijo:

—Cuando vivía en mi pueblo, en Altzürükü, nuestro vecino Pierre tenía deseo de hacer un muro *justo à coté* de nuestra huerta. Pero *mon père*, como no estaba *d'accord* con aquel disparate, fue una noche y le quitó la azada, el pico y la pala, y escondió las herramientas debajo la *terre. Alors*, fue Pierre y compró otra vez azada, pico y pala. Y *mon père*, también terco, otra vez los escondió. Y así muchas veces. Al final, Pierre se rindió y el muro restó sin construir. Como Babel, la misma cosa. Entonces, de la historia de la Biblia no sé qué yo voy a pensar.

La pequeña monja continuaba como ida, y aquellos ojos tan abiertos me dieron miedo. Dudaba, toda su fe religiosa temblaba como un edificio que fuera a caerse de un momento a otro. Y, naturalmente, aquello no me convenía. Si Pauline Bernardette se iba del convento, yo me quedaba sin alholva y sin alfalfa.

—Puestos a pensar —comencé entonces—, lo ocurrido en Babel y lo ocurrido en Altzürükü con Pierre es casi lo mismo. Porque, claro, ¿qué pasaba cuando Dios creó los idiomas y dio a cada uno el suyo? Pues que uno le decía al otro «pásame la pala», y éste le pasaba la azada. Y al revés. O que decía un tercero, «traedme un cubo de agua para la masa», y lo que le traían era un par de picos. Y, claro, así no se puede trabajar. Conque, ya ves, la historia de Babel tiene su razón, más de lo que yo pensaba en un principio.

Enseguida se le pasó el apuro a Pauline Bernardette, y sus ojos volvieron a ser los de siempre, alegres y despreocupados.

—*¡C'est la verité*, Mo! ¡Qué peso me has quitado de encima! ¡Qué alegría! ¡Cómo yo estimo tu ayuda, Mo!

Y diciendo estas palabras, cogió la guadaña y se fue para una ladera cercana al convento, a cortar para mí la hierba más sabrosa.

De todas formas, ya lo he dicho antes, las historias de Pauline Bernardette son cosas de después, no de la época en que conocí a *Gafas Verdes*. En aquella época nada sabía de las diferentes lenguas y pronunciaciones. Y, en parte, ésa fue mi suerte el día del molino, porque debido a la sorpresa que me causó la forma de hablar de aquel hombre, mis ojos se despegaron del cristal verde de sus gafas y pudieron ver a los dos hermanos dentudos. Venían corriendo hacia mí.

—¡Atrápala! ¡Atrápala! —le decía un hermano al otro.

—¡Ven aquí, pequeña, que nos vamos a dar un buen banquete a tu costa! —me decía el otro enseñando todos los dientes.

En un instante, como tocada por un rayo, tuve una revelación: comprendí que la muerte existía y que podía tomar la forma de un cuchillo o de una maza. Casi llegué a sentir el cuchillo en mi corazón y la maza en mi cabeza. Sí, los de los dientes grandes querían matarme. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Karral, Karral! —oí entonces. Riéndose, *Gafas Verdes* se burlaba de mi angustia.

Aquel desprecio me encorajinó, y huí a trompicones sendero arriba. Si conseguía meterme en el bosque, estaba salvada. Sentía detrás de mí a los dos hermanos, que maldecían y resoplaban sin parar.

—¡No escaparás! —gritó de pronto uno de ellos. Estaba más cerca de lo que calculaba.

Los hermanos eran rápidos y corrían bien, y pronto quedó claro que acabarían por cogerme. Pero justo cuando comenzaba a desmoralizarme, ocurrió uno de esos milagros que tanto le gustan a Pauline Bernardette: me salió un salvador, o mejor dicho, una salvadora, pues se trataba de una vaca negra: la que luego, durante muchísimo tiempo, conocería como *La Vache qui Rit*. Allí estaba, en la orilla del bosque, mirando con muy mala cara a los dos hermanos que me seguían por el sendero.

—¡Cuidado! —gritó uno de los dentudos—. ¡Está ahí esa vaca tan peligrosa!

Se dieron la vuelta y quisieron salir corriendo hacia el molino, pero fue inútil, porque *La Vache qui Rit* no les dio tiempo de nada. *La Vache qui Rit*, aquella vaca tan peligrosa, los embistió antes de que tuvieran tiempo de refugiarse en el molino. Al poco, uno de los hermanos estaba en el suelo, y el otro escondido en una hondonada del riachuelo.

—¡Karral! —gritó entonces *Gafas Verdes*. Con la boca torcida y agitando su

bastón en el aire, recriminaba a los dos gemelos. Me fijé en su bastón: estaba forrado de cuero, y del extremo le sobresalía un estoque.

—¡Karral! —volvió a repetir, pero dirigiéndose esta vez a su caballo, que, después de haber estado hasta entonces como en otro mundo, se había puesto a relinchar de manera escandalosa. Tenía su razón El Pesado: aquel animal tan espléndido y elegante era, sin embargo, demasiado nervioso, un poco pobre de espíritu.

—Sin lugar a dudas, amiga mía —intervino El Pesado al oírme—. Ya te lo he dicho antes, el caballo no duerme bien por la noche, y luego en cualquier momento le surge la necesidad de echar una cabezadita. Es lo que le ha sucedido a éste del molino: que dormía, y que al despertarse de repente se ha asustado con el alboroto que se ha organizado.

—¡Karral! ¡Karral!

Fuera de sí, *Gafas Verdes* hacía ademán de pegar al caballo con el bastón.

Me di cuenta de que todos me tenían olvidada, y decidí seguir el ejemplo de *La Vache qui Rit*. Por un lado, a raíz de ver lo del caballo, había comenzado a enorgullecerme de ser vaca, y por otro, qué miedo ni qué cuernos, no tenía ningún miedo, quería devolverles a los dentudos el mal rato que me habían hecho pasar.

Cogiendo impulso en la cuesta abajo, me fui derecha hacia el hermano que en aquel momento estaba saliendo de la hondonada del riachuelo.

—No sabe usted cómo es esa vaca negra. Es muy peligrosa, está completamente loca —le decía a *Gafas Verdes* señalando a *La Vache qui Rit*, parada ahora junto a una puerta secundaria del molino. No había hecho más que terminar la frase cuando lo embestí de cabeza. Al instante se oyó un ruido, como cuando se aplasta y se rompe una astilla seca en el bosque.

«¿Se me habrá roto un cuerno?». —pensé. Pero no había tal, la desgracia correspondía al dentudo, que gemía y gritaba agarrando con una mano la muñeca de la otra.

—Pero ¿qué es esto? ¡Me ha roto la muñeca!

—¡Karral! —chilló *Gafas Verdes*. Dejó su bastón clavado en el suelo y fue hacia su caballo. Colgando del caballo había una funda con un fusil dentro.

—¡Vete! ¡Vete de ahí! ¡Sígueme a mí! —me pidió *La Vache*.

Sentí que se me ponía la carne de gallina, y la seguí corriendo hacia el bosque de Balanzategui. Antes de que *Gafas Verdes* tuviera tiempo de apuntarnos, las dos estábamos a resguardo, no muy lejos del lugar donde yo había nacido poco antes.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel día, pero todavía sigo preguntándomelo: aquella carne de gallina que se me puso cuando me llamó *La Vache qui Rit*, ¿por qué se me puso? ¿Por la tensión del momento? ¿A causa del peligro? ¿O porque alguien, por primera vez, me trataba como una amiga? No lo sé, pero de cualquier forma, aquél fue un día grande en mi vida.

La Vache qui rit era fea y mal proporcionada: demasiado pequeña para el tamaño que habitualmente solemos tener las vacas, y muy corta de cuello, brazos y piernas. Sin embargo, era fortísima de pecho, y tanto su cabeza como su testuz eran muy grandes. De color, tal como he dicho antes, era igual que yo: negra.

—¿Cuántos huesos habías roto hasta hoy? —me preguntó después de tumbarse sobre el musgo del bosque.

—¿Cómo dices?

Me veía obligada a pedirle que me repitiera la pregunta, porque El Pesado me había impedido oír bien.

—Hija mía, en este mundo no hay cosa mejor que vivir según un horario —me había dicho El Pesado—. Ya ha anochecido, y es hora de ir a casa. Deja la noche para el mochuelo, el murciélago y otros animales nocturnos, y ve a descansar. El que pierde el sueño de una noche, pierde también el día siguiente.

Sin embargo, y por muy criatura que fuera, estaba decidida a no seguir los consejos del Pesado. Prefería quedarme con *La Vache qui rit*. Al fin y al cabo, le debía la vida. Y con este pensamiento en la cabeza, me tumbé junto a ella.

—Bien hecho, es de noche y a pesar de todo no tienes prisa de irte a dormir —dijo La Vache—. Menos mal, no parece que seas tonta. La mayoría de las que hay en Balanzategui lo son, no piensan más que en comer y en dormir. Son un asco de vacas. Pero tú pareces de otra clase, y mejor para ti, porque en este mundo no hay cosa más tonta que una vaca tonta.

—Seguro que sí —admití con humildad.

—De todas formas, estate tranquila. Aunque vayamos dentro de dos horas, las puertas del establo de Balanzategui seguirán abiertas. En esta casa las vacas hacemos lo que nos da la gana, es como un paraíso para nosotras. Nada de disciplina, nada de trabajo, y encima, de vez en cuando, banquetes.

—¿Banquetes?

—Como lo oyes, banquetes. A veces suelen ser para el grupo de las rojizas, otras para el de nosotras las negras. Más veces para nosotras que para las rojizas. Unos

banquetes muy buenos, ya verás.

—Hija mía —volví a escuchar entonces—, prométeme una cosa. Que te retirarás al establo una vez que te hayas despedido de esta amiga tuya. Dile adiós con toda educación y vete a dormir placenteramente. Además, tienes que conocer a las otras vacas de Balanzategui.

Otra vez me hice la sorda con El Pesado. Estaba decidida a seguir hablando con *La Vache*. Quería saber tantas cosas que las preguntas se me amontonaban: ¿Qué historia era ésa de los banquetes de Balanzategui? ¿Quiénes eran Gafas Verdes y sus dos subordinados? ¿Y qué estaban haciendo en el molino? Se me cortaba la respiración. Como dice el refrán:

Vaca que se pone a preguntar, vaca que no para hasta reventar.

Pero *La Vache* se tomaba su tiempo para todo, y, sin reparar en mi curiosidad, comenzó a examinarme de arriba abajo. Tenía los ojos brillantes.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Que el hueso que le has roto hoy a ese del molino es el primero de tu vida? —comentó después de unos momentos. Parecía no reparar en mi condición de recién llegada al mundo.

—Pues sí —le respondí. Me sentía un poco acoquinada.

—Tienes que romper más, muchísimos más. La vaca que se va de este mundo sin romper de veinte a treinta huesos, es que es una vaca tonta. ¡Muy tonta, además!

—Escucha, hija mía —intervino El Pesado—. Bien está hacer amigas, pero no conviene deslumbrarse con lo primero que se conoce. En el establo de Balanzategui te aguardan otras compañeras, y deberías darte a conocer a ellas.

Por la situación en que estaba, la intervención del Pesado me intranquilizó. Me moví un poco y me tumbé en otra postura.

—¿Qué te pasa? ¿Es esa voz de dentro? —me dijo *La Vache* en un tono perfectamente normal. Por lo visto, la voz interior era una de nuestras características, un elemento que la condición de vaca traía consigo. Dije que sí con la cabeza. Que sí, que aquélla era la razón de mi inquietud.

—También a mí me da trabajo —empezó *La Vache* entonces, levantando la cabeza hacia la oscuridad de la noche y hablando pensativa—. No sé, en mi caso hay algo que no marcha bien. Mi voz interior no parece la de una vaca. Siempre me habla de lo mismo, de la pelea, de la lucha, de los ataques. «Dale a ése, métele el cuerno al otro», así son las cosas que oigo. Y que me marche de Balanzategui y que rehuya los

establos: «Vete, vete pronto. Lárgate a lo profundo del bosque, allí está tu verdadero hogar». Realmente, no sé qué pasa. Se diría que me dieron la voz de un jabalí, y no la de una vaca.

Su mirada, en aquel momento más brillante que nunca, se perdía en algún punto entre el bosque y la luna. Yo no dije nada. Por un lado, aquello del error a la hora de dar la voz no parecía posible; pero, por otro, en *La Vache* había algo de salvaje y de hosco. Los mismos dentudos del molino lo habían dicho: no era una vaca normal, era una vaca peligrosa.

—¿Y la tuya? ¿Cómo es tu voz interior? —me preguntó de pronto, saliendo de su ensimismamiento.

—Habla bien, aunque un poco despacio. Lo único que sé de ella es que siempre se muestra a favor de ser vaca. Prefiere ser vaca antes que cualquier otra cosa.

—Ya es algo —comentó *La Vache* sin demasiado interés. Su mente ya estaba en otro sitio.

—Muy mala gente, esos tipos del molino —dijo poco después mostrando cuál era el nuevo objeto de sus preocupaciones—. Mala gente los dos gemelos de los dientes grandes, y mucho peor el de las gafas. Si será peligroso ese viejo que incluso mi voz interior, con lo aficionada que es a las peleas, me aconseja dejarlo en paz. Así que calcula. Con los gemelos ningún problema, que esos dos no son más que un par de campesinos bobos de por aquí. Pero con el viejo, cuidado. Es extranjero, sin duda, y le gustan mucho los cuchillos, los estoques y demás. Ya has visto el bastón que lleva.

Miré hacia el molino. La luna blanqueaba sus paredes.

—¿Por qué andan en ese molino? —pregunté a *La Vache*.

—Los gemelos viven allí mismo. Pero el verdadero jefe, ahora, es el viejo. Hace aproximadamente un mes comenzó a hacer visitas al molino, y ordenó a esos dos que hicieran obra. Y ya has visto, los dos estaban trabajando.

—Me ha parecido que estaban renovando el tejado —le dije yo queriendo colaborar.

—No, no están poniendo tejas nuevas al tejado, sino abriendo allí una ventana grande. Y eso es precisamente lo que no entiendo. ¿Para qué hace falta una ventana en semejante sitio? ¿Para mirar las estrellas? La verdad, me gustaría saberlo.

—Atiende, hija mía —escuché entonces—. A mí me parece que están haciendo la ventana para vigilar algo. Pero no para vigilar las estrellas, porque el tal *Gafas Verdes* podrá tener aspecto de muchas cosas, pero de astrónomo precisamente no. Piensa un

poco, por favor. ¿Qué se verá bien desde esa ventana cuando la terminen?

«El sitio donde estamos, ¡Balanzategui!» —pensé para mí. Enseguida, transmití mi pensamiento a *La Vache qui rit*.

—Yo creo que la ventana servirá para vigilar Balanzategui. Alguien hará guardia en ese tejado del molino.

La Vache qui rit hizo un gesto de aprobación.

—¡Menos mal! ¡Menos mal que has dado una buena razón! —dijo luego—. Te he puesto a prueba para ver si tienes cabeza o no, ¡y ya lo creo que la tienes! Me alegro, no eres una vaca tonta. De veras que me alegra mucho. Y es que no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta.

Respiré tranquila, me había hecho valer ante *La Vache*. Sin palabras —con el puro pensamiento, quiero decir—, le agradecí su ayuda al Pesado.

—Así es, *Cuchillos* quiere vigilar nuestra casa —empezó de nuevo *La Vache*. Ella llamaba a *Gafas Verdes Cuchillos*—. ¿Por qué? Pues, no lo sé. Por eso suelo estar en lo alto de la ladera controlando el molino y escuchando lo que allí se dice. Pero *Cuchillos* es muy reservado, les cuenta pocas cosas a los dentudos. Encima, con esa forma de hablar que tiene, me cuesta lo mío entenderlo.

—A mí ni me cuesta ni me deja de costar. No le entiendo nada. Pero ¿es verdad que no sabes nada?

La Vache se me quedó mirando, muy seria. No, esta vez no quería ponerme a prueba.

—No sé nada a ciencia cierta, ésa es la verdad. Pero, por supuesto, he sacado mis conclusiones.

—¿Y cuáles son esas conclusiones? —le pregunté con el candor de una vaca recién llegada al mundo.

La Vache qui rit se me quedó mirando con aquellos ojos suyos tan brillantes, más seria que nunca.

—¿Has oído algo acerca de la guerra? —me dijo después de un momento de silencio.

—No, yo no.

—Claro, con lo joven que eres, es natural. Pero yo ya tengo mis años, y ya he visto algunas cosas en este mundo. La guerra, sin ir más lejos. Mira nuestro valle de Balanzategui, mira el cielo ahí arriba, esos montes y esos bosques…

La Vache qui rit cortó el hilo de su discurso, y se quedó callada. Por mi parte, hice

lo que me decía y me quedé mirando hacia la luna. En aquella primera hora de la noche, el valle estaba silencioso, no se oían más que los rumores que aquí y allá levantaba el viento sur.

—Sí, ahora todo está en silencio y en paz —siguió *La Vache*—. Pero tenías que haber visto este valle hace un año o menos. Disparos de fusil a todas horas, de día y de noche. Y disparos de cañón, también. Y luego los aviones, ametrallando los alrededores y matando a todo bicho viviente. Uno de esos aviones cayó ahí cerca, en lo alto del valle. Un avión muy bonito, pequeño y plateado.

—¿Dónde está ese avión? ¡Me gustaría verlo! —me excité de pronto. Nunca había visto un avión.

—Saber eso sería saber tanto como yo, amiga —me contestó *La Vache* secamente —. Lo del avión es mi secreto, yo soy la única que conoce el lugar. Quizá te lo enseñe algún día, ya veremos.

La Vache me miró detenidamente. Su dilema era si yo era una vaca tonta o no. No quería enseñar el avión caído a una vaca tonta.

—Aunque no me enseñes el sitio, lo encontraré —le respondí intentando hablar igual de secamente que ella—. Pero ahora, vamos a seguir con el asunto de la guerra y con lo que está pasando en el molino.

La Vache levantó la cabeza. Le gustaba mi forma de reaccionar.

—Pues eso, que hasta hace poco aquí hubo guerra —empezó otra vez, más amablemente—. Soldados de un bando y del contrario. Y muchos de ellos murieron. En ese mismo bosque, tres.

—¿Tres hombres?

—Sí, tres hombres. Los mataron ahí un poco más adelante. El marido de Genoveva estaba entre ellos.

Me puse que no cabía en mi pellejo de curiosidad. Con las prisas por saber qué había pasado, se me cortaba la respiración.

—¿El marido de Genoveva? ¿Y quién es Genoveva?

—¡La señora de Balanzategui! ¡Quién quieres que sea! —exclamó *La Vache* irritada. Me pareció que iba a perder la paciencia. Pero si ella era una vaca con carácter, yo también.

—¡Y qué quieres que sepa yo, si ni siquiera he puesto los pies en el establo de Balanzategui! ¿No ves que he andado por el monte? —le dije con mucha firmeza.

—De acuerdo, de acuerdo —admitió *La Vache* en tono conciliatorio—. Pues lo

que te decía, Genoveva es el nombre de la señora de Balanzategui.

Sentí que cada vez me tenía más respeto. Indudablemente, aquélla era la forma en que había que tratar a *La Vache*.

—Fusilaron a su marido cuando la guerra estaba a punto de terminar. A su marido y a otros dos. ¿Quieres ver las tumbas?

—¡Oh, sí! —exclamé.

Cogimos un sendero que iba directamente hacia la casa, visible a aquellas horas de la noche gracias a sus paredes blancas y a la luna, y cuando ya casi estábamos allí, torcimos un poco hacia el interior del bosque y llegamos hasta un jardín entre árboles. Pero aquel lugar, por muy lleno de flores que estuviera, no era un jardín, sino un cementerio. Así lo demostraban las tres cruces de madera que se erguían rebasando la altura de las flores.

—El marido de Genoveva y sus dos compañeros. Fusilados aquí mismo —dijo *La Vache* tumbándose en un borde del cementerio. La luz de la luna confundía los colores: las flores de color rojo parecían negras, y las blancas, azules. El musgo cubría la tierra como una alfombra.

—¿Cuándo terminó la guerra, exactamente? —pregunté sin levantar la voz y sin atreverme a tumbarme. Sabía, desde la persecución que había sufrido en el molino, lo penosa que era siempre la muerte, y las tres cruces del cementerio me provocaban un sentimiento cercano al miedo. Pero *La Vache* parecía acostumbrada al lugar, y no le impresionaba. Me pidió que me tumbara a su lado.

—Eso es lo que yo me pregunto a mí misma —dijo *La Vache* una vez que yo me hube tumbado. Me hablaba sin ninguna reserva, de igual a igual—. Me pregunto si la guerra ha terminado. Ahora hace un año dijeron que sí, y en parte parece verdad, porque ahora no se oyen disparos y cañonazos. Pero, por otro lado, no estoy muy segura, tengo indicios de que la guerra todavía sigue. Por lo menos aquí, en Balanzategui. Y ésa es la razón por la que *Cuchillos* y los otros vigilan la casa.

—¿Que vigilan quiénes? —le pregunté. Se me había olvidado aquel nombre que le daba *La Vache* a *Gafas Verdes*, *Cuchillos*.

—Esos del molino —me respondió sin salir de las cavilaciones en que estaba sumida. Poco después, suspiró e hizo un comentario que me puso alerta—: Sí, ésa es la verdad. En esta casa pasan cosas muy raras. Raras de veras.

Calló una vez más y se quedó pensativa, como si se hubiera olvidado completamente de mí. Por mi parte, le habría hecho más preguntas, por qué decía

aquello, cuáles eran las cosas raras de Balanzategui, pero no me animé a mover los labios. Estaba feo hacer tantas preguntas, no era serio. Como dice el refrán:

El que cien preguntas hace
ninguna respuesta merece.

Como *La Vache* no parecía dispuesta a salir de su ensimismamiento, me quedé callada y mirando a las cruces del pequeño cementerio. El marido de Genoveva. Un compañero suyo. Otro más. Tres soldados fusilados. ¿Habría terminado la guerra en Balanzategui? ¿Las cosas raras que había mencionado *La Vache* tendrían algo que ver con aquellas muertes? Sí, lo más probable es que la relación existiera.

—Hija mía —escuché entonces. El Pesado me hablaba desde dentro—. Yo también he estado pensando, y he resuelto lo siguiente: que esta vaca, un poco hosca y que a sí misma se llama *La Vache qui rit*, dijo en un momento determinado algo que me extrañó. Afirmó que Balanzategui era un paraíso para las vacas y que en esta casa, que por cierto, y a pesar de mis consejos de acostarte, todavía no conoces…, pues que en esta casa las vacas no tienen ninguna tarea, y que en ella no reina la disciplina, que a veces hay banquetes… realmente, y si bien se piensa, ¿no es todo esto un poco llamativo y raro?

El Pesado tenía razón, sin duda. También yo recordaba lo del paraíso y lo de los banquetes, y, efectivamente, eran cosas un poco raras. Giré la cabeza hacia *La Vache* y me dispuse a hacer la pregunta; una pregunta, esta vez sí, muy adecuada.

No tuve oportunidad de cumplir mi deseo. De pronto, un sonido desconocido y escalofriante llegó hasta el pequeño cementerio y me hizo cambiar de pregunta.

—¿Qué animal hace ese sonido?

La imaginación me mostró, como en sueños, aquel animal: era un pájaro inmenso de grande, con las plumas azules y una forma de volar muy parecida a la del águila.

—¿En qué estás pensando? —me dijo *La Vache* viendo que yo miraba hacia el cielo—. No se trata de ningún pájaro, sino de uno de los discos de Genoveva; música de violín, si quieres saberlo. Genoveva suele escuchar discos, no todas las noches, pero sí de vez en cuando. Ahora, vamos al establo. El establo está debajo de la sala de Balanzategui, y la música se oye allí mejor que en cualquier otro sitio.

La idea me gustó. No sabía lo que era un disco, pero lo que producía me resultaba

emocionante. Como dice el refrán:

Beethoven, Chopin y Mendelssohn,
las alegrías de la vaca son.

—Ya seguiremos con los asuntos de la guerra.

—Todavía tenemos mucho que hablar —me susurró *La Vache* antes de entrar en el establo.

Por fin entramos, y la música de violín me envolvió. Al fin estaba en Balanzategui, dentro de mi casa. Y cuando las vacas que estaban allí reunidas me saludaron, qué tal Mo, bienvenida Mo, adelante Mo, me sentí alguien. No, no era poca cosa lo de ser vaca.

4

Mi dulce vida en Balanzategui y sus malas consecuencias. La personalidad de Genoveva. Nos dan un banquete a las vacas negras. Lo que sucedió la noche del banquete.

DESPUÉS de que llegara yo, fuimos doce vacas en Balanzategui, cinco rojizas y siete negras. La mayoría, tal como me había adelantado *La Vache*, eran bastante tontas, de las que no piensan en otra cosa más que en comer y dormir; pero, por otra parte, y mirando también la parte buena, eran muy amables y afectuosas, unas vacas siempre dispuestas a prestarme cualquier ayuda. Lo mismo las rojizas que las negras, todas querían estar conmigo, hablar conmigo, ir conmigo a los prados o a beber agua al riachuelo. Y durante todo ese tiempo, mis tiernas orejas de recién llegada al mundo no oían más que buenas palabras: «Por favor, Mo, ven a probar esta alfalfa; por favor, Mo, ponte en esta sombra tan fresca». Pasaba un día, pasaba otro, y todo seguía igual, mi vida discurría por el más fácil y cómodo de los caminos.

Quizá fueron demasiadas mieles, no sé. O mejor dicho, claro que lo sé, claro que fueron demasiadas mieles; tantas que al final me convertí en una vaca perezosa y comodona, incapaz de apartarse del amparo de Balanzategui. Del establo a los prados de enfrente, y de los prados de enfrente al establo: ése era todo mi recorrido. Vivía pegada a las paredes de aquella casa, igual que una mosca a un tarro de miel.

¿Y la cabeza?, me dirá alguien. ¿Qué pasaba con tu cabeza? Pues que, tal como hacía al caso, no era muy superior a la de una mosca mosquísima, y no tenía capacidad para darse cuenta de nada. No se daba cuenta, por ejemplo, del feo que le estaba haciendo a *La Vache* al no acudir a los alrededores del molino y al no ayudarla en su vigilancia de *Gafas Verdes* y compañía. Cierto que todos los días pensaba en

hacerle una visita; pero llegaba la noche y yo seguía con las cuatro patas metidas en el dulce barro de Balanzategui. Había también veces que, acordándome de la conversación que habíamos tenido junto al pequeño cementerio, me ordenaba a mí misma acudir donde *La Vache* y continuar con el asunto de la guerra; pero, al cabo, siempre dejaba el cumplimiento de mi propia orden para otra ocasión. Como dice el refrán:

La vaca que no tiene cabeza todas las cosas aplaza.

Así me pasaba a mí, y, como consecuencia, corría el riesgo de perder una amiga. El riesgo de perder una amiga de veras, quiero decir, porque, a excepción de *La Vache*, yo no tuve amigas en Balanzategui: compañeras de establo, sí, pero no amigas.

Con todo, la miel que yo encontraba en Balanzategui no la hacían únicamente las vacas tontas. Tenía otra razón para quedarme en las proximidades del establo, y esa razón era Genoveva, la dueña de la casa.

Genoveva era una persona muy seria, de pocas palabras, y tendría en aquella época unos cincuenta años bien cumplidos. Viéndolo desde el día de hoy y con la experiencia que da la vida, tengo la impresión de que su espíritu era opuesto al de Pauline Bernardette: que lo que en aquélla era reciedumbre y sobriedad, en ésta es ligereza, alegría y contradicción. Porque, efectivamente, no parece que la pequeña monja tenga un solo corazón, sino que tenga diez; diez corazones repartidos por aquí y por allá, pequeños como las campanillas que suelen llevar los gatos; diez corazones que, además, nunca acaban de ponerse de acuerdo y que al sonar suenan todos diferentes. Por eso da respuestas como la que, después de una visita a su pueblo, me dio no hace mucho:

—¡Qué día mucho bonito yo he pasado, Mo! —comenzó contenta, agitando dos o tres campanillas muy agudas—. Después de tiempo, yo tenía verdaderamente ganas de ver a *ma mère* y a *mon père*. Pero qué *tristesse* a la hora de la despedida, Mo, ¡qué *tristesse*! —continuó haciendo sonar una campanilla grave y melancólica—. ¿Y tú sabes? ¡Han quitado de la autobús para Altzürükü! ¡Sin derecho para eso! ¡Es una *cochonnerie*! Que *Mon Dieu* me perdone esta forma de decir, ¡pero es una *cochonnerie*! —terminó por fin, completamente enfadada y haciendo sonar secamente las campanillas que le quedaban.

Genoveva, la señora de Balanzategui, no tenía tal abundancia en su interior, sino un único corazón, sólido y profundo; un corazón con un sonido semejante al de los

cencerros que alguna vez solemos llevar las vacas. Aquel corazón no se conmovía fácilmente, no se ponía a resonar por cualquier bobada; pero cuando eso ocurría, cuando algo golpeaba con dureza en aquel pecho, el sonido que seguía solía ser terrible y sombrío, capaz incluso de quebrar las paredes del propio pecho. Quizá fuera eso lo que le había ocurrido cuando el fusilamiento de su marido en el bosque, que su corazón y su carácter se habían ensombrecido para siempre.

Genoveva organizaba la vida de Balanzategui prácticamente sin ayuda de nadie. Tenía, eso sí, un criado que nosotras llamábamos *El Encorvado*; un anciano que le hacía los recados y algún que otro trabajo. Pero *El Encorvado* poca ayuda podía dar, porque —tal como daba a entender el apodo que le pusimos— su condición física era deplorable; y porque, además, sólo permanecía en Balanzategui durante la mañana. Al mediodía, cogía su bicicleta y se marchaba al pueblo a comer, despacio, muy despacio, como con miedo a caerse. Viéndole, lo que parecía era que Genoveva le tenía de criado por la compañía…, que eso parecía, digo, y está muy bien dicho, porque el viejo criado resultaría al cabo una sorpresa. En realidad, *El Encorvado* era una de las rarezas de aquella casa. Una rareza entre muchas, porque otra era que no había perros, ni gallinas, ni cerdos; animales muy habituales en las demás casas del valle. Y también resultaba raro que allí nadie supiera segar bien, porque ni Genoveva ni el criado eran capaces de cortar, no digo ya como Pauline Bernardette, sino medianamente bien. Pero me detengo, no alargaré más las rarezas de Balanzategui. Ya se mencionarán a su debido tiempo. Como dice la sentencia:

El que quiera saber enseguida todo,
que abra el libro por el otro lado.

Mujer de espíritu fuerte, a Genoveva no le veíamos un momento de debilidad, ni siquiera cuando se retiraba al pequeño cementerio del bosque para arrodillarse ante las cruces, y era tan reservada en palabras y gestos, que uno solo de ellos cobraba enorme importancia. Así nos pasaba a todas: un saludo suyo era alegría para todo el día; una palmada suya en la espalda, casi una fiesta. Y sucedió que aquella mujer fuerte y reservada me llamó una vez a su lado, diciendo:

—¡Así que esta negra es la nueva!

Bastó aquella frase para que yo, sintiéndome la vaca más feliz del mundo, me

rindiera a sus pies. Viéndolo con mis ojos de ahora, qué voy a decir: que no era para tanto, que ya se notaba que en aquella temporada mi cabeza era como la de una mosca. Pero, en fin, cada edad tiene lo suyo, y hay que conformarse. Ahora me cuida Pauline Bernardette, una suerte que pocos merecen; pero soy vieja, no está en mi mano la felicidad que suele acompañar a la simpleza. En cambio entonces, vivía entre una gente que tenía muchos problemas, en una época en que saltaban a la vista las secuelas de la guerra; pero era joven, también un poco insustancial, y vivir me resultaba fácil.

Pero la felicidad no fue la única consecuencia del gesto de Genoveva. Su forma de tratarme me dio además prestigio, y las vacas tontas del establo comenzaron a tratarme como si yo fuera importante. Así las cosas, las mieles de Balanzategui me resultaban cada vez más dulces, y ya no me acordaba de *La Vache* para casi nada. Únicamente reparaba en ella cuando, con objeto de oír uno de los discos de Genoveva o por algún otro motivo especial, aparecía por el establo. Llegaba siempre de noche, y se iba a su rincón sin cruzar una palabra con nadie. Una vez allí, levantaba la cabeza y nos lanzaba una larga mirada de desprecio:

—¡Cosa más tonta que una vaca tonta! —significaba aquella mirada.

Al principio, me costaba mucho aceptar su comportamiento, porque, con la cabeza de mosca que tenía entonces, no podía entenderlo: lo atribuía al mal carácter de *La Vache*, y pensaba que era muy mala amiga. Pero, naturalmente, las cosas eran justo al revés, era yo la mala amiga, era yo la que la desairaba a ella. Como he confesado antes, nunca iba de visita al molino, y no demostraba ninguna intención de seguir hablando sobre la guerra.

Poco a poco, me fui olvidando de todo. *Gafas Verdes* y los dos dentudos que había visto en el tejado del molino se me antojaban personajes de una pesadilla de otros tiempos; las historias acerca del fin o no fin de la guerra, historias tan viejas como el mismo *Encorvado*; el avión que había caído en los alrededores o las cruces del pequeño cementerio, objetos sin significado. Sin embargo, aquel olvido —que, de haber continuado, habría apagado la amistad surgida entre *La Vache* y yo— no llegó a ser total. Todo comenzó a arreglarse un día de otoño en que las vacas fuimos llamadas para uno de aquellos famosos banquetes de Balanzategui.

Estaba yo en el bosque junto con las otras vacas, tumbada sobre la hojarasca y descansando un poco, y de pronto aparecieron Genoveva y *El Encorvado*.

—¡Arriba todas! ¡Arriba todas! —decía *El Encorvado* azuzándonos con una vara.

—¡Venga! ¡Rápido! —insistía Genoveva más seria que nunca. Como vacas que somos, nos costó lo nuestro levantarnos, pero al fin nos arrimamos al sendero y fuimos para casa. Cuando todo el grupo estuvo frente al establo, *El Encorvado* comenzó a contarnos:

—¡Once! —dijo después de haber dado una palmada a todas y cada una de las vacas que estábamos allí—. ¿Cuál nos falta? —le preguntó a Genoveva.

—¡Pues quién va a faltar! ¡Esa vaca arrogante y medio contrahecha! —comentó por lo bajo la vaca rojiza llamada Bidani, la misma que me explicó la historia del Ángel de la Guarda.

—¿Por qué lo dices? *La Vache qui rit* no es arrogante —exclamé.

—¡Claro que lo es! Si no es arrogante, ¿por qué se hace llamar así? ¡*La Vache qui rit*! Pero ¡si su verdadero nombre es *Cabezona*! Además, ¿por qué anda siempre aparte del grupo? Porque es una arrogante y una estúpida —replicó Bidani.

Aunque normalmente no era tan desagradable, la impaciencia para saber para cuál de los grupos iba a ser el banquete —si para las rojizas como ella, o para nosotras las negras— afilaba y ensuciaba su lengua.

Por mi parte, no hice ni dije nada. Me dolió oír aquellas palabras de Bidani, pero la idea de que debía defender a *La Vache* no cruzó por mi cabeza; por mi cabeza de mosca, se entiende. Realmente, fue vergonzoso, un comportamiento que todavía me pesa. Porque, naturalmente, a la gente que se aprecia hay que defenderla siempre y contra todo: contra los lobos, contra las vacas tontas, contra las malas lenguas, contra los miserables que devuelven mal por bien, contra todos. Ahora, a mis años, no le fallo a nadie, y defiendo a mi gente, a Pauline Bernardette por ejemplo, incluso en contra de su voluntad.

Recuerdo, al hilo de esto que acabo de decir, algo que no hace mucho sucedió en el *couvent*. Aquel día, Pauline Bernardette hizo algo que nunca se permite en una comunidad de monjas de clausura: abrir las puertas y dejar entrar a gente de fuera en nuestro jardín. Eran seis jóvenes, con mochilas y botas, que aparecieron en el pórtico de la capilla y pidieron permiso para plantar su tienda de campaña.

—Denos permiso para poner la tienda en uno de los terrenos de ahí dentro, *Soeur*. Nos sentiremos más seguros en su jardín que en pleno campo —le dijeron a Pauline Bernardette. El grupo estaba formado por tres chicas y tres chicos, y el que llevaba la voz cantante era uno de los chicos, uno rubio.

El *couvent*, que en realidad parece una ciudadela, es enorme de grande, y dentro

de sus muros hay de todo, desde el edificio del propio *couvent* hasta todo lo que se pueda esperar en una gran explotación agrícola: campos de hierba, campos de maíz, gallineros, establos para las vacas normales, establos para las vacas especiales como yo, filas y más filas de árboles frutales, garajes para las máquinas, cocinas donde las monjas hacen chocolate y mermeladas… Así pues, problemas de espacio no había, y los jóvenes podían aposentarse en cualquier rincón. El problema era —ya lo he apuntado antes— que las leyes de la clausura no permitían la entrada de extraños en el *couvent*. Y eso fue precisamente lo que Pauline Bernardette les dijo a aquellos jóvenes.

—Pero, *Soeur* —empezó otra vez el rubio que hacía de cabecilla—, no puede dejarnos fuera. Por aquí alrededor no hay más que monte, y tenemos miedo. Sobre todo las chicas, tienen mucho miedo. ¿No puede meternos por algún portillo?

Pauline Bernardette vaciló. La cabeza le decía que no, que no podía desobedecer las reglas del *couvent*, y que además no era para tanto, que no había tanto monte por los alrededores, que su mismo pueblo, Altzürükü, no quedaba lejos; pero todos sus corazones, aquellos diez corazones suyos que eran como campanillas de gato, le sonaban a lo contrario, le exigían que diera refugio a aquella gente que venía pidiendo un favor.

—Una *soeur* hace falta obedecer las reglas del *couvent*, pero la *charité* es antes que todas las muchas cosas de este mundo, Pauline Bernardette —se dijo a sí misma.

Poco después, un portillo de la parte trasera del *couvent* se abría para dar paso a los jóvenes.

—Por favor os lo pido. *Restez-vous* aquí muy *secrètement*, y luego mañana marchar vosotros con el primer *rayon du soleil*. Si *Notre Mère Superieure* tiene conocimiento de esto que yo he hecho, yo lo pagaré. Tendré un mes de *penitence* por lo menos —les dijo la pequeña monja después de llevarlos a un bonito prado del jardín.

Los jóvenes hicieron que sí con la cabeza, y empezaron a montar la tienda. Por mi parte, yo tenía mis recelos. No me gustaba mucho la forma que el cabecilla del grupo, aquel rubio, tenía de reírse.

Hasta la noche no pasó nada, porque nada eran, al menos para mí, las carcajadas que surgían de la tienda de vez en cuando. Pero luego, con la oscuridad, los tres chicos y las tres chicas salieron fuera y empezaron a hacer el loco. Fueron hasta una de las filas de árboles y se pusieron a coger cerezas, de muy mala manera, haciendo

barbaridades, rompiendo, por ejemplo, una rama entera para coger dos o tres cerezas. Era evidente que estaban un poco bebidos.

—Os lo he dicho, que hoy nos daríamos un atracón de cerezas —gritó en un momento dado el rubio, descubriendo cuáles habían sido sus intenciones al acercarse a Pauline Bernardette—. ¿Y el sitio? ¿Qué os parece el sitio? ¿No es de película? —añadió con fanfarronería.

«Gente desagradecida que devuelve mal por bien, la peor clase de gente que hay en el mundo» —pensé para mí. Había que ser canalla para engañar a una persona como Pauline Bernardette.

Durante la cena bebieron mucho y se rieron aún más, a carcajada limpia, intercalando aquí y allá unos gritos que parecía que tenían que oírse desde Altzürükü. ¿Cuánto tiempo necesitaría la Madre Superiora del *couvent* para despertarse con aquel jaleo? Cada vez estaba más inquieta y preocupada, me costaba seguir en el establo.

Cuando las carcajadas y los gritos habían llegado al colmo, una sombra armada con un bastón atravesó el jardín. Era Pauline Bernardette. Venía muy enfadada, y con un buen susto encima.

—¡*Cochonnerie*! ¡Esto es una *cochonnerie*! ¡Fuera filisteos! ¡Fuera del *couvent très vite*!

Los del grupo siguieron con el mismo jaleo que antes, sólo que ahora miraban a Pauline Bernardette.

—¡Vaya con la monja enanita ésta! ¿Habíais visto alguna vez una monja tan enana? —chilló el rubio. Aquella ocurrencia les hizo una gracia tremenda a los demás chicos y chicas de la pandilla.

—¡Filisteos! —repitió Pauline Bernardette, y, blandiendo el bastón, hizo añicos dos o tres botellas de cerveza que había junto a la tienda.

Así como los demás eran cretinos y nada más que cretinos, el rubio era sucio, pura basura. Torciendo el gesto, se levantó de delante de la tienda y dio un empujón a la pequeña monja. Luego soltó contra ella una retahíla de palabrotas indecentes.

Las campanillas de Pauline Bernardette enmudecieron de golpe. Estaba sin aliento. Y el rubio venga con sus burlas ofensivas, venga con sus risotadas. Con el acompañamiento de los otros cretinos, además.

—La hora de romper otro par de huesos ha llegado, Mo —me dije a mí misma. No podía permitir que trataran así a Pauline Bernardette. No podía fallarle a ella como una vez había fallado a *La Vache*.

Enseguida se acabaron los insultos del chico rubio y sus alardes. Cuando me vio salir del establo, cogió una de las botellas que la pequeña monja había roto y se esforzó en parecer un hombrecito delante de los de su pandilla. Pero le temblaban las piernas.

«¡Imbécil! —pensé—. ¿Tú qué te has creído? ¿Qué soy de ayer? ¿Te crees que no me doy cuenta de que te estás cagando en los pantalones? ¡Vas a ver qué pronto dejas de amenazarme con ese cristal!».

Agaché la cabeza, adelanté los cuernos al tiempo que ponía en movimiento mis quinientos kilos, y le rompí un brazo por dos sitios. Luego pasaron muchas cosas, hubo en aquel jardín más chillidos y más golpes de los que había habido nunca, pero no merece la pena contar lo que cualquiera puede imaginarse.

—¡Pero, Mo! ¿Por qué has tomado tú de la *vengeance*? ¡No es bien que alguien tome la *vengeance* por su mano! —me dijo Pauline Bernardette cuando los jóvenes se esfumaron del jardín. Pero, a pesar de sus palabras, me daba cuenta de que sus campanillas sonaban con alegría.

Hay que defender a los amigos, siempre. Contra los cretinos, contra los compañeros de establo, contra quien sea; siempre hay que defender a los amigos. Sin embargo, no es ésta una verdad que se aprenda pronto. Yo, por ejemplo, no la conocía en los primeros tiempos de Balanzategui, cuando no tenía más cabeza que una mosca, y de ahí que no le pidiera cuentas a Bidani por lo que había dicho de *La Vache*; ni a Bidani ni al *Encorvado*, que también la insultó por su retraso en acudir al banquete.

—¿Dónde está la que falta, esa vaca negra mal hecha y cabezona? —exclamó *El Encorvado* después de contarnos a las que estábamos frente al establo.

—Estará por donde el molino viejo, siempre anda por allí. Pero, no sé, creo que podemos dejarla fuera —dijo Genoveva con su seriedad habitual.

—¿Y si se mezcla con las rojizas? Ya sé que no es normal, pero puede pasar. Mejor si entra ella también al establo.

—Silbaré —dijo Genoveva. Era muy hábil en aquello, y también aquel día acertó a emitir un silbido muy largo y agudo. Era, además, capaz de silbar artísticamente: a veces repetía punto por punto las piezas que oía en los discos.

No hizo falta una segunda llamada. *La Vache* apareció abajo en el riachuelo y, con la fuerza que nadie tenía en Balanzategui, subió la cuesta hacia la casa en un abrir y cerrar de ojos. Estaría mal hecha y sería cabezona, pero su poderío físico era muy superior al de cualquier otra vaca. Además, era valiente y tenía cerebro. El mismo

Encorvado lo reconoció nada más llegar ella al grupo. Se había Puesto justo en la puerta del establo, como queriendo entrar.

—Entra, entra —le dijo *El Encorvado* al tiempo que abría la puerta—. No eres tonta. ¡Hay que ver como has adivinado que el banquete de hoy será para las negras!

Efectivamente, el banquete era para las de nuestro grupo. Cuando una de las rojizas, Bidani o cualquier otra, intentaba entrar, *El Encorvado* la disuadía con un bastonazo.

—Estate atenta, hija mía, que aquí empiezan a suceder cosas —escuché entonces en mi interior—. Acuérdate de lo que hablamos un día, de lo raros que me parecían a mí estos banquetes —añadió.

Ya recordaba algo. Hablamos de la mala gente que había en el molino, de la guerra, de los banquetes…

Todo aquel jaleo del banquete me hacía bien. Empezaba a despabilarme, a salir del atontamiento en que me había sumido la buena vida, y mi cabeza de mosca se mostraba capaz de recordar algunas cosas. Con ese ánimo, comencé a entrar en el establo.

—No tanta prisa, hija mía —me interrumpió El Pesado—. ¿Por qué andar presurosa y arrebatada a la hora de entrar en el banquete? ¿Por qué no quedarse un momento tomando la brisa del otoño para, de paso, saber qué ordenan a las vacas rojizas? En mi opinión, una recogida de datos es completamente necesaria. De lo contrario, nunca sabremos a qué vienen las rarezas de esta casa.

Obedecí al Pesado y, quitándome de la puerta del establo, corrí hacia las vacas rojizas.

—Nada de eso, tú adentro —me dijo Genoveva nada más verme. Ella y *El Encorvado* empujaban al grupo de las rojizas hacia un pequeño terreno circular cercado por un muro de piedra. También aquello era excepcional. Normalmente no nos dejaban pasar allí, ni siquiera cuando la hierba estaba muy crecida.

—¡Adentro he dicho! ¡Tú, al establo! —me gritó Genoveva. Sin más dilaciones, me encaminé hacia donde mis iguales. Ya tenía el dato que me pedía El Pesado, sabía dónde metían a las rojizas cuando nosotras íbamos a tener el banquete. O dónde nos meterían a nosotras el día en que el banquete fuera para las rojizas.

—¿Por qué nos diferencian? ¿Por qué nos separan en dos grupos cada vez que hay banquete? —me pregunté. Me sentía cada vez más despabilada, lejos ya del espíritu de una mosca.

Desgraciadamente, no podía hablar de aquel tema con nadie. *La Vache* no daba muestras de querer reconciliarse conmigo. Seguía sin dirigirme la palabra, y cuando nos miraba, sus ojos expresaban su convicción de siempre:

—¡No hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta!

En aquella situación era imposible intentar una conversación con ella, así que puse toda mi atención en la comida que nos habían puesto en el pesebre.

Viéndolo desde ahora, con la experiencia que da la vida, no consideraría un banquete la comida que hicimos aquel día en Balanzategui. Al fin y al cabo, no era otra cosa que pienso, un pienso de color blancuzco que una camioneta Chevrolet traía en sacos de vez en cuando. Pero, claro, en aquellos tiempos nosotras las vacas apenas conocíamos comida de fuera, y el pienso nos parecía una novedad tremenda. Una novedad, dicho sea de paso, tan grande como aquella camioneta Chevrolet que andaba sobre cuatro ruedas. Y es que eran otros tiempos. El único artilugio mecánico que hasta entonces se había visto en el valle era el avión caído que había mencionado *La Vache*.

Además de algo nuevo, el pienso era un poco picante, tenía un sabor más fuerte que la hierba de todos los días, y lo comíamos con gusto. Al final, después de un par de horas de dedicación, nos tumbábamos a hacer la digestión. En el mismo sitio, se entiende, pues Genoveva y *El Encorvado* esperaban hasta la mañana siguiente para abrir las puertas del establo.

Aquel día de mi primer banquete, yo me sentí muy bien. No solamente por el asunto de la comida, también por los discos que ponía Genoveva en la sala. No obstante, a pesar de la tranquilidad que reinaba en Balanzategui, El Pesado andaba preocupado. No comprendía lo del banquete de pienso.

—Escucha, hija mía. ¿Por qué el pienso? Con la hierba fina, sabrosa y nutritiva que hay en Balanzategui, ¿a cuento de qué ese alimento que hay que traer en camioneta? ¿Cuánto costará un saco de pienso? La verdad, me parece un derroche. Y además, no es forma saludable de comer. Siempre que sea posible, hay que comer lo natural, pues de lo contrario puede dañarse alguno de vuestros estómagos. Y créeme, la vaca que daña uno de sus estómagos, daña también un pedazo de su vida. Lo natural, hija mía. Siempre que sea posible, hay que comer lo natural. Sinceramente, no sé en qué está pensando la señora de Balanzategui.

A saber en qué estaría pensando aquella señora de nuestra casa que iba y venía por la sala y a veces ponía música. Desde luego que no en cuestiones de hierba, y todavía

menos en la alimentación que nos convenía a las vacas. De todas formas, era evidente que —por otras razones— estaba tan inquieta como El Pesado, porque los silencios entre disco y disco se rompían con pequeños ruidos inusuales: el golpe de una puerta cerrada demasiado fuerte, o el tintineo de un cacillo que rodaba por el suelo. Además, *El Encorvado* seguía en casa —veíamos su bicicleta en un rincón del establo—, y trabajaba en el desván. ¿Por qué tanto movimiento?, me preguntaba a mí misma. Pero había que esperar hasta que cayera la tarde y vinieran las primeras sombras. La noche me diría la verdad. La noche no sólo ponía al descubierto la luna y las estrellas, también sacaba a relucir otros secretos.

La oscuridad de la noche era completa cuando oí los pasos. A pesar de que por el ventanuco que tenía enfrente no había modo de ver nada, mis oídos enseguida me hicieron saber su origen: eran pasos ligeros y a la vez enérgicos, y además elegantes, muy elegantes, pasos realmente muy hermosos, de los que yo había deseado para mí en el momento de mi nacimiento. Sí, efectivamente, eran pasos de caballo. El Pesado dirá lo que quiera, que no duermen bien y demás, pero en lo que toca a los pasos, no tienen igual. No hay en el mundo quien ande como ellos.

Los caballos, cinco o seis, puede que siete, se pararon delante del establo, y ya no se oyó el sonido de sus pasos, sino el de una cuadrilla de hombres. Hombres ligeros y jóvenes, que al andar apenas se apoyaban en el talón.

—Todo va bien. ¡Adelante! —oí con claridad. Era la voz del *Encorvado*. La cuadrilla de hombres saludó al viejo criado.

—¿Qué tal en el monte? ¿Estaban bien los caminos? —preguntó Genoveva.

—Los caminos están bien. Es un otoño muy seco —contestó uno de los hombres.

—Cuanto antes terminemos el trabajo, más tiempo tendremos para cenar. ¡Vamos a trabajar un poco, chicos!

—Eso es lo malo en este mundo. Que para comer, antes hay que trabajar. Pero mejor que empecemos, sí —bromeó el hombre que había hablado antes, y los demás se rieron un poco. Serían unos seis o siete, pero imposible saber quiénes y cómo eran. Por el ventanuco del establo no se veía sino la noche y alguna que otra estrella. Por su parte, La *Vache* lo intentaba a través de una rendija de la puerta del establo, pero sin mayor resultado. Estando donde estábamos, la única posible vía de información era el oído.

Que estuvieron cerca de media hora cargando los caballos, eso fue lo que mi oído me hizo saber. ¿Qué cargaban? Pues, por el ruido que metió uno de ellos al caer,

sacos, sacos repletos. Repletos de ¿qué? Imposible saberlo. El oído tiene sus limitaciones.

Después de cargar, cenaron todos, bastante rápido y hablando poco. Se le oía sobre todo al *Encorvado*, que mencionaba la palabra «guerra» una y otra vez: «Serapio el que murió en la guerra, después de perder la guerra, los que ganaron la guerra…». Pero, con todo, me costaba coger el hilo de la conversación. La *Vache* también escuchaba atenta lo que venía de la sala, y era, junto conmigo, la única vaca que estaba despierta… Sin duda, una buena oportunidad para reconciliarnos y para volver a hablar. Pero, con todo, no me atrevía a acercarme a ella. Pensaba que estaría enfadada, que jamás me perdonaría que hubiese preferido la compañía de las vacas tontas a la suya.

Cuando acabó la cena, se oyeron de nuevo los pasos ligeros y elegantes de los caballos. Como iban cargados, les costaba caminar, pero no por ello perdían su toque de distinción. Al final, se alejaron montaña arriba, y ya no hubo nada más que hacer. Sólo cabía dormir.

Al día siguiente, en cuanto nos abrieron la puerta del establo, me fui derecha a donde estaban las vacas rojizas.

—¿Qué clase de gente ha andado esta noche por aquí? —le pregunté a Bidani. Desde el cercado en que ellas habían pasado la noche, todo el frente de Balanzategui quedaba visible. Por decirlo así, era un punto estratégico.

—¿Y a mí qué me importa la gente que haya andado? Yo no he visto nada. Eso sí, he dormido de maravilla —me contestó Bidani. En aquel momento acabé de decidirme: abandonaría el grupo de las vacas tontas. Las vacas tontas eran la cosa más tonta del mundo. Costara lo que costara, tenía que reconciliarme con *La Vache*.

5

Abandono la compañía de las vacas tontas, y eso me lleva al desierto. La camioneta Chevrolet trae cada vez más pienso. Descubro uno de los secretos de Balanzategui.

UNA vaca que quiera ser vaca de verdad, y no una vaca tonta, acabará por toparse con el desierto; no conseguirá cumplir su deseo sin antes conocer el amargo reino que, lejos de este mundo, sólo puede ofrecerle arena. Y entre la arena, sin una brizna de hierba, sin una gota de agua, la vaca que quiera ser vaca de verdad creerá enloquecer, y a veces, los días en que el sol castigue con más fuerza, se arrepentirá de haber comenzado el viaje y soñará con las dulzuras del establo que dejó. Pero ella, que recuerda bien lo tontas que suelen ser las vacas tontas, no cederá al desaliento; seguirá adelante hasta atravesar el desierto y tener ante sus ojos los montes húmedos y los bosques sombreados. Entonces, recordando lo que dijo el poeta, declarará así: *Cela s'est passé*, ya todo ha pasado, he salido del infierno, veo el mundo con ojos y corazón nuevos. Antes me faltaba la balanza de medir el valor de las cosas; pero ahora, en el desierto, la he encontrado.

Yo también quería ser una vaca de verdad, y apartarme de la tontería lo más posible, reunirme de nuevo con *La Vache*, mi primera y única amiga; pero el camino que llevaba del grupo de las tontas hasta ella era un camino que cruzaba el desierto. Y el desierto, en mi caso, tenía un nombre: Soledad. No Pobreza, Enfermedad o Cárcel, como se llaman los desiertos de tanta y tanta gente, sino Soledad. Por decirlo de otra manera, era un desierto opuesto al de Pauline Bernardette, pues el de ella era el que habitualmente se conoce con el nombre de Matrimonio.

—Cuando yo vivía en Altzürükü —me contó un día—, vivía feliz *et contente*. Pasaba el día completo en la *montagne*, cuidando el ganado de mis padres, y con eso

y con las oraciones que le hacía a *Mon Dieu*, tenía suficiente. Pero yo fui creciendo y más creciendo, y me puse una chica *très belle très belle*, y entonces *mon père* me dijo: «Tendrás que casarte, así pues tendrás que ir al baile los domingos». Yo le dije: «*Mais non*, yo soy feliz *et contente* cuidando el ganado». *Et mon père*, una otra vez: «De aquí en adelante no irás a la *montagne*, irás al baile, porque eres una *demoiselle* y tienes que casarte».

»Aquel día yo caí *á l'enfer*, Mo, porque yo iba a bailar y todos querían bailar *avec moi. Et non* los de Altzürükü *seulement*, también los de Urdinarbe, Brissac, Ganges, Laroche y otros muchos lugares. Pero yo decía «*non», et non* bailaba con nadie. Yo no quería ser con aquellos chicos, yo quería ser *á la montagne* con *mes vaches*. Un día, me dijo *mon père*: «Pauline, *ma cherie*, veo cuánto sufres con tantos galanes. No es preciso que tú sufras más. Nuestro vecino Pierre me ha demandado tu mano, y yo he dicho que *oui*. Es un hombre muy bueno, tiene sesenta vacas y muchos terrenos».

»Aquel día sí que fue *très triste pour moi*, Mo. Antes un *enfer*, ahora *enfer et demi*. Llevaba cinco meses sin andar con el ganado en la soledad de la *montagne*, y el futuro era más y más oscuro. Pierre me venía todos los días a la casa: «*Ma cherie Paulinette*», me decía, «cuando nos desposemos, yo venderé los ganados y los terrenos y nos iremos a París a poner un *bistrot restaurant*». De verdad te digo, Mo: la primera vez que oí esa cosa del *bistrot restaurant a* París, yo me caí al suelo sin sentido. Al otro día yo le dije: «Pierre, *je ne t'aime pas*, y no iré a París a poner un *restaurant bistrot*». Y decía él: «Pero, *c'est ridicule ça, ma cherie Paulinette*. Yo sé que tu *m'aimes*». Y yo que *non*, y él que *oui*. Entonces, me encerré con llave en mi habitación y ya no salí más. Después de eso, Pierre venía todas las tardes debajo de mi balcón y me cantaba. *Et finalement*, yo decidí saltar *le balcón, mon Dieu me pardonne, et* partir de mi casa. *Et, ¿qu'est ce que s'est passé alors*?

—Pues pasó que te caíste del balcón encima mío, *Soeur* Pauline Bernardette. Menos mal que eras más ligera que un pájaro.

—Así se pasó, Mo, dices la verdad. Tú eras recién venida a Altzürükü, y resultaste debajo de mi balcón. Bien seguro, Mo, que *Mon Dieu* te puso allí. Si no fuera por ti, yo no sería ahora en el *couvent*. Algún día yo te tengo que pagar la *faveur* que me hiciste.

—La deuda está bien pagada, *Soeur*. Mejor que bien —le contesté acordándome del trébol y la alholva.

Así pues, el desierto de Pauline Bernardette se llamaba Matrimonio, y a fin de

cuentas no le resultó tan difícil de cruzar: le bastó con caer encima de mí y luego entrar en el *couvent*. En cambio el mío, Soledad, parecía más árido y largo. Por un lado, estaba decidida a no tener ninguna relación con las vacas tontas del establo: no les negaría el saludo, pero sí todo lo demás. Sería inútil que me dieran conversación o que me ofrecieran buenas hierbas o buenos sitios para tumbarme. Todo aquello había acabado. Por otra parte, en cambio, la relación que había tenido con *La Vache* estaba dañada, y había que dar tiempo al tiempo. No podía ir al molino viejo y plantarme delante de ella diciendo: «Ya ves, aquí estoy de nuevo. Tienes que contarme lo que *Gafas Verdes* y los dentudos han hecho últimamente». No, de esa manera era imposible. Cuando se rompe la amistad con alguien, hay que actuar como Pauline Bernardette con las ramas rotas del geranio: poniendo esa amistad en una maceta y una tierra nuevas y esperando a que prenda.

Como no quería ser una vaca cualquiera, ni pasar de vacío el tiempo de soledad que me esperaba, me dedicaba a pensar en los problemas de Balanzategui y a ponerme tarea a mí misma:

—Mo, llevas ya un buen tiempo en este valle, y todavía no conoces todos sus rincones —me decía—. ¿Por qué no exploras los alrededores? ¿Por qué no buscas aquel avión caído al que se refirió *La Vache*?

Me dediqué a aquella exploración con bastante alegría, porque eso es lo que tiene el desierto llamado Soledad, que al principio no parece duro, sino agradable, tranquilizador, estimulante. Mientras subía y bajaba por el valle en busca del avión, me sentía como nunca en mi vida, y me felicitaba de haber perdido de vista a las vacas tontas del establo. Luego, cuando a mediados de aquel otoño llegué hasta unas rocas y vi el avión, me pareció una buena idea quedarme allí a pensar. Y eso es lo que hice, aposentarme junto a una de las alas rotas, y pensar en la guerra y en el piloto que había llevado aquella máquina de acero por los aires, y pensar también en lo pequeño que tenía que ser aquel piloto para caber en la carlinga… En realidad, pensaba en cualquier cosa, no tenía ninguna prisa. La temperatura era buena, el panorama que se divisaba desde allí —casi todo el valle—, inmejorable. ¿Qué más necesitaba para vivir bien? A mí me parecía que nada en absoluto. Como dice el refrán:

La vaca sola bien se lame.

Por desgracia, esa felicidad sólo se suele dar al principio, porque enseguida hace su aparición el peor enemigo de quienes tienen que atravesar el desierto de Soledad: el

Aburrimiento. Y eso fue lo que, al igual que cuando me quedé atrapada en la nieve, me sucedió a mí. Me aburría estar siempre pensando. Me aburría estar siempre junto al avión. Me aburría de hablar sola. Así las cosas, comencé a buscar nuevos entretenimientos: un día, iba al pequeño cementerio del bosque y me tumbaba frente a las tres cruces; al siguiente día, esperaba a la camioneta Chevrolet de los sacos de pienso y le hacía una carrera hasta Balanzategui, como si fuera una apuesta.

—¡Tranquila, negra! ¡Tranquila! —me gritaba el conductor de la Chevrolet sacando la cabeza fuera de la cabina—. ¡Nadie te va a quitar tu pienso!

Naturalmente, no eran las ganas de comer pienso, sino las ganas de pasar el tiempo. Porque el tiempo, en aquel otoño, casi no pasaba, o pasaba tan despacio que me daba dolor de cabeza. Por mi parte, seguí buscándome tareas.

—Mo, hace tiempo que no vas al viejo molino —reflexioné una tarde algo más interminable que las otras interminables tardes de aquella época—. ¿Por qué no vas a explorar un poco? Quizá puedas aclarar lo que *Gafas Verdes* y los dentudos están haciendo allí.

No se me había olvidado el susto que me había dado aquella gente nada más nacer, y aquel nuevo plan me daba miedo. Pero, tal como estaban las cosas, hasta el mismo peligro me resultaba atractivo: aceleraba el paso del tiempo.

Mis temores resultaron infundados. Los dentudos no sólo no me reconocieron, sino que ni siquiera dieron muestras de haberme visto. Uno de ellos estaba delante de la puerta principal del molino, sentado en una silla blanca y leyendo el periódico; el otro, en la ventana nueva del tejado y —aquello sí que era una novedad— mirando por un catalejo largo y grueso. A *Gafas Verdes* no se le veía por ningún lado.

—¿Qué vigila ése con el catalejo? ¿El valle? ¿Balanzategui?

No pude dar respuesta cumplida a la pregunta.

Llevaba ya bastante tiempo aburriéndome en aquel desierto, y —como cuando estuve aguardando a los lobos en la nevada— tenía la cabeza obstruida, una losa me impedía pensar como es debido. Hubiera debido bastarme el recuerdo de los jinetes que la noche de nuestro banquete habían bajado a Balanzategui para, nada más ver el catalejo, llegar a una conclusión clara:

—Los dentudos quieren saber cuándo bajan del monte, por eso vigilan Balanzategui y los caminos vecinos. Pero les va a costar dar con ellos. Esa cuadrilla del monte se vale del amparo de la noche.

Esa conclusión la saco ahora que estoy escribiendo las memorias, sabiendo lo que

ahora sé. Pero aquel día no me di cuenta de nada, la pesada losa del aburrimiento me aplastó todas las ideas. Di una vuelta por los alrededores del molino y, tras comprobar que *La Vache* no andaba por allí, me volví por donde me había venido. Todavía quedaban unas cinco horas hasta el anochecer. Realmente, ¡qué largos eran los días de aquel otoño…!

Ya muy dentro del desierto, cada vez más sola y aburrida, comencé a sufrir los primeros decaimientos, y sólo mi voluntad, sólo mi capacidad de sufrimiento, me impedía volver al calor del establo de Balanzategui; a su calor y a su música, porque tal como vivía, alejada de las vacas tontas, me perdía la ocasión de escuchar los discos de Genoveva. Como no estaba dispuesta a ceder ni un ápice en mi propósito de ser una vaca de verdad, me dediqué a inventar nuevas formas de pasar el tiempo. Entre esas formas estaba lo que llamé *Juego de las Hojas*.

El entretenimiento consistía en acertar cuándo iba a caer una determinada hoja. Me adentraba en el bosque y, después de tumbarme en un sitio mullido, elegía una hoja en un árbol; una hoja muy verde, que más pareciera primaveral que de otoño. A continuación, clavaba los ojos en la hoja elegida, y me quedaba vigilándola, un día entero, o dos días, o tres días, todo el tiempo que hiciera falta. Y, en general, las hojas se tomaban su tiempo para saltar de la rama al aire y del aire al suelo. Solía ocurrir que, primero, les salía una mancha amarilla en el verde, y enseguida otra mancha, más amarilla y más grande; un poco más tarde, se quedaban totalmente amarillas, pero con una mancha marrón. Cuando esta mancha marrón se extendía, hacían su aparición unos puntitos rojos, lo cual era señal inequívoca de que la hoja estaba a punto de caer. Y durante todo ese proceso, yo hacía apuestas conmigo misma, «a que para hoy a la tarde sale otra mancha, a que cae mañana a primera hora». La verdad sea dicha, el juego me distraía mucho, y me hacía olvidar mis problemas. Encima, de vez en cuando me llevaba el alegrón de acertar el momento justo de la caída.

Sin embargo, aquella diversión duró poco. El invierno se iba acercando, y el bosque se fue quedando cada vez más pelado. Cuando, algunas semanas después, ya no quedó hoja a la que mirar, lo intenté con las ramas. Pero no tenía gracia: o no caía ninguna, o —cuando había temporal— caían un montón a la vez. Desistí de seguir jugando, y la losa del aburrimiento volvió a caer sobre mí.

Un día, sería por la tarde, reparé en una vaca que se me acercaba. En un primer momento, no la reconocí; pero cuando se paró al lado del árbol que tenía delante, distinguí la gran cabezota de mi antigua amiga.

—¡*La Vache qui rit*! —grité sin poder reprimir mi alegría.

Me levanté y fui a su encuentro. Pero fue inútil, porque al lado del árbol no había nadie.

—¿Dónde te has metido? —grité. Pero pronto me di cuenta de lo que había pasado. *La Vache qui rit* que había visto no era una vaca real, sino producto de una alucinación. Así como las vacas o los camellos del Sahara, Gobi y otros desiertos ven espejismos, y en los espejismos lo que más desean, un pozo de agua o la sombra de las palmeras, los seres que andan por desiertos como soledad creen ver amigos. Así me sucedió a mí aquella tarde: que necesitaba compañía, y que la imaginación hizo el resto, creando el fantasma de *La Vache*.

—Hija mía —escuché entonces en mi interior. Hacía mucho tiempo que no tenía contacto con El Pesado—, hasta ahora no he querido decirte nada, pues creo que en este período trascendental de tu vida, que al cabo acabará por marcarte, debes luchar sola y con tus propios recursos. Pero después de tantas pruebas como has pasado, y considerando, además, que el invierno se nos viene encima a toda prisa, quiero proponerte otro pasatiempo. Y ello es el estudio. ¿Por qué no empezar a aprender los nombres y las leyes de las estrellas, hija? Es un saber que te vendrá muy bien si alguna vez te pierdes en el monte. Mira allá arriba, mira esa estrella roja que es la primera en iluminarse. Ya ves, aún es completamente de día, y ahí la tienes. Es Venus, también llamada Lucero.

—O sea que Venus —dije levantando la cabeza y buscando aquella estrella en el cielo.

—O Lucero…

—Eso, Lucero… —Me pareció una estrella interesante aquella tal Venus, Lucero o lo que fuera. Me quedé mirándola.

—Más tarde, cuando ya se haga de noche, saldrán las demás. A la altura de esa montaña de enfrente, por ejemplo, saldrá Andrómeda, y a su lado, Pegaso. En cuanto al grupo de Las Pléyades, aparecerá justo en el lado opuesto. Por su parte, Orión y Sirio se iluminarán aquí mismo, en tu vertical.

—O sea que Venus —me dije yo. El Pesado no conseguía interesarme por las otras estrellas. Todos mis sentidos estaban puestos en la observación de Venus. Vigilaba aquel punto rojo por si se ponía aún más rojo, o por si le salía una mancha amarilla, y me hacía apuestas sobre lo mucho o lo poco que iba a tardar su caída. Era una situación tan ridícula como penosa. Estaba muy mal. Soledad me había dado el golpe

definitivo. Poco a poco, mi contacto con el mundo iba perdiendo fuerza. Pronto dejaría de comer y de beber, y me quedaría allí para siempre, mirando a aquella Venus o Lucero como una estatua.

Lo que me salvó fue el silbido de Genoveva. La dueña de la casa me llamaba y me volvía a llamar, cada vez con más intensidad, y al final alguno de sus silbidos consiguió entrar en mi cerebro y despertarme: sí, era a mí a quien reclamaban, era Genoveva la de los discos quien llamaba, era invierno, estaba en Balanzategui. En cuanto comencé a bajar, escuché la voz del *Encorvado*:

—¡Aquí todas! ¡Rápido!

Cada vez más dueña de mí misma, enseguida me acordé de nuestro banquete y de todo lo que había pasado aquella noche: los caballos que bajaron del monte, el cargamento de sacos, la conversación que sobre la guerra mantuvieron todos durante la cena.

—¡Mo! ¡Mo! ¡Pero dónde estará esa atontada de vaca! —gritó *El Encorvado*. Corrí más deprisa, y me reuní con las otras once vacas delante del establo antes de que el criado se enfadara del todo.

Aquella llamada y el banquete que le siguió fueron para mí el primer oasis que encontré en el desierto: allí descansé, allí cogí ánimo para proseguir el viaje. Como dijo el poeta:

Bajo las palmeras bebí,
bajo las palmeras comí,
agua y dátiles, para cobrar fuerzas.

Mi agua y mis dátiles los conseguí nada más acercarme a Balanzategui. Por un lado, al ponerme junto a la puerta del establo sentí el murmullo de las vacas tontas: me llamaban arrogante y salvaje, poniéndome a la altura de *La Vache* y comentando lo cambiada que estaba. Acepté aquellos comentarios como un cumplido, y un momento más tarde, cuando *El Encorvado* nos comunicó que aquel banquete también era para las negras, entré en el establo como una verdadera reina.

—¡Quitaos de ahí! —les dije a las vacas rojizas que estorbaban el paso, y todas me obedecieron sin rechistar.

Pero no fue sólo la reacción de las vacas tontas, porque la alegría también me vino por el lado de La *Vache*. Se acercó hasta mi rincón en el establo, y me saludó:

—¿Cómo andamos esta temporada?

—Muy bien —le dije.

—Estupendo. Pues a ver de qué nos enteramos hoy. Yo tengo la impresión de que las cosas se van a torcer. Aquí va a haber tiros todavía, te lo digo yo.

—Ya hablaremos —le contesté. Prefería dejar las puertas abiertas para otra ocasión e interrumpir allí mismo nuestra conversación. Y además, estaba demasiado nerviosa para decir o preguntar nada. Ni siquiera reparé en los malos augurios que ella había hecho.

De cualquier forma, y a pesar de las aprensiones de mi amiga, en el banquete de aquel día no pasó nada especial. Fue exactamente igual que el anterior hasta en el menor detalle. Era ya noche cerrada —con Pegaso, Sirio, Orión y todas las demás estrellas en su sitio—, cuando oímos los pasos elegantes de los caballos y el saludo del *Encorvado*:

—Todo va bien. ¡Adelante sin miedo!

Después, cargaron los caballos, cenaron en la sala de Genoveva, y volvieron otra vez al monte. Por ser todo igual, tampoco en aquel segundo banquete faltó el reparo del Pesado:

—Sigo sin comprender el comportamiento de esta gente de Balanzategui. ¿Por qué insisten en daros pienso? Con esa hierba tan fina, tan sabrosa y nutritiva de los alrededores, sería más que suficiente. ¿Por qué tanto gasto? ¡Ya me gustaría, ya, saber lo que cuesta cada uno de los sacos!

«¿Qué cargarán en los caballos? —pensé yo por mi parte—. Eran sacos, sí, pero sacos llenos de ¿qué? ¿Armas, acaso? Si, como me había dicho *La Vache*, la guerra no había terminado en nuestro valle, ésa podía ser una posibilidad. De cualquier forma, tenía que ser un cargamento muy importante, tanto para los de Balanzategui como para *Gafas Verdes*. Porque, naturalmente, los cargamentos eran la razón de que los dentudos vigilasen la casa con su catalejo».

—No creo que en los sacos haya armas, hija —intervino El Pesado. Por lo visto había estado escuchando mis pensamientos—. No oigo ningún entrechocar de armas, ni siquiera cuando algún saco cae del caballo.

—Es verdad. Hacen un ruido sordo.

—Alguna vez se sabrá, hija mía. Y ahora, mejor que duermas. Ese pienso no parece muy digestivo, y mejor que cojas el sueño cuanto antes. Quizá luego te resulte imposible.

Supimos lo de los sacos mucho antes de lo que El Pesado y yo misma hubiéramos imaginado, porque aquel invierno —una época normalmente muy silenciosa y monótona— resultó muy agitado. Fue como si la rueda de un gran carro, atascada hasta entonces en el barrizal, se hubiera zafado y hubiera comenzado a girar. A cada giro, aquella rueda —la Gran Rueda de los Secretos— iba a salpicarnos un poco de su barro de la verdad; un barro que, al final, tomaría la forma de lo que en realidad estaba pasando en nuestro valle.

En primer lugar, aumentaron las visitas de la camioneta Chevrolet, y también, como consecuencia, nuestros banquetes del establo. Los nuestros, digo, y está bien dicho, porque los banquetes de casi todo aquel invierno —para desesperación de las rojizas— fueron para nosotras las negras. En estos banquetes, la conversación entre *La Vache* y yo se hizo habitual. Cuando estábamos fuera del establo, no, pues ella prefería, porque así se lo pedía su corazón de jabalí, andar completamente sola; pero bastaba que el silbido de Genoveva nos reuniera en Balanzategui para que nos pusiéramos a charlar.

—Lo de siempre —me saludó *La Vache* en uno de los últimos banquetes del invierno—. Basta que el molino se quede sin nadie, para que Genoveva nos llame.

—Y ahora que no hay vigilancia, bajará esa cuadrilla del monte. En busca de qué bajan, eso es lo que me gustaría saber. O por qué nos dan de comer pienso habiendo aquí tanta hierba —le comenté. No se me olvidaba lo que decía El Pesado.

—Si acertáramos a contestar esas preguntas, se acababan los secretos de Balanzategui —dijo ella—. Pero vamos a callarnos ahora —continuó, viendo que estábamos a punto de entrar en el establo—. Tenemos que cuidarnos de estas tontas. Si se enteraran de lo que está pasando, a saber el jaleo que organizarían. Porque, ya sabes, no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta.

Miré a *La Vache* y me encontré con aquel brillo tan especial de sus ojos. Era una vaca orgullosa y tenía corazón de jabalí. Y además, volvía a ser amiga mía. Había recorrido, casi sin enterarme, el último tramo del desierto, había llegado a la otra orilla.

La Vache se fue a su rincón del establo y yo al mío, a esperar que la tarde de invierno se oscureciera del todo. Entonces llegarían los del monte para cargar los caballos con aquellos sacos de no se sabía qué. Quizá pudiéramos oír o ver algo que nos ayudara a desentrañar el misterio.

Afortunadamente, así es como ocurrió. La Rueda de los Secretos ya estaba girando

en el barro, y una de sus salpicaduras iba a llegar hasta mis manos con una parte de la verdad. Todo sucedió antes de que la cuadrilla bajara a casa, cuando una de las vacas del grupo —una negra que era bastante infeliz—, vino a donde estaba yo y me pidió un poco de pienso.

—Ya te lo doy —le contesté—. Pero ¿qué te pasa? ¿Cómo has comido tu parte tan rápido?

—No he comido mi parte, Mo —me dijo ella poniendo cara de pena—. Lo que pasa es que no me gusta nada el pienso que me han puesto hoy en el pesebre. Son unos granos blancos, durísimos, que se me pegan debajo de la lengua cuando intento tragármelos.

—¿Sí? ¡A ver, enséñame cómo son!

Fui a su pesebre y eché un vistazo. Allí había un pienso blanco, pero del que comen los hombres, no las vacas. Aquel pienso era arroz.

—¿Puedo comer un poco de tu pienso, Mo? —me preguntó la infeliz.

—Come todo lo que quieras —le respondí casi sin poderme contener de alegría. Estaba segura de que acababa de hacer un descubrimiento de importancia. Por qué era de gran importancia, eso era lo que en aquel momento no se me ocurría.

Decidí recurrir al Pesado. Conocía su opinión, lo de que tenía que aprender por mi cuenta y todo lo demás, y no se me olvidaba tampoco la postura despreocupada que había adoptado cuando la nieve y los lobos, pero aquélla era una ocasión especial. *La Vache* y yo volvíamos a ser amigas, y yo quería ofrecerle algo. El significado de aquel descubrimiento, por ejemplo.

—Hija mía —escuché entonces, y enseguida supe que iba a acceder a mis deseos —, el arroz estaba en el pesebre de esa buena vaca porque alguien se ha confundido, sólo por esa razón. Ese alguien, *El Encorvado* o la misma Genoveva, no se ha dado cuenta de lo que hacía.

—¿Y de dónde ha salido ese saco de arroz? ¿Para qué necesitan tanto arroz en Balanzategui? ¿Para ellos?

—No lo creo. Ten en cuenta que *El Encorvado* casi siempre se va a comer al pueblo. En mi opinión, que a estas alturas será también la tuya, el arroz se lo llevan esos hombres que bajan del monte. Por eso hacían los sacos un ruido tan sordo al caer, porque eran de arroz o de algún alimento parecido. Pero, me detengo, no creo que deba darte una explicación más larga. Ya no eres una criatura, y debes empezar a pensar con lógica. ¿No comprendes lo que está sucediendo? En mi opinión, no es una

maraña inextricable.

Me mantuve en aquel rincón del establo, muy quieta y esforzándome por ver algo en la blancura del arroz que había en el pesebre. Casi inmediatamente, como si se tratara de un sueño, vi la camioneta Chevrolet cargada de sacos y avanzando por la carretera del valle hacia nuestra casa.

—El arroz que luego llevan al monte lo traen en la camioneta —empecé a pensar, muy despacio pero con mucha lógica—. Además, lo traen disimulado, poniendo encima los sacos de nuestro pienso. Si no lo hicieran así, los enemigos de Balanzategui…

Me detuve un momento para tomar aliento. Pensar con lógica me cansaba muchísimo.

—Continúa, hija, que no lo estás haciendo mal —me animó El Pesado.

—Los enemigos de Balanzategui… ¡*Gafas Verdes* y los dos dentudos! Por ellos andan con disimulo a la hora de traer el arroz. De lo contrario…

—Un buen castigo para todos —me ayudó El Pesado.

—Y un día determinado —seguí yo con mi lógica, cada vez más agotada—, la cuadrilla del monte decide bajar en busca de los sacos de arroz. Entonces nos llaman a nosotras para el banquete, porque, naturalmente, alguien se tiene que comer los sacos de pienso que han servido de tapadera.

—Muy bien pensado, hija mía —intervino El Pesado—. A esa conclusión llegué yo también. Como sabes, me extrañaba el gasto superfluo de Genoveva. ¿Por qué comprar pienso teniendo tanta hierba como se desea? No podía ser, Genoveva no tiene aspecto de ser una mala administradora. Y claro que no lo es. El gasto en pienso está más que justificado. ¡Como que son esos sacos los que permiten que todo funcione!

—Entonces, esta casa… —comencé de nuevo, quitando los ojos de la blancura del arroz y mirando al sitio donde está *La Vache*. Me parecía que me ardía la frente, que no podía seguir pensando con tanta lógica. Pero El Pesado no parecía dispuesto a terminar la frase, y seguí pensando. O mejor dicho, seguí recogiendo las salpicaduras que la Rueda de los Secretos iba lanzando sobre mí: que había habido guerra en el valle, que fusilaron al marido de Genoveva, que la guerra no había terminado del todo, que *Gafas Verdes* obligaba a los dentudos a vigilar nuestra casa, que los caballos del monte siempre llegaban de noche… Al final, reuní todas las salpicaduras y conseguí una pequeña figura de barro, una frase, una verdad:

—¡Balanzategui es el almacén del ejército que todavía no se ha rendido!

No pude más. Pensar con lógica me había robado todas las fuerzas, y caí dormida delante del pesebre de arroz.

Al cabo de cinco o seis horas, abrí los ojos y vi a *La Vache* a mi lado.

—¿Has visto lo que hay aquí? —le pregunté.

—Sí, ya sé que hay arroz. Pero no nos precipitemos. ¿Encontraste el sitio donde cayó el avión?

—Sí, conozco el sitio.

—Pues, mañana al mediodía, allí. Hablaremos de todo esto. Ahora vamos a seguir durmiendo —dijo ella.

Seguía rendida, y no me costó mucho hacer caso de su indicación. Como dice el refrán:

La vaca que se esfuerza en discurrir,
luego no deja de dormir.

6

Una larga conversación entre* La Vache *y Yo. El pesado me habla sobre Alfa y Omega. Comienza a girar la Gran Rueda de los Secretos. Se producen graves acontecimientos en Balanzategui.

DESDE las rocas donde estaba el avión caído podía verse con claridad el valle de Balanzategui y los montes nevados de los alrededores.

—Esto es lo bueno que tiene esta época del año —le dije a *La Vache*—, que deja los bosques pelados, y se ve más fácil en qué mundo vivimos.

—Y que demuestra qué vaca es tonta y cuál no —dijo ella—. Ahora mismo, las vacas tontas de Balanzategui están metidas en el establo, rumiando lo que comieron ayer, sin energía para salir al aire frío. ¡Con lo bueno que es el frío! Siempre lo he dicho y siempre lo diré: ¡no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta!

Estábamos las dos tumbadas sobre el musgo helado, ella a un lado del avión y yo al otro, charlando tranquilamente por encima de los trozos de metal oxidado. No queríamos entrar directamente en el tema que nos había llevado allí. Ya habría tiempo para sopesar el descubrimiento del arroz.

—Un día lo pasé muy mal en esas nieves —le dije, dejándome llevar por el recuerdo—. Estaba comiendo esa hierba pequeñita del monte, y antes de que me diera cuenta, tenía una manada de lobos siguiéndome. Una sorpresa muy desagradable, a decir verdad.

—¿Lobos? ¿Y a cuántos destrozaste con tus cuernos? —se entusiasmó *La Vache*, cambiando de expresión y levantando su cabezota. Su salvaje voz interior hablaba por su boca.

—No llegué a destrozar a ninguno. Ahora bien, el que debía de ser jefe de la

manada se fue sin dientes. Le di una patada tremenda en plena boca.

—¡Soberbio! ¡Muy bien hecho! —se alegró *La Vache*, enderezándose más.

—Claro que también él se llevó su premio. Me mordió en el rabo.

—¡Y eso qué importa!

La Vache tenía la vista fija en las faldas nevadas de los montes. Estaba comprobando si los lobos aún andaban por allí.

—¡Qué pena no haber estado contigo ese día! —suspiró luego—. ¡Cómo me gustaría habérmelas con los lobos! ¿Dónde has dicho que los viste?

—En esa pendiente larga que hay encima de Balanzategui, donde está aquella roca negra.

Se puso a mirar la roca, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. De tanto en tanto, como en sueños, susurraba las palabras que en aquel momento le dictaba su voz interior, palabras que, naturalmente, eran de lucha: «¡Golpea! ¡Golpea otra vez! ¡Clávale el cuerno de abajo arriba!».

—¡Los destrozaría a todos! —suspiró al final, antes de volver en sí y calmarse.

—Te creo, *La Vache* —concedí.

—Por un lado, ¡qué pena ser vaca! —siguió ella, girando la cabeza hacia mí—. Si fuéramos como los jabalíes o como las águilas, tendríamos que luchar para comer, y a cambio de eso andaríamos a nuestro aire. Todas las montañas para nosotras, todos los caminos para nosotras. ¡Sin establo! ¡Sin pienso! ¡Siempre libres, hoy aquí y mañana allí!

—Atiende, hija mía —escuché entonces en mi interior—. No cabe duda de que tu amiga es una vaca inteligente y de mucho carácter, pero, junto a esas virtudes, tiene también el grave defecto de la inmadurez. ¿Cómo es eso de que son los jabalíes los que disfrutan de libertad? ¿Qué tontería es ésa de decir que las águilas hacen lo que quieren y vosotras las vacas, no? ¿Dónde estáis, pues, ahora? ¿Acaso no estáis donde os ha dado la real gana? ¿Acaso no podéis quedaros aquí cuanto deseéis? Por decirlo en pocas palabras: ¿En verdad crees que las bestias del monte viven más libres que vosotras? Seamos serias, hija mía: yo creo que no. No tengo nada en contra del jabalí o el águila, pues ambos son animales nobles y de buena voluntad, pero, a decir verdad, han quedado un poco atrasados. Yo diría que, en este proceso que de Alfa a Omega llevamos todos los seres vivos, ellos han quedado muy Alfa. Carecen de establo o de cualquier otro lugar donde recogerse. Y carecen también de horario Para las comidas, pues dependen de la caza. Sin embargo, las vacas lo tenéis todo. Por un

lado, vuestra libertad, y por otro, vuestros refugios y esa regularidad alimenticia tan necesaria para la salud. Para decirlo en una palabra: la vaca es notablemente Omega, no Alfa. Hija mía, haz el favor de comprender la verdad: las vacas somos algo grande.

—¿Qué te dice la voz de dentro? —me preguntó *La Vache*.

—Que nosotras las vacas somos Omega, en tanto que los jabalíes o las águilas se han quedado bastante Alfa.

—¡Bah, teorías! —exclamó *La Vache*. Y con una capacidad de reflexión que hasta entonces no le conocía, siguió así—: Tu voz interior filosofa mucho, pero no tiene experiencia de la vida. ¿Qué le importa al jabalí ser Alfa? El jabalí sabe lo esencial, es decir, que el mundo es inmenso y que él puede marchar a cualquier lugar de ese inmenso mundo: al Norte, al Sur, al Este o al Oeste. Esa capacidad de elegir es lo que le da alegría, una alegría que las esclavas como nosotras jamás conoceremos. Puede que el jabalí sea muy Alfa, pero, en mi opinión, tiene más categoría que la vaca.

Sin duda alguna, era su salvaje voz interior la que profería aquellas palabras. El Pesado comenzó a impacientarse:

—Atiende, hija mía, no te enfrentes a ella —me dijo—. No merece la pena que discutas. ¿Qué puede saber tu amiga acerca de la vida del jabalí? Absolutamente nada. Y, sin embargo, ultraja a las vacas en nombre de aquél. No sé, no puedo comprenderlo, quizá esté pasando por un mal momento personal. De cualquier forma, lleváis mucho tiempo tumbadas junto a esos pedazos de avión, y aún no habéis entrado en el tema. No os he oído ni una palabra acerca de lo que está sucediendo en Balanzategui.

Tenía razón El Pesado al decir estas últimas palabras. También yo estaba deseando llegar al asunto de Balanzategui, y ello porque, gracias al sol pálido que acababa de salir en aquella tarde de invierno, veía el catalejo del molino; o mejor dicho, veía el reflejo que de vez en cuando daba el cristal del catalejo. Cuando los dentudos hacían girar el instrumento y éste se ponía cara al sol, en el molino surgía una especie de chispa.

—Mira a los gemelos —le dije a *La Vache*.

—Sí, están de guardia. Andan siempre husmeando, a ver si ven a alguien acercarse a Balanzategui.

—Según tú, ¿qué es lo que está pasando aquí? —le pregunté, entrando directamente en el tema.

—Ya te lo dije antes. Todavía no ha terminado la guerra que empezó en el treinta y

seis. Al menos, no en nuestro valle. Los que bajan del monte a escondidas no se quieren rendir, y siguen en pie de guerra contra el General. Una actitud muy peligrosa, sin duda.

—¿*Gafas Verdes* es el General? —pregunté con ingenuidad.

Aunque me estaba haciendo muy juiciosa, todavía estaba en pañales en asunto de guerras. Esas historias las aprendí después, cuando crucé la frontera y conocí a Pauline Bernardette. Porque la pequeña monja, en aquella otra guerra de Europa que tuvo lugar en Francia, Inglaterra, Alemania y otros sitios trabajó para los maquis; es decir, para los batallones que no querían rendirse. Recuerdo que vino a verla un sacerdote, uno que llamaban Père Larzabal:

—Toma estos papeles, *petite* Pauline —le dijo entregándole un paquete—. Y ya sabes, hoy por la tarde, coges tu vaca negra y vas hacia Altzürükü por el camino de la montaña. Los del maquis te reconocerán y saldrán a tu encuentro en el momento que les parezca apropiado.

La Madre Superiora del *couvent*, que estaba delante, arrugó el ceño:

—¡Me da miedo, Père Larzabal! ¡*C'est un grand péril pour Soeur* Pauline Bernardette! En todos los caminos hay puestos de soldados. Si registran sus ropas, cogerán presa a nuestra *petite* Pauline.

—Tranquilícese, Mère —le contestó Père Larzabal—. Mire la cara de Pauline. Y mire la cara de la vaca. De registrar a alguien, los soldados registrarán a la vaca.

—¡Pero yo no quiero que se le haga daño a Mo! —intervino la pequeña monja.

—No te preocupes, Pauline —le dijo Père Larzabal—. Hacéis muy bonita pareja, y no va a pasar absolutamente nada.

Las cosas marcharon como dijo el sacerdote. A mí me registraron un poco, pero a la pequeña monja nada de nada, ni la miraron siquiera. Y antes de llegar a Altzürükü, depositó los papeles en manos de quien correspondía.

Pero, como he dicho, tuve esa experiencia después de haber pasado todo lo de Balanzategui. Por eso le hice a *La Vache* aquella pregunta cándida de si *Gafas Verdes* era el General.

—¡No! ¡En absoluto! —me respondió *La Vache* en aquella ocasión—. *Gafas Verdes*, o sea, *Cuchillos*, es un sicario que el General ha enviado aquí para coger a los rebeldes que se mueven alrededor de Balanzategui. Pero nada más, sólo un sicario.

—¿Tú crees que Genoveva y *El Encorvado* están muy metidos?

—Ya lo creo que sí. Ellos también están en guerra —me aseguró *La Vache*

hablando despacio y sopesando cada palabra—. En Balanzategui las vacas somos verdaderas vacas, y la hierba es verdadera hierba. Pero de todo lo demás, nada es lo que aparenta. Para empezar, no es una explotación agrícola ni una casa de labranza. Lo parece, pero no lo es. Ya has visto que no tienen perro delante de la puerta y que las vacas no hacemos nada. Y además, date cuenta, no tienen gallinas, ni ovejas, ni ningún otro animal doméstico. Y tampoco saben segar, eso es lo más gordo. Ni *El Encorvado* ni Genoveva saben segar.

—Completamente cierto —admití.

—Y luego está lo que supimos ayer —continuó *La Vache*—. Que la camioneta no viene a traer el pienso de nuestros banquetes, sino a traer arroz para los del monte. Ése es el servicio que hace ahora Balanzategui, es algo así como un almacén para los del monte. Sin Balanzategui se morirían de hambre, y entonces, se acabó la guerra y se acabó todo.

—¡Realmente asombroso! —exclamé. No por lo que *La Vache* me estaba contando, pues yo también me había hecho aquella reflexión, sino por lo poco que a *La Vache* le costaba pensar con lógica. No daba muestras de cansancio ni de que fuera a quedarse dormida.

—Y yo me pregunto lo siguiente —saltó de repente más despierta que nunca—: ¿Por qué no los cogen? ¿Por qué *Cuchillos* o *Gafas Verdes* o quienquiera que sea no detiene a los de Balanzategui?

—A los rebeldes que bajan a Balanzategui, querrás decir. Porque con llevar a la cárcel a Genoveva o al *Encorvado* no gana nada. Su problema es la gente del monte —apunté.

—Claro, por supuesto —admitió ella—. De todos modos, la pregunta sigue siendo la misma: ¿por qué no los cogen? Ahí están los gemelos de los dientes grandes con su catalejo, husmeando todo el día, vigilando hasta el menor movimiento en el valle… y, sin embargo, llega una noche, bajan los del monte con sus caballos, los cargan, cenan en la sala, se van con sus sacos de arroz, y los sicarios ni enterarse.

—Los del monte tienen algún truco —opiné con toda la lógica posible.

—Sí, claro. Pero ¿cuál?

—Cualquiera sabe.

—De todos modos —siguió *La Vache*, poniéndose seria—, pronto va a suceder algo grave. Ya te lo dije el otro día, todavía oiremos tiros en este valle. *Cuchillos* está últimamente muy irritado. Cada vez que viene al molino, anda a gritos con los

dentudos.

—¿Entiendes lo que les dice?

—Después de las horas que he pasado vigilando el molino, le entiendo bastante bien. La semana pasada, por ejemplo, habló de un sabotaje. Por lo visto, los del monte cortaron la vía del tren.

—¿La vía del tren? —me sorprendí. En aquella época sabía poco de sabotajes.

—Efectivamente. Pusieron una bomba y cortaron la vía. Así es como continúan la guerra los del monte.

Nos quedamos las dos calladas durante un momento, mirando los restos oxidados del avión.

—Por qué no los cogen, eso es lo que yo querría saber —suspiró *La Vache* pensativa. Asentí con la cabeza, yo sentía la misma curiosidad.

Sin embargo, era imposible que en aquel momento diéramos con la respuesta, ni siquiera con la ayuda de la lógica. Había que esperar a que la Gran Rueda de los Secretos se pusiera a girar y a despedir las salpicaduras de su barro de la verdad. Ese día, el día que tuviéramos suficiente barro en las manos, sabríamos cuál era la realidad.

—Atiende un poco, hija mía —escuché cuando *La Vache* y yo dimos por terminada nuestra conversación. El Pesado me quería dar su parecer—. El misterio de Balanzategui no puede ser tan indescifrable como parece. Es posible que tu amiga, al ser medio jabalí, no sea capaz de llegar a una conclusión aceptable, pero tú sí. Tú eres una vaca de los pies a la cabeza, una vaca que, alejándose cada vez más de Alfa, está a punto de alcanzar Omega, y no hay duda de que aclararás el misterio. Aguarda sólo un poco, deja que la Gran Rueda de los Secretos dé tres vueltas, y dedícate luego a pensar con toda la lógica posible. Y, sobre todo, ¡arriba ese ánimo! ¡Arriba esa frente de vaca!

Desde luego que El Pesado estaba resentido con *La Vache*, pero, despechos aparte, su opinión estaba tan bien fundada como de costumbre. En adelante, todo sucedió tal y como él decía. La Gran Rueda de los Secretos giró tres veces, y de ahí, y de la lógica que apliqué, resultó la solución.

La Rueda dio su primera vuelta en primavera, cuando ya todos los árboles estaban llenos de hojas verdes. Oímos el silbido de Genoveva, su llamada para el banquete, y todas las vacas. —*La Vache*, yo y las otras diez— nos juntamos delante del establo. Contra lo que en toda aquella temporada había sido habitual, el banquete de aquel día

iba a ser para las rojizas, y no para nosotras las negras. *El Encorvado* empezó a hostigarnos con una vara diciendo que nos apartáramos de la casa.

—¡Fuera de ahí! ¡Vosotras, al cercado!

La Vache y yo nos miramos. Íbamos a quedarnos fuera, quizá podríamos ver a la cuadrilla del monte bajar con sus caballos.

Las otras vacas negras, que en su tontera no entendían nada, se empeñaron en entrar al establo, y al *Encorvado* y a Genoveva les costó meternos dentro del cercado de piedra. Pero, al final, allí estábamos las siete. Y allí estaban, asimismo, escondidos entre la hierba, todos los bichos y bichejos que había traído la primavera: mosquitos, avispas, abejas, lombrices, hormigas, caracoles, gusanos, arañas, babosas, mariquitas, moscas, tábanos, luciérnagas y demás, bichos muy Alfa todos ellos. Y allí estaban, cómo no, esas flores que siempre son las primeras en aparecer, unas flores muy amarillas, muy flojas y muy Alfa. Como tenía todo el día por delante, decidí aplastar un buen montón de bichos y flores, o dicho en otras palabras, tumbarme.

—Vamos a ver cuántas flores he aplastado —me pregunté después de un rato, volviéndome a levantar. En total eran sesenta y dos, nueve más de lo que pensaba y de lo que había apostado conmigo misma. Ni bien ni mal. Un resultado corriente.

Mis apuestas de aquel día no tenían, con todo, el sentido de las que me había hecho en anteriores épocas. Esta vez no se trataba de luchar contra el aburrimiento, sino de luchar contra el nerviosismo que sentía en aquellos instantes. ¿Cómo serían los rebeldes que seguían luchando y no se rendían ante el General? Esa cuestión resumía todas mis preocupaciones.

La noche llegó cuando ya llevaba aplastadas unas setecientas flores, y de repente, como si todos los pájaros, todas las hojas, todos los perros y todas las demás cosas hubieran estado esperando aquella señal para callarse, el valle de Balanzategui quedó en silencio. Ni siquiera de la casa llegaba ningún ruido. Quizá la única excepción fuera el riachuelo, que seguía corriendo y haciendo rodar a las piedrecillas de su lecho; pero su murmullo era tan parecido al silencio, que no lo perturbaba.

Por nuestra parte, *La Vache* y yo reteníamos el aliento con los ojos vueltos hacia el camino que bajaba del monte. Por momentos, el silencio se hacía más profundo; era como si un agujero se estuviera haciendo más grande.

—¡Karral! —escuchamos de pronto.

La Vache y yo volvimos la cabeza a la vez. Justo al otro lado de la cerca, *Gafas Verdes* levantaba su bastón de cuero, y tres guardias armados con fusiles salían de su

lado e iban a tumbarse cerca de la casa.

—¡Karral! ¡Karral!

Siempre de tres en tres, unos treinta guardias se apostaron en torno a la casa. Sus fusiles miraban hacia el camino del monte.

—¡Una emboscada! —me dijo *La Vache* en voz baja—. ¡Van a coger a los del monte! Ya te dije que íbamos a oír tiros en Balanzategui.

—¡No esta noche! ¡Seguro que esta noche, no! —dije casi sin querer. No era una conclusión debida a la lógica, sino una corazonada. *La Vache* se me quedó mirando un poco sorprendida, pero sin decir nada.

No sé cuánto tiempo estuvimos a la espera, nosotras por una parte y *Gafas Verdes* por la otra. Fue bastante tiempo, una buena porción de la noche. Pero, ni del monte bajó nadie, ni los de la casa encendieron ninguna luz.

—Karral. Karral, Karral —dijo al fin *Gafas Verdes*, dirigiéndose a un guardia gordo que tenía a su lado.

—¿Qué dice? —le pregunté a *La Vache*.

—Que no comprende. Está extrañado de que no hayan aparecido los del monte. Y lo mismo me pasa a mí. También yo estoy extrañada.

—¡Karral! —gritó *Gafas Verdes*.

—¡Karral! —repitió el guardia gordo más fuerte.

Al poco tiempo, los treinta guardias que habían estado apostados en torno a la casa bajaban por la ladera en busca del riachuelo. Allí encontrarían el camino que atravesaba el valle y llegaba hasta el pueblo.

—Tenías razón —me dijo *La Vache* cuando *Gafas Verdes* y el guardia gordo se marcharon. La noche seguía igual de oscura que antes y casi igual de silenciosa. Al murmullo del riachuelo se añadía ahora el que producían los treinta pares de botas que se alejaban marcando el paso. Pero también este segundo murmullo se parecía mucho al silencio y no lo perturbaba.

Allí acabó lo de aquella noche, y también el primer giro de la Rueda de los Secretos. Tal como me había pedido El Pesado, decidí quedarme a la espera de los otros dos giros, y quedarme no haciendo el tonto, sino entrenándome en la tremenda tarea de pensar con lógica.

Pero la de los Secretos no era la única rueda que sabía girar, también la del Tiempo seguía adelante. El sol primaveral calentaba cada vez más, y el calor lo multiplicaba todo: donde antes sólo podía verse una mosca, una lombriz o un caracol,

ahora se podían ver y aplastar cien moscas, cien lombrices o cien caracoles. Hasta el mismo riachuelo había sufrido una transformación: traía muchísima agua, agua que bajaba a borbollones y cubría las piedras que llevaban muchos meses secas. Claro que, en compensación, cada vez había menos nieve en las montañas; al final, con las lluvias de abril, desaparecieron del todo.

Uno de aquellos lluviosos días de abril, *La Vache* y yo volvimos a oír el silbido de Genoveva. La Rueda de los Secretos comenzaba a dar su segunda vuelta.

—Parece que el banquete de hoy va a ser para nosotras —le dije a *La Vache* cuando ya todas las vacas estuvimos reunidas delante del establo. Para entonces, *El Encorvado* ya había comenzado a empujar a las rojizas hacia el cercado de piedra.

—A ver si hoy sabemos algo —me respondió.

La Vache entrando al establo que, efectivamente, se había abierto para nosotras.

La visita de aquella noche duró poco. Los seis o siete hombres que bajaron del monte emplearon menos tiempo que nunca en cargar los caballos, y después, en contra de lo que era su costumbre, no se quedaron a cenar. En el momento de despedirse, *El Encorvado* les habló muy serio:

—De aquí en adelante vamos a andar mal. Mucho será que encontremos el medio de mandar otro cargamento más. Tenemos encima nuestro a ese tal don Otto.

«Así que el verdadero nombre de *Gafas Verdes*, o *Cuchillos*, es don Otto» —pensé para mis adentros.

—¿Hasta qué punto están enterados de lo que pasa? —preguntó uno de los de la cuadrilla.

—Saben que bajáis aquí, desde luego, pero no saben cómo conseguís eludir su vigilancia ni tampoco en busca de qué bajáis. Creen que se trata de armas o de papeles. El otro día pararon la Chevrolet y la registraron de arriba abajo, pero ni se les ocurrió mirar dentro de los sacos. Lo del pienso para las vacas fue un buen invento. Se lo tienen completamente creído.

—Así que están muy quemados, ¿no? —dijo otro de la cuadrilla.

—Al menos ese don Otto, sí. Lo que le saca de quicio es que siempre burlemos su vigilancia. Pero no puede dar con el sistema que tenemos para comunicar con vosotros. Piensa que os avisamos por radio. Pero, ya digo, esto no puede durar mucho. Hay muchísima vigilancia alrededor nuestro. Ya sabéis, incluso han puesto un catalejo en el tejado del molino.

—¡Esa gentuza del molino! ¡Los dos hermanos de mierda! —exclamó otro de la

cuadrilla, un tercero.

—Algún día arreglaremos cuentas con ellos, pero ahora no es el momento. Lo que importa ahora es llevar los alimentos al batallón —le respondió *El Encorvado* hablando como un padre.

Los hombres se callaron, y su silencio permitió sentir el otro silencio, el Gran Silencio General de la noche. Parecía que todos dormían en el valle: que dormían los bichos de la hierba, que dormían las truchas del río, que dormían los zorros, jabalíes y lobos de la montaña. Claro que el búho estaba despierto, mirando hacia Balanzategui desde alguna rama, pero era un pájaro discreto y a nadie le iría con el cuento de todo lo que veía en sus horas de vela.

Reparé de pronto, en medio de aquel silencio, en el estruendo que hacían las aguas del riachuelo. Pero sus aguas no eran las únicas que en aquel momento corrían con violencia: la Rueda del Tiempo también estaba cogiendo velocidad, y lo mismo la Rueda de los Secretos.

—¿Cuándo recogeremos el último cargamento? —dijo el que parecía ser el jefe de la cuadrilla.

—Cuanto antes, esta misma semana —le respondió *El Encorvado*—. He estado escuchando en el pueblo, y he sabido que todos los fascistas tienen intención de irse fuera. Por lo visto, tienen alguna celebración en Burgos. De todas maneras, vosotros estad atentos y vigilad la señal. Pero, ya digo, tiene que ser cuanto antes.

—De acuerdo. Estaremos atentos —prometió el jefe de la cuadrilla en tono de despedida. Los caballos resoplaban de cuando en cuando, impacientes. Impacientes pero pateando con elegancia, como siempre.

—Me da pena pensar que se va a acabar lo de los cargamentos. Pero, en fin, ¡qué se le va a hacer! —suspiró *El Encorvado*.

—No te preocupes, Usandizaga —dijo el jefe de la cuadrilla.

«*El Encorvado* se llama Usandizaga». —pensé.

—El batallón ha comido muy bien todo este último año, y gracias a ti. Es lo que dicen todos, que la intendencia ha funcionado mejor que cuando andábamos por el frente. Además, no creo que sigamos mucho tiempo en las montañas. Corre el rumor de que vamos a pasar a Francia.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. En fin, hasta la próxima. A ver si esta semana ponemos en camino el último cargamento.

—Haced la señal y nosotros apareceremos, Usandizaga —dijo el jefe de la

cuadrilla, que ya iba camino arriba.

Miré a La *Vache* desde mi puesto: ¿Oía aquello? Todos los líos de Balanzategui estaban a punto de acabarse, la guerra tocaba definitivamente a su fin. ¿Y cuál sería aquella señal que tanto Usandizaga como el jefe de la cuadrilla habían mencionado? Allí estaba la clave del asunto. Por eso no los cogían, porque tenían unas señales, un sistema que les servía para comunicar si había peligro o no. Pero ¿qué sistema sería?

Debíamos esforzarnos en pensar con lógica y en estar atentas: la Gran Rueda de los Secretos se estaba poniendo en movimiento, comenzaba su tercera y última vuelta. Una vuelta que, además, iba a mostrarnos la terrible realidad que había augurado *La Vache*. Efectivamente, volverían a sonar los disparos en Balanzategui, y aquel hombre que llamábamos *El Encorvado* —Usandizaga de verdadero nombre— iba a perder la vida. Por su parte, Genoveva iría a prisión. En cuanto a las vacas —a las vacas lo bastante inteligentes, al menos—, comprenderíamos por fin el lugar que habíamos ocupado en el mundo.

Tres días después de aquella conversación entre Usandizaga y el jefe de la cuadrilla —era otra brumosa tarde de abril—, Genoveva volvió a llamarnos con uno de sus característicos silbidos. El plan para enviar el último cargamento se había puesto en marcha con la celeridad exigida por las circunstancias. Había que hacer el trabajo cuanto antes, mientras *Gafas Verdes* y los demás sicarios estuvieran en la celebración de Burgos.

Una vez más, las vacas negras volvíamos a estar recogidas en el establo. Pero en esta ocasión, ni siquiera las tontas parecían prestar demasiada atención al pienso que nos habían puesto en el pesebre. Algo especial flotaba en el ambiente. Particularmente, yo tenía los ojos y las orejas completamente alerta: veía la espesa niebla que había al otro lado del ventanuco; oía el disco de piano que Genoveva había puesto en la sala y el sonido que hacía el pequeño chorro de agua que caía desde nuestro tejado.

Según avanzaba la tarde, los sonidos del disco y del chorro se fueron mezclando hasta que al final parecieron convertirse en las dos caras de un mismo rumor. Al otro lado del ventanuco, la niebla cogía tintes oscuros. Un par de horas más, y la noche caería sobre el valle de Balanzategui.

Pero en cuanto la primera de aquellas dos horas que faltaban para la noche comenzó a rodar, unos pasos rápidos que subían por la escalera irrumpieron en el ambiente mortecino de la casa. El disco que giraba en la sala se detuvo en seco.

Genoveva y *El Encorvado*, el tal Usandizaga, hablaron unos instantes sofocadamente y luego bajaron corriendo al establo.

—¡Fuera de aquí, negras! ¡Fuera! —nos gritó Usandizaga mientras Genoveva abría la puerta. Ambos se movían con agilidad, sobre todo Usandizaga. Miré a aquel hombre de arriba abajo: iba de una vaca a otra completamente erguido, y movía la vara con rapidez. Bien mirado, ni siquiera era muy viejo. Estaba claro que hasta entonces había estado fingiendo su encorvamiento y los achaques de viejo.

Mientras Usandizaga nos empujaba a las negras hasta el cercado de piedra, Genoveva traía a las rojizas hacia el establo. Poco después, el cambio estaba hecho: las rojizas dentro del establo y nosotras fuera. Aún era de día, y Usandizaga se felicitó de ello:

—Todavía hay luz. Creo que podemos estar tranquilos —dijo a Genoveva. Los dos jadeaban por el esfuerzo que acababan de hacer.

—Seguro que enseguida aparece *Gafas Verdes* —le susurré a *La Vache*.

Apareció cuando ya había oscurecido del todo, bien envuelto en su gabardina y blandiendo su bastón forrado de cuero. Al igual que la anterior vez, ordenó a sus treinta guardias que se apostaran en torno a la casa y vigilaran el camino del monte. Minutos después, todo estaba en su sitio.

—Karral, Karral —dijo *Gafas Verdes* al guardia gordo que se puso a su lado. Creí percibir un cierto humor en la forma en que pronunció aquellas palabras. Por lo visto, se las prometía muy felices.

El guardia gordo se limitó a asentir con la cabeza, y el valle volvió a quedar en silencio: sólo el pequeño chorro que caía desde el tejado de Balanzategui parecía seguir con vida. Caía y seguía cayendo. Caía y la noche avanzaba. Caía el agua y caía el tiempo. El tiempo caía y seguía cayendo, la noche se hacía más noche. Una noche brumosa de primavera, que empapaba los tejados y llenaba de gotas los canalones. Gotas que iban a parar al canalón principal, gotas que terminaban cayendo en forma de un pequeño chorro, produciendo el único sonido que podía escucharse en todo el valle.

Gafas Verdes no se movía de su puesto, parecía haberse dormido de pie. Pero no, estaba alerta, de vez en cuando levantaba el bastón de cuero y golpeaba suavemente una piedra de la cerca. Pero por el camino del monte no bajaba nadie. Ni la menor señal de pasos. Sólo la señal del pequeño chorro que caía del tejado, que caía y seguía cayendo como el mismo tiempo, sin tomarse un descanso. Al final, *Gafas Verdes*

perdió la paciencia:

—¡Karral! ¡Karral, Karral! —gritó al tiempo que su bastón daba un tremendo golpe en la piedra. Como estaba un poco adormilada, su reacción me sobresaltó.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a *La Vache* mientras mis ojos seguían la sombra de *Gafas Verdes*. El sicario se dirigía hacia la casa.

—Que a la fuerza han de tener una radio —me explicó *La Vache* haciendo un gesto. Ella no encontraba ningún sentido a las palabras de *Gafas Verdes*.

—*Gafas Verdes* ha querido tender una trampa a Usandizaga —le expliqué yo a mi vez. Llevaba un buen rato pensando con lógica, y estaba empezando a entender cosas —. Difundió en el pueblo la noticia de que iba a Burgos y demás, y al principio Usandizaga se lo creyó. Pero en el último momento se ha dado cuenta del engaño y ha pasado a los del monte el aviso de que no vengan. Lo que no entiende *Gafas Verdes* es cómo lo hace, de qué sistema se valen los de Balanzategui para comunicarse. Por eso creen que tienen una radio.

—¿La tendrán? —preguntó *La Vache*.

—Creo que no.

Acerté. Los guardias encendieron todas las luces de Balanzategui para registrar hasta el último rincón de la casa, y luego se valieron de linternas para hacer lo mismo en el bosque. Fue inútil: en los rincones de la casa sólo encontraron polvo, y en los rincones del bosque, sólo hormigas y arañas. *Gafas Verdes* estaba cada vez más furioso.

—¡Karral! —gritaba a Genoveva y Usandizaga, sentados ahora en su banco del porche de la casa. Usandizaga había recobrado su aspecto anterior: a la luz de la bombilla que coronaba la puerta de entrada, parecía muy viejo, un auténtico encorvado. Genoveva, por su parte, permanecía ajena, sin hacer un gesto y mirando a la oscuridad del valle. ¿Qué estaría sintiendo en aquel corazón suyo que era como uno de nuestros cencerros? No lo sé a ciencia cierta, pero hubo un momento en que resonó gravemente: cuando los guardias fueron hasta el pequeño cementerio y se pusieron a registrar entre las cruces.

Horas después de que clareara el día, los treinta guardias estaban reunidos delante de la casa. Parecían cansados y hambrientos, a la espera de la orden de retirada. Pero *Gafas Verdes*, don Otto, no desistía. Más pálido que nunca, subía y bajaba por el camino del monte. Estaba pensando con la mayor lógica posible. Igual que yo, que también estaba pensando con la mayor lógica posible.

De pronto, en aquella gris mañana de abril, la mirada de *Gafas Verdes* y la mía se cruzaron, y su bastón de cuero dejó de girar y se detuvo en el aire. Yo comprendí, y él también comprendió. Los dos comprendimos a la vez: por qué no cogían a los del monte; cómo pasaban la información los de Balanzategui.

—¡Karral! —exclamó *Gafas Verdes* torciendo la boca con una sonrisa. Su bastón sesgó el aire, como una espada.

—¿Se ha referido a nosotras? —pregunté a *La Vache*.

—Así es. Nos ha mirado y ha dicho «¡las vacas!».

—Entonces, se acabó la historia. Los del monte y los de Balanzategui están perdidos.

—Ya te decía yo que pasaría algo grave. Ahora bien, reconozco que no me he enterado de lo que pasa. Seguro que me estoy volviendo tonta. Una gran desgracia, porque, lo digo siempre, ¡no hay cosa más tonta en el mundo que una vaca tonta!

Tranquilicé a mi amiga. Al fin y al cabo, demostraba bastante inteligencia al reconocer que no entendía. Más o menos, como dijo el poeta:

Entre nous soit dit, Bonnes gens,
Pour reconnaitre
Que l'on n'est pas intelligent,
Il faudrait l'être[1].

Además, yo conocía bien cuál era el verdadero problema de *La Vache*. No su falta de inteligencia, sino su corazón de jabalí. Ella pensaba cada vez menos en las cosas de Balanzategui. Siempre que se quedaba sola, su pensamiento se iba hacia las montañas heladas o los bosques profundos.

—Ahora nos meterán en el establo —le dije al ver que *Gafas Verdes* había comenzado a dar órdenes.

—¿A nosotras?

—Sí, a las negras.

Así ocurrió. Los guardias se abalanzaron sobre nosotras y comenzaron a separarnos, las negras hacia el establo y las rojizas hacia el cercado. El único problema fue *La Vache*. No se quería mover de su sitio, y ninguno de los guardias se atrevía a acercarse a sus cuernos. Mi amiga tenía la mirada brillante, y casi creía escuchar lo que en aquel momento le dictaba su voz interior. «No entres en el establo, acaba con ellos

y escápate al monte, rómpele la cabeza a un guardia». Con un gesto, le supliqué que no hiciera locuras, que si no obedecía a los guardias le pegarían un tiro. Un consejo muy malo, dicho sea de paso, el típico consejo de quien se cree muy inteligente y se pasa de rosca. Porque, efectivamente, nadie le hubiera pegado un tiro a *La Vache*. Hacerlo hubiera sido alertar a los del monte, indicarles que en Balanzategui estaba pasando algo raro. De todas formas, no fue la única razón de que *La Vache* accediera por fin a entrar en el establo; también tuvo que ver el movimiento que *Gafas Verdes* hizo hacia ella.

—¡Karral! —le dijo, dejando al descubierto el estoque de su bastón de cuero.

Con más o menos incidentes, para mediodía todo estaba según los deseos de *Gafas Verdes*. Las vacas rojizas dentro del cercado; nosotras las negras, en el establo. Los guardias rodeando la casa y el bosque. Genoveva y Usandizaga, en la sala, con un par de guardias delante.

—¿Qué está pasando? —me preguntó *La Vache* cuando se cerraron las puertas del establo. Miraba el pesebre que tenía delante. Estaba vacío, aquel día no teníamos pienso.

—Te lo diré en pocas palabras —comencé con aquella arrogancia que me daba el sentirme inteligente—. Nuestra pregunta era por qué no los cogían. Y ésa era también la pregunta de *Gafas Verdes*, por qué no conseguía cazar a la cuadrilla del monte. Y la respuesta era que entre los de Balanzategui y los del monte tenía que haber un sistema de comunicación. De lo contrario, no tenían explicación las casualidades; el que la cuadrilla bajara justo el día que los dentudos habían abandonado la vigilancia, o el que no bajara cuando el catalejo estaba alerta…

Callé un momento para tomar aliento. Como siempre, pensar con lógica me fatigaba.

—Sigue —me pidió *La Vache*. Quería saberlo todo cuanto antes.

—Verás, el sistema de comunicación de Balanzategui constaba, y todavía consta, de dos pasos. El primero lo daba *El Encorvado*, o mejor dicho, Usandizaga, un hombre que de encorvado no tiene nada… pero se hacía el viejo y el inútil para así poder ir y venir al pueblo con tranquilidad y conseguir información: que *Gafas Verdes* estaba de viaje, que los dentudos tenían una boda, lo que fuera. Así sabía cuándo la vigilancia era fuerte y cuándo era débil.

—Y luego entrábamos nosotras —adivinó *La Vache*. Asentí con la cabeza y aproveché aquel momento para tumbarme. De veras, pensar con lógica me agotaba.

—Así es —proseguí desde mi nueva postura—. Genoveva y Usandizaga enviaban el mensaje por medio de nosotras. Cuando nosotras teníamos banquete, es decir, cuando nos metían en el establo para todo el día, los del monte miraban hacia Balanzategui y veían que no había vacas negras a la vista, sólo las rojizas en ese yerbal cercado. ¿Y qué quería decir eso? Pues quería decir: las vacas negras no aparecen, luego *Gafas Verdes* y los otros sicarios no están, luego podemos bajar en busca de los sacos de arroz. Cuando a nosotras nos dejaban fuera, en cambio, entendían lo contrario: «Cuidado, peligro, no bajar». En cuanto a los días normales, dejaban que las negras y las rojizas nos mezcláramos. Con este sistema tan sencillo, los del monte siempre disponían de información.

La Vache tenía los ojos muy abiertos. Por mi parte, yo estaba rendida. Estaba orgullosa de mi lógica, pero había agotado mis fuerzas y sólo deseaba dormir.

—¡Ahora estamos dentro! —exclamó de pronto *La Vache*—. Al no vernos, los del monte creerán que no hay peligro y bajarán en busca del cargamento. ¡Y Balanzategui está plagado de guardias!

—Efectivamente. *Gafas Verdes* ha comprendido por fin el funcionamiento del sistema, y lo está utilizando a su favor. Los del monte están perdidos. Bajarán, y *Gafas Verdes* los matará a todos.

Mi respiración era cada vez más gruesa. Se me caía la cabeza.

—A todos, no. Necesita que alguno de los hombres de la cuadrilla quede vivo para luego interrogarlo acerca del batallón. *Gafas Verdes* anda detrás del batallón, no de unos pocos hombres —me corrigió *La Vache*. Ella también sabía pensar con lógica.

Después de un momento de silencio, quise abrir la boca y explicar a mi compañera que iba a echar una cabezadita. Pero en cuanto abrí la boca, se me cerraron los ojos y me quedé dormida. Y dormida seguí hasta que, bastantes horas más tarde, me despertó el bramido de las vacas.

Abrí los ojos y vi que el ventanuco del establo estaba completamente oscuro, y que las vacas que había a mi alrededor bramaban como enloquecidas.

—Como los pesebres siguen vacíos, están hambrientas. Por eso están armando todo este escándalo —me informó *La Vache*.

—Un escándalo de verdad —comenté antes de que yo misma me pusiera a bramar. También yo tenía mucha hambre.

Fue el momento decisivo de la noche. Por decirlo así, fue entonces cuando, a causa de nuestros bramidos, la piedra salió de la mano hacia el cristal: un cristal —

simple, liso, transparente— que con el impacto acabaría roto en mil pedazos.

Seguíamos bramando cuando oímos gritar a *Gafas Verdes* en la sala de Balanzategui.

—¡Karral! ¡Karral!

—Le dice a Usandizaga que nos haga callar —me tradujo *La Vache*.

—Tiene miedo de que nuestro escándalo ahuyente a la cuadrilla —comenté.

Instantes después, sentimos que *Gafas Verdes* y Usandizaga bajaban por la escalera. Aquél rápido, pisando firme cada escalón; el de Balanzategui, arrastrándose, a duras penas, aparentando ser un anciano de espalda encorvada.

Usandizaga estaba muy pálido cuando entró en el establo. Al principio me pareció que iba a decirnos algo, pero ni siquiera se molestó en simular: olvidando sus supuestos achaques, corrió hasta el rincón donde tenía la bicicleta y cogió un saco que colgaba del manillar. Al instante, tenía una escopeta en las manos.

Salió corriendo del establo y subió las escaleras de dos en dos. No se detuvo en la sala, siguió hacia arriba.

—Va al tejado —me dijo *La Vache*.

La piedra que había salido de la mano estaba a punto de llegar al cristal. Usandizaga disparó su escopeta en el tejado de la casa, y el silencio de la noche —liso, simple y transparente— se rompió en mil pedazos. El eco del disparo se difundió a través del valle.

—¡Escapad! ¡Es una trampa! ¡Una trampa! —gritó Usandizaga.

Volvió a tirar, y su segundo disparo destrozó los trozos de silencio —de cristal— que quedaban en el valle. *Gafas Verdes* comprendió que ya nada importaba, y dio la orden:

—¡Karral!

Los treinta guardias se llevaron los fusiles a la cara y dispararon contra aquel otro cristal que gritaba en el tejado. Para cuando el valle volvió al silencio, Usandizaga estaba muerto.

7

***Cambia la situación de Balanzategui.* La Vache *y yo caemos en las garras de ciertos muchachos. Me acuerdo de San Eutropio en una fiesta de pueblo*.**

LOS mismos treinta guardias que habían matado a Usandizaga detuvieron y se llevaron a Genoveva, la señora de Balanzategui, y las vacas nos quedamos solas en casa. En los primeros momentos, todas nos sentimos más tranquilas, porque, por un lado, la guerra parecía definitivamente terminada en nuestro valle, y porque, por otro, vivíamos sin gobierno y no teníamos la obligación de andar cumpliendo órdenes de ningún superior. Pero pasó un poco de tiempo, y la mayoría de mis compañeras de establo comenzaron a ponerse nerviosas. Echaban en falta los banquetes de pienso y la música de los discos de la sala, y no hacían sino preguntar por Genoveva. ¿Cuándo iba a volver la dueña de la casa?

Naturalmente, nos resultaba imposible contestar aquella pregunta con exactitud, pero, detalles aparte, resultaba evidente la gravedad del problema. Genoveva tendría que pasar años en la cárcel. El propio *Gafas Verdes* se lo había dicho después del tiroteo:

—¡Karral! ¡Karral, Karral! ¡Usandizaga Karral!

—Que Usandizaga ha tenido suerte. Que lo suyo será peor —me tradujo *La Vache*. Para entonces, todas las vacas negras estábamos fuera del establo y comiendo hierba. A fuerza de bramidos, habíamos conseguido salir.

—¡Karral! ¡Karral! —siguió *Gafas Verdes* blandiendo el bastón delante de Genoveva.

—Que tendrá una gran condena. Que se pudrirá en la cárcel —me tradujo *La*

Vache.

Genoveva levantó la cabeza de golpe y —después de mucho tiempo sin hacerlo— se puso a hablar. ¿Cuánto tiempo llevaría Genoveva sin que la oyéramos?… Desde luego, mucho. Era una mujer muy callada, quizá la más callada que yo haya conocido en mi vida.

—¡Tú también pagarás, asesino! —gritó.

—¡Karral! —explotó *Gafas Verdes* volviéndose aún más pálido de lo que era, y los guardias la cogieron del brazo y se la llevaron camino abajo, hacia un coche negro.

Allí despedimos a Genoveva, y a partir de entonces —y una vez pasada la alegría de los primeros momentos— ya no tuvimos tranquilidad en el establo. Las vacas tontas no querían comprender que la despedida había sido para siempre, y se empeñaban en preguntar por ella. Añoraban el pienso; añoraban los discos; añoraban una dirección, una autoridad.

—Desde luego, no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta —se enfadaba *La Vache*—. Para una vez que tenemos la oportunidad de andar como nos dé la gana, no hacen sino quejarse y suspirar. ¡Y qué, si estamos sin dueños! ¿Acaso no es mejor ser libres?

Pero por mucho que dijera y se enfadara *La Vache*, la situación no podía durar. La mayoría de las vacas del establo no estaban dispuestas a vivir por su cuenta.

—Hija mía, tienes razón en lo que piensas —me dijo El Pesado uno de aquellos días—. La situación que vivís ahora no es más que un paréntesis. Han llevado a Genoveva a la cárcel, quizá para largo tiempo, y en cualquier momento aparecerá un nuevo dueño en Balanzategui. Más vale estar alerta y no caer en ensoñaciones como las de tu amiga.

El Pesado guardó un momento de silencio.

—Porque, claro, el nuevo dueño puede ser *Gafas Verdes* —añadió, marcando cada sílaba.

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el pecho, y me quedé sin respiración.

—No te apures todavía —me aconsejó El Pesado—. Lo de *Gafas Verdes* es sólo una posibilidad. Ya se verá. La Rueda de los Secretos no se ha detenido, y pronto girará lo suficiente como para que podamos conocer el nombre del nuevo dueño.

Los días que siguieron a la conversación con El Pesado fueron días sin sosiego. Me pasaba todo el tiempo mirando hacia el camino que cruzaba el valle, y se me aceleraba el corazón cuando veía venir a alguien. Pero nunca era *Gafas Verdes*. A

veces solía tratarse de un cazador o de un paseante; otras, de un campesino de los alrededores que volvía de la feria.

Una mañana —para entonces ya era mayo—, vi que un tractor pequeño dejaba la carretera y tomaba la dirección de Balanzategui. El tractor era rojo, muy nuevo, muy brillante al sol de aquella mañana, y traía encima a dos hombres. Dos hombres que parecían jóvenes. Que parecían jóvenes e iguales: vestidos igual, peinados igual. No cabía duda, la Rueda de los Secretos había dado su giro: los gemelos de los dientes grandes eran los nuevos dueños de la casa.

Cuando el tractor se detuvo a la altura del puente del riachuelo, *La Vache* se puso a protestar:

—¡Qué se os ha perdido aquí! ¡Seguid adelante! ¡Vosotros vivís en el molino!

Sin reparar en las protestas, uno de los gemelos abrió la portilla que daba entrada a los terrenos de Balanzategui. En cosa de instantes, el tractor subía la cuesta hacia nuestra casa.

—¡Vaya! ¡Los dentudos ya han recibido su paga! —exclamó *La Vache*, dándose cuenta de lo que sucedía.

—Se ve que *Gafas Verdes* agradece los servicios —comenté.

—Vámonos de aquí —me dijo *La Vache* dirigiéndose bosque arriba, y yo la seguí inmediatamente. No quería relacionarme con los nuevos dueños.

Enseguida se vio que la intención de los dentudos era sacar de Balanzategui todo el jugo posible. Parecía que querían vaciarlo todo: un día se llevaban el tocadiscos de Genoveva; otro, un par de armarios de luna; al siguiente, la vajilla de plata. Además, su labor de saqueo no se limitaba a la casa, sino que se extendía también al bosque: echaron abajo unos cuarenta árboles y se llevaron la madera. El tractor, siempre cargado al salir de Balanzategui, volvía vacío.

Con todo, el comportamiento de los gemelos no nos preocupaba a las vacas, porque vivíamos a nuestro aire y porque no nos faltaba hierba. Al contrario, la hierba era más abundante que nunca, porque un sol radiante había seguido a las lluvias de abril. En aquella situación, me costaba lo mío seguir el consejo que casi continuamente me daba El Pesado:

—Hija mía, ¡ten cuidado! ¡Mantente a distancia de la casa!

La distancia no me parecía necesaria, pero por si acaso —y porque conocía la clarividencia del Pesado— nunca paraba por el establo. La mayoría de las veces me quedaba en las alturas junto con *La Vache*, durmiendo donde el avión caído.

Un día que estaba mirando al valle, se me ocurrió una pregunta:

—¿Dónde andará esa tonta de Bidani? Hace ya una semana que no la veo.

Nada más pensarlo, se me abrieron los ojos. Sentí que el corazón se me aceleraba.

—¡Están vaciando el establo!

Volvía a mirar al valle. Junto al riachuelo había dos vacas. En el cercado de piedra, otras dos. En los aledaños del pequeño cementerio del bosque, tres. En total, siete vacas. Con *La Vache*, ocho. Conmigo, nueve.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La muerte rondaba por Balanzategui. Bidani y otras dos rojizas ya habían probado el frío del cuchillo.

Hacía bastante calor, pero no se me iban los escalofríos. De pronto, ni el mismo bosque me parecía un lugar seguro. Me levanté y fui corriendo a donde *La Vache*.

—Ya lo sabía —me respondió—. Pero, tranquila, a nosotras no nos cogerán. No somos como esas vacas tontas.

Yo no estaba tan segura, y me costaba recuperar la tranquilidad. Decidí no olvidar las palabras del Pesado:

—¡Cuidado! ¡Mantente a distancia!

Algún tiempo después —sería ya verano—, se oyeron unas pequeñas explosiones alrededor del valle.

—¿Qué pasa? —le pregunté a *La Vache*.

—No pasa nada. Que son las fiestas de algún pueblo de aquí cerca.

—¿Fiestas? —dije sorprendida. Nunca había oído aquella palabra.

—Es lo que dicen, que echan esos cohetes cuando son fiestas. Pero no me preguntes cómo son. Nunca he estado en ninguna.

—¡Cómo me gustaría estar en una de esas fiestas! —exclamé con toda inocencia. Aún era muy joven e imprudente, y no tuve reparo en expresar aquel deseo. Desgraciadamente, el deseo se cumplió.

Sucedió de allí a unas semanas, en la época de más calor. La hierba, ya bastante dura para entonces, se puso áspera del todo, y las fuentes —bastante menguadas para entonces— se secaron. Así las cosas, *La Vache* y yo nos encontramos con dos problemas, el uno grave y el otro gravísimo. El grave era que no podíamos comer como es debido. El gravísimo, que no podíamos beber nada.

La única solución era bajar hasta el riachuelo, o dicho más exactamente, bajar hasta la poza que había debajo del puente de Balanzategui. Allí había algo de hierba fresca y, sobre todo, agua.

Un día que estábamos metidas bajo aquel puente y bebiendo agua, vimos acercarse por el camino a tres jóvenes. Venían charlando, soltando alguna carcajada de vez en cuando, y no tenían aspecto de ser peligrosos. Pero —¡lo que son las apariencias!— llegaron junto a nosotras y, sin mediar aviso, nos enlazaron con una cuerda gruesa. Primero a *La Vache*, y luego a mí.

«¿Qué es esto?» —pensé asustada. Mientras tanto, *La Vache* sacudía la cabeza queriendo librarse de la cuerda, pero sin éxito. Habíamos caído en una trampa.

Al principio nos negamos a salir de debajo del puente. Pero tampoco esa vez tuvimos éxito. Los jóvenes enseguida acabaron con nuestra resistencia. Les bastó para ello con unas varas de punta afilada que llaman puyas. Dos o tres punzadas, y allí estábamos las dos encima del puente. Porque, efectivamente, la puya hace muchísimo daño.

Nada más salir al descubierto, vimos a los dos hermanos dentudos acercarse hacia nosotras. Levanté los ojos, y vi que el cielo estaba azul; agucé el oído, y escuché cantar a los grillos; imaginé lo que nos pasaría, y comprendí que *La Vache* y yo estábamos a las puertas de la muerte.

—Son medio salvajes, y os darán mucho juego. Ni los toros lo harían mejor —les dijo a los jóvenes uno de los dentudos.

—¿Seguro? —dijo un joven.

—Seguro. *Cabezona*, esa fea de ahí, es terrible. Capaz de atacar a cualquiera, os lo aseguro.

Hasta ahora no lo he dicho, y lo diré ahora. Mi amiga odiaba su verdadero nombre, *Cabezona*, y por esa razón había adoptado el de *La Vache qui rit*. Ella misma me contó lo de aquel cambio poco antes de que nos separáramos para siempre:

—En una ocasión, cuando todavía vivía el marido de Genoveva, vino de visita a Balanzategui una familia que hablaba en francés. Y, mira por dónde, un niño de la familia comenzó a llamarme *La Vache qui rit*. Pasaba un día, pasaba otro, y el niño cada vez más empeñado en llamarme *La Vache qui rit*. A mí me gustó cómo sonaba el nombre, y decidí quedarme con él y abandonar el que me habían puesto, tan vulgar él. Como te lo cuento, aquel niño francés me bautizó. Y hoy es el día en que nadie puede llamarme *Cabezona*. Y si alguien lo hace, peor para él.

La Vache no hablaba por hablar, y muy pronto se enteró de ello el dentudo que se había referido a ella con el nombre que no le gustaba. Viendo que el chico que sujetaba la cuerda estaba distraído, *La Vache* se lanzó contra él y le dio un golpe en la

pierna que le rasgó los pantalones. Y la cosa no hubiera quedado ahí de no haber sido por los jóvenes.

«Buena la hemos hecho». —pensé. Creía que nos matarían allí mismo.

Pero fue todo lo contrario. Tanto los dentudos como los jóvenes parecieron felices y contentos.

—¿Qué os decía yo? Estas vacas son terribles, y no hay duda de que os darán mucho juego. Eso sí, tendréis que pagarlo. El que algo quiere, algo le cuesta.

—¿Cuánto? —preguntaron los jóvenes.

—Tanto —les contestó el dentudo. No recuerdo ahora la cantidad, pero debía ser mucho, porque los otros empezaron a protestar.

—Vosotros veréis, pero yo no voy a bajaros un céntimo. Es un buen ganado, ideal para animar una fiesta. Si no lo cogéis vosotros, se lo venderé a otra gente.

«Conque nos quieren para unas fiestas» —pensé, tranquilizándome un poco. En aquel momento no podía adivinar lo que se nos venía encima.

—De acuerdo. Nos las llevamos —cedieron al fin los jóvenes. Juntaron el dinero y pagaron a los dentudos.

—¡Vamos, negras! —nos ordenaron, y todos nos pusimos de camino. Por primera vez en mi vida, iba a unas fiestas.

No diré todo lo que pasamos en el pueblo de los muchachos. Aunque quisiera, me resultaría imposible, porque lo que sentí y aprendí allí no cabría en una enciclopedia; pero, eso aparte, tampoco diré todo lo que puedo decir. Pues ¿para qué alargar la cuestión dando detalles y más detalles, cuando la verdad puede resumirse en una sola frase? Y eso es, ni más ni menos, lo que sucede con la verdad sobre la gente de aquel pueblo y sus fiestas. Y la verdad es la siguiente: que cada vez que me acuerdo de ellos, junto saliva en la boca y escupo. Eso es todo, con ese resumen basta.

Sin embargo, estoy escribiendo unas memorias, e intentaré contar algo más. Y para mejor hacerlo, voy a valerme de una historia de Pauline Bernardette.

Pauline Bernardette siempre me cuenta historias, y la mayoría de las veces, historias de santos. Por ejemplo, un día que estábamos las dos frente a la puerta del *couvent* —yo tumbada en la hierba y ella a la sombra, cosiendo—, apareció por allí el panadero, que traía unos cuantos panes para las monjas, y ella dijo:

—Mira, Mo, aquí es el panadero. Y por un lado, ¡qué pena! Yo preferiría que pasara a *nous* como a Paulo El Anacoreta. Aquel santo era completamente solo al desierto, en sesenta años completamente solo, y todos los días le iba un cuervo que

llevaba en su pico un medio pan. Una vez, cuando ya eran pasados aquellos sesenta años, el santo Simón le visitó. ¿Y qué va a suceder entonces? Pues va a suceder que el cuervo llevó en su pico un pan todo entero. Como eran dos, ración doble. ¡Ay, qué tiempos aquéllos! ¡Ellos no tenían necesidad de panadero!

—También ese hombre tendrá que vivir —le dije cuando acabó, mirando al hombre que estaba descargando los panes.

—Eso es verdad, Mo. Por un lado, es bien que *Notre Seigneur* no haga muchos milagros hoy día. Él hace en Lourdes, eso sí, pero sin quitar todo el trabajo a los médicos.

Pero, me corrijo, no era ésta la historia que yo quería recordar, sino otra que me contó Bernardette ante unas marmitas de leche.

—¡Oh que son bonitas al resplandor del sol *les marmites* bien limpias! —exclamó —. ¡Qué bellas relucen!

Asentí con la cabeza. Siempre que me es posible, le doy la razón a la pequeña monja.

—Yo veo esas *marmites* y me acuerdo de lo que se pasó a San Eutropio, Mo. ¿Es que tú quieres que te cuente?

Asentí de nuevo.

—Pues, por lo visto, Eutropio era músico, conocido en todo su *departement* por el oído fino que él tenía. Un día, el malvado emperador de aquella nación le cogió preso y dijo a Eutropio: «¿Estás todavía con tu religión? ¡Aquí no necesitamos la fe cristiana!». Y le respondió Eutropio: «Soy cristiano, y no negaré de ello». «¿Qué no negarás?», dijo el emperador con risas. «Pues ¡vas a ver lo que se te pasa!». Y el emperador dio las órdenes, y metieron a Eutropio en una *marmite très très grande*, una *marmite* como una cuba, y allí le dejaron encerrado. «¿Es que irán a cocerme?», debía de pensar Eutropio con mucho ánimo, porque él tenía fe. *Mais non*, no le cocieron. El emperador, él ya lo sabía bien, quería hacerle daño en sus oídos finos, y después de poner la *marmite* en todo el medio de la plaza, publicó un *edicte*: que tendría un gran premio aquel que diera el golpe más grande a la *marmite*. Y una gran cantidad de mundo acudió, por el premio, *bien sûr*, porque en aquellos pasados tiempos también había gusto por el dinero. Y uno con su martillo, otro con su martillón, otro más con una maza, el cuarto con una piedra, todos pegaron a la *marmite*, una y otra vez, dando a la *marmite*, dando y dando. Piensa tú el ruido y *la bagarre* que hacían aquellos golpes, que en aquella *cité* no durmió nadie en dos o tres

días, ni el mismo emperador durmió. ¿Y Eutropio? Pues a Eutropio se le apareció un ángel dentro de la *marmite*, y el ángel tapó las orejas del santo con sus manos suaves. Así, *doucement* sordo, pasó Eutropio todo el tiempo. Y cuando quitaron la tapa de la *marmite*, todos restaron asombrados con lo que él dijo. Dijo Eutropio: «Es muy bien esta *marmite* para dormir. Muchas gracias». ¡Piensa tú! Él estuvo dentro de la *marmite* y él fue el solo que descansó.

Ésta era la historia de Pauline Bernardette que yo quería recordar para mejor describir lo que *La Vache* y yo sentimos en la fiesta. Porque, efectivamente, meternos en la fiesta de aquel pueblo fue como entrar en una marmita, y sin esperanzas de que apareciera ningún ángel.

Al principio, desde el cubil donde nos habían encerrado los jóvenes, oíamos el zumbido de la gente que hablaba en la plaza y en la calle. El zumbido parecía polvo, llenaba todo el aire y lo volvía grueso. Debían de ser miles de personas hablando a la vez.

—¡Qué necesidad de hablar tiene esa gente! —le dije a *La Vache* un poco irritada.

—Estarán todos borrachos —comentó *La Vache* con desprecio. Sus ojos estaban muy brillantes.

En eso, sentimos que, por encima del zumbido de la gente, surgía una música estridente y machacona. Se trataba sin duda de una charanga; de una charanga que —también eso resultaba obvio— se iba acercando a nosotras. Poco después, los martillos, martillones y mazas se pusieron a golpear nuestra marmita. Sonaban los clarinetes, sonaban las trompetas, sonaba sobre todo el bombo, y mi amiga y yo no conseguíamos oírnos. La música aplastaba nuestras palabras.

La Vache, siempre más nerviosa que yo, dio un golpe a la puerta. Fue inútil, porque la puerta estaba bien encajada. Consiguió, eso sí, abrir un resquicio por el que alguien —para que nos fuéramos enterando de cuál era nuestra situación real— introdujo un petardo encendido. El petardo explotó de inmediato y retumbó dentro de nuestras cabezas.

A la explosión del petardo le siguió el bombo. El que probablemente era el más fuerte de la charanga se empeñó en seguir él solo con el concierto, y golpeaba su bombo una y otra vez, uno-dos-y-bom, uno-dos-y-bom, y así durante diez minutos, durante veinte, durante cuarenta. Era incansable, parecía hipnotizado con su uno-dos-y-bom, uno-dos-y-bom. No hacía falta tener el oído tan fino como Eutropio para ponerse a dar golpes contra la pared. Y eso era justamente lo que hacíamos, golpear la

pared para hacernos daño y así olvidar por un momento aquel uno-dos-y-bom. Pero al más fuerte de la charanga le daba igual, él era incansable, él seguía con su uno-dos-y-bom, uno-dos-y-bom. Cuando nos abrieron las puertas del cubil, ya estábamos enloquecidas.

Nos abrieron las puertas, y sentimos como si alguien hubiera quitado la tapa de la marmita; seguía el ruido, pero al menos teníamos aire para respirar. *La Vache* salió rapidísima y con un objetivo claro: pasó por encima de la gente que se había apiñado en la puerta y tiró de un golpe al tipo del bombo. Allí quedó aquel asqueroso retorciéndose de dolor, con las costillas bien molidas. Y sin ganas de seguir tocando el maldito bombo, supongo.

Al principio nos defendimos bien y dimos buenos golpes, yo buenos y *La Vache* mejores, y si hoy día puedo decir que soy una vaca que ha roto más de treinta huesos, ese orgullo lo tengo sobre todo por aquella fiesta. Pero los del pueblo eran muchos y se acercaban a nosotros como tábanos, todos a la vez, a traición, con terquedad. Era imposible luchar contra tantos tábanos. Así, después de una media hora de luchar y correr calle arriba y calle abajo, las dos nos pusimos a buscar una salida. Pero ¿por dónde huir? Tanto la plaza como la calle estaban cerradas con una valla metálica, y la gente que contemplaba el espectáculo formaba una segunda muralla. Estábamos metidas en una marmita sin agujeros ni resquebrajaduras.

Poco a poco, con el cansancio, fuimos desmoralizándonos. Los jóvenes del pueblo estaban envalentonados, y cada vez nos tenían menos respeto. Cuando uno de ellos me agarró por el rabo, supe que todo estaba perdido. Miré a *La Vache*: no andaba mejor que yo. Al contrario, parecía todavía más cansada, y a punto de volverse loca.

Me dije a mí misma que cualquier cosa era mejor que rendirse como una oveja, y continué buscando una salida. Así, llegué hasta una casa que, según me había parecido en una de las carreras, tenía un portón que comunicaba con otra calle. No fue tan sólo inútil: fue lo peor de la fiesta. Iba a empujar el portón cuando sentí que una punta afilada de acero me penetraba en la carne. Ciega de dolor, me volví y di un derrote: también en vano, porque mis cuernos tropezaron con los barrotes de una ventana baja.

—¡Karral! —oí entonces. Al otro lado de la ventana, *Gafas Verdes* sonreía torciendo la boca.

Mi deseo era morirme allí mismo, pero los jóvenes borrachos del pueblo no

estaban dispuestos a permitírmelo. Cada vez que me tiraba al suelo, me levantaban y me obligaban a seguirlos. En una de las ocasiones, vi a *La Vache* calle arriba, rodeada de gente por todos lados y a punto de asfixiarse: ella también estaba ensangrentada, ella también había probado el estoque de *Gafas Verdes*.

Casi no recuerdo lo que sucedió a continuación. No era capaz de sostenerme sobre mis cuatro patas. Gracias a que, al final, para burlarse aún más de nosotras, aquella gentuza nos echó a la fuente. Y no sólo porque el frescor del agua nos reanimó, sino también porque vimos una escapatoria. Se trataba de unos troncos de árbol que, apilados en forma de escalera, subían hasta el borde del muro de la plaza. Nos bastaba con subir por aquella rústica escalera para saltar al otro lado y quedar libres.

—¿Lo estás viendo? —le dije a *La Vache*.

—Sí. Es la única solución —me respondió.

Todavía estábamos metidas en la fuente cuando aparecieron los jóvenes que nos habían traído al pueblo. Nos sacaron de allí y, tras ponernos una cuerda al cuello, nos llevaron al cubil.

—¡No las metáis todavía! —les gritó uno de los borrachos.

—Tranquilo, ya volverán a salir por la noche —le respondieron.

La Vache y yo nos pasamos horas tumbadas y lamiéndonos las heridas. Al fin, cuando a la hora de cenar la marmita quedó algo más silenciosa, hablamos sobre la fuga.

—Tenemos que usar las fuerzas que nos quedan para llegar a esos troncos. Tenemos que escapar cuanto antes. De lo contrario, estamos perdidas.

—¿Y cuándo le rompemos la cabeza a *Cuchillos*? ¿Cuándo? —me contestó ella. Pero no era exactamente una respuesta, sino un lamento.

—Algún día, quizá —le dije. No quedaba otro remedio. Si queríamos salvar la vida, teníamos que olvidarnos de *Gafas Verdes*.

Volvimos a quedarnos calladas, cada una con sus pensamientos.

—¿Y cuándo le rompemos la cabeza a *Cuchillos*? —repetía de vez en cuando *La Vache*, en voz muy baja.

Hacia la medianoche, volvió el zumbido de la gente, y *La Vache* y yo nos preparamos. No teníamos miedo, pensábamos sólo en nuestro objetivo.

Cogimos a todos por sorpresa. Ni respondimos a ningún ataque ni aceptamos ningún desafío. Fuimos derechas hacia los troncos, y saltando el muro, salimos de la marmita. Instantes después, las dos huíamos corriendo.

8

La Vache ***y yo comenzamos a vivir en pleno monte, y vemos a los jabalíes. Los problemas que surgen entre nosotras, o cómo nos separamos. Mantengo una seria conversación con El Pesado acerca de la India, Pakistán y otros lugares del planeta***.

DESPUÉS de escaparnos del pueblo corrimos sin saber hacia dónde, pues no teníamos otro objetivo que el de distanciarnos de la gentuza de la fiesta. Pero, una vez que nos alejamos y se perdieron por completo sus gritos, nos quedamos sin saber adónde tirar. No queríamos volver a Balanzategui, ni por nada del mundo; pero no se nos ocurría otra posibilidad.

—¡Vamos al monte! —me dijo *La Vache* después de varias horas de marcha. Las dos estábamos rendidas.

—¡De acuerdo! Y vayamos rápido. Ya descansaremos cuando nos pongamos a salvo —acepté.

Nos pusimos de nuevo a correr, con muchas ganas, pero sin los resultados que esperábamos. Nos costaba coger un buen camino. Casi todos, subían un poco y, en el momento menos esperado, cambiaban de sentido y comenzaban a descender hacia el valle. Era un gran contratiempo: gastábamos inútilmente nuestras pocas fuerzas, y perdíamos además un tiempo —el de las horas de la noche— que era precioso para dos fugitivas como nosotras.

Cuando ya estábamos irritadas y cansadas de tanto probar caminos, escuché la voz del Pesado:

—Escucha, hija mía, estáis en un error. Buscáis siempre un camino amplio y bueno, y así jamás llegaréis al monte. Para ir al monte hay que escoger los caminos

malos.

El Pesado se dirigía a mí amablemente, quizá porque seguía impresionada con lo que nos había sucedido en las fiestas del pueblo. Y ya que he dicho eso, me gustaría mencionar también otra cosa. Y la mencionaré. Pues eso, que cuando hablo del Pesado tengo costumbre de hacerlo con aspereza, sobre todo porque me da mucho la lata y no me deja en paz. Y es cierto, mi Voz, Ángel de la Guarda o lo que sea, habla demasiado y siempre como un sabihondo; pero tengo que reconocer que ha sido para mí un amigo bueno e inteligente. Muy inteligente y astuto. Y fiel. Y se acabó. Ya está dicho. Era imposible dejar estas memorias sin una mención en honor suyo, y está claro que ya no las dejaré. Ahora, sigamos con lo que me enseñó aquella noche.

—No comprendo bien. ¿Cómo los caminos malos? ¿Qué caminos malos? —le pregunté.

El Pesado respiró profundamente, o al menos eso me pareció. Luego dijo lo siguiente:

—Mira, hija. Los caminos, que en las cercanías del pueblo son anchos y firmes, se estrechan al llegar a las afueras, y no sólo se estrechan, sino que incluso llegan a morir después de tocar la puerta de la última casa del barrio. Pero ¿acaso mueren todos? No, hija, no todos los caminos mueren. Algunos siguen y se prolongan hacia arriba, hacia alguna casa solitaria de la montaña, y siempre estrechándose, estrechándose cada vez más. Y tanto se estrechan que la mayoría mueren al llegar a la casa solitaria. La mayoría, digo, porque siempre hay algún camino que continúa subiendo, hacia una cima o hacia un bosque elevado, interrumpiéndose aquí y allá, convirtiéndose a veces en una débil senda. Al final, ese último camino se borra por completo, se hace parte del bosque o se confunde con la roca de la cumbre. Y ahí tienes el monte verdadero, hija. Es la porción del mundo que carece de caminos, ni más ni menos que eso.

Supe que El Pesado tenía razón antes de que terminara de hablar. Se lo conté a *La Vache*, y también estuvo de acuerdo.

—¡Naturalmente! ¡Qué tontas hemos sido! Desde luego, no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta. ¡Vamos enseguida a buscar el rastro de un camino malo!

El primero que encontramos nos llevó a un pequeño barrio rural, y el segundo, a una casa asentada en una ladera llena de árboles frutales. Con el tercero, ya bastante estrecho y pedregoso, alcanzamos un pequeño bosque que nos sirvió de refugio durante un par de horas de descanso. Después, por medio de una senda, llegamos

hasta una pequeña meseta rocosa. Para entonces estaba clareando, y vimos que a nuestro alrededor no había sino montañas: cuatro cumbres a un lado, dos al otro, siete frente a nosotras, cinco a nuestras espaldas. En total, dieciocho cumbres, dieciocho montañas. Ni una casa, ni un barrio, ni un pueblo. Estábamos en pleno monte.

—¡Ahora somos libres! —exclamó *La Vache* con entusiasmo, olvidando su cansancio y sus heridas—. No hay caminos a nuestro alrededor, lo cual significa que todos los caminos posibles son nuestros. ¿Por qué no vamos mañana a esa cumbre de ahí? Podemos explorar un poco su maleza.

—¿Mañana? ¿Por qué no pasado mañana? —le dije. Quería descansar.

Antes de que yo acabara de expresar mi proposición, *La Vache* ya estaba de pie y con la cabeza levantada. Un temblor le sacudía todo el cuerpo, y su mirada, angustiada, estaba fija en la cumbre que acababa de mencionar. Seguí su mirada, y los vi: eran cinco jabalíes que corrían entre la maleza. Iban en formación, todos en línea, como cinco hermanos.

—¡Jabalíes! —gritó *La Vache* resoplando. Casi podía sentir los latidos de su corazón.

La Vache permaneció callada y sin cambiar de postura durante un buen rato. A pesar de que los jabalíes habían seguido adelante hasta desaparecer en una quebrada, y a pesar también de que el sol picaba cada vez más fuerte y nos hacía daño en las heridas, ella siguió con los ojos clavados en la maleza. Cuando volvió en sí, me habló con rudeza:

—¡Nada de pasado mañana! ¡Iremos mañana!

Estaba demasiado cansada para ponerme a discutir, y tampoco quería reñir desde el primer día. Así es que me callé. Sin embargo, ya en aquel primer momento tuve la sospecha de que las dos acabaríamos por enfadarnos. A mí nunca me han gustado las rudezas.

Cuando se vive en pleno monte, no hay mucho que hacer. Como diría una vaca de establo, allí no hay nada y es imposible divertirse, la vida allí es una empresa como la de hacer fuego con una sola y triste astilla. Y, quién sabe, quizá lo que las vacas de establo dicen acerca del monte sea lógico y razonable, porque, al fin y al cabo, ellas tienen mil cosas que hacer: un día, las vacas viajan en un camión; otro, deben recibir la visita del veterinario; al siguiente, el dueño de la casa les pide que prueben un pienso especial. Y luego están las visitas, la música, el trabajo… En pocas palabras, para las vacas de establo lo de la pobre astilla es algo del pasado, ellas tienen troncos

enteros para encender el fuego de la vida. Pero la pregunta es: ¿El gran fuego de los troncos es siempre mejor que el pequeño fuego de la astilla? No lo creo. Recuerdo muy bien, y viene a cuento para aclarar esta cuestión, lo que me contó una vez Pauline Bernardette:

—Pues, *bon*, el invierno vino muy largo —me dijo la pequeña monja— y se terminó en el *couvent* la leña para encender el hogar que tenemos *en réfectoire. Alors*, yo salí a las cercanías del *couvent* y me dediqué a *chercher* ramas y astillas en los bordes del *chemin*, a ver si nos arreglábamos con aquellos trozos de leña hasta la fin del invierno. Así, uno de los últimos días de frío, vi en el suelo una astilla negra y miserable, que parecía ya quemada, y estuve un rato pensando «lo cojo, no lo cojo». Al final, la eché a la cesta y la llevé al *réfectoire*. ¿Y qué vas a decir tú lo que se pasó, Mo? Pues que puse en el fuego aquella astilla fea y miserable, y todo de seguido salieron de ella llamas de colorines. Una llama era, por ejemplo, azul claro, del color que tiene el manto de la virgen de nuestra *chapelle*; luego otra, como una lengua de oro; una tercera, de color verde nacarado. Y había también otras llamas que se mezclaban muy bonitas. La verdad te digo, Mo, yo no he visto en mi vida un fuego como aquél. Viéndolo, se me olvidó de comer. Ya ves, Mo, las cosas más feas y miserables pueden esconder maravillas.

Lo que Pauline Bernardette me explicó aquel día es una gran verdad. Yo misma lo comprobé en la temporada que pasé en el monte. Al principio, el tiempo se me hacía largo, y procuraba pasar la mayor parte durmiendo en algún rincón agradable. Por supuesto que no me arrepentía de haber ido allí, porque no se me borraba de la cabeza lo que habíamos sufrido en Balanzategui; pero, puestos a comparar, mi nueva patria me parecía pobre: ni un riachuelo, ni un campo de maíz, ni una sola huerta. De no haber sido por *La Vache*, a saber qué me habría pasado en los primeros meses de estancia. Quizá habría caído enferma de aburrimiento, igual que cuando me separé de las vacas tontas del establo. Pero, ya digo, allí estaba *La Vache*. Como dijo el poeta:

J'avais une copine[2]

Sin embargo, para cuando pasó el verano y llegó el sol suave de septiembre, ya había empezado a ver las llamas de colorines del nuevo modo de vida. Y, al igual que le había ocurrido a Pauline Bernardette, la pequeña hoguera me atrapó. Los días pasaban sin que yo me diera cuenta: era como si, libre de estorbos, la Rueda del Tiempo se hubiera puesto a girar placenteramente. Y al otoño le siguió el invierno, y

al invierno la primavera, y a la primavera, de nuevo, el verano.

«Hace un año que llegamos aquí» —pensé un día, al notar que el sol volvía a picar con fuerza. Me sorprendió reparar en ello. ¿Un año? ¿Y en qué se me había ido aquel año? Ni lo supe entonces, ni lo sé ahora. Como dice el refrán:

Vaca dichosa no tiene historia.

Eso es lo que me pasa con la temporada que viví en pleno monte, que fui feliz y me ha quedado en la memoria como una nube. Me acuerdo, eso sí, de que la mayor parte del tiempo la pasábamos andando, yendo de un lado para otro.

—¿Por qué no atravesamos ese gran bosque? —decía una de nosotras, y al momento siguiente ya nos habíamos puesto de camino, ya trotábamos. Claro que no trotábamos con la elegancia de los caballos, pero sí mejor que cualquier otra vaca del mundo. Y en ese trotar, en ese vivir como vagabundas, residía el secreto de nuestra felicidad.

Pero ¡cuidado!, detengámonos, digamos toda la verdad, no vaya a convertirme en una especie de segundo Pesado que todo lo dice limando asperezas y redondeando los bordes desagradables. Voy a corregir lo que he escrito en los últimos párrafos. He dado a entender que *La Vache* y yo fuimos felices, y tengo que matizar esa afirmación; matizarla, que no cambiarla.

Efectivamente, no todas las llamas de nuestra vida en el monte fueron de colorines: entre medias, también tuvimos algunas llamas negras. Y siempre, sin excepción, a causa de los jabalíes. Cada vez que aquellos cinco hermanos pasaban corriendo a nuestro lado, *La Vache* repetía la escena del día de nuestra llegada: primero se quedaba como hipnotizada y se ponía a temblar, y a continuación comenzaba a comportarse con rudeza y malas formas.

Conocía bien lo que le pasaba a *La Vache*. En su interior se libraba una gran lucha entre dos voces: una que le decía que siguiera siendo lo que era, y otra —aquella voz interior suya tan agresiva— que le decía lo contrario, que dejara de ser vaca y se pasara al bando de los jabalíes.

Desde luego, debía de ser una lucha para volverse loca, y *La Vache* hacía lo que podía y más con seguir a mi lado. Yo eso lo comprendía muy bien. De haber tenido yo su malestar, a saber cuál habría sido mi comportamiento, seguro que peor que el de ella. Pero, lo comprendiera o no, las llamas negras seguían allí, y además empeoraban de día en día, eran cada vez más negras. Para cuando entramos en nuestro segundo

año de vagabundeo, su rudeza y malas formas eran cosa de todos los días. En cualquier momento, fuera por la mañana, fuera por la tarde o por la noche, se enfurruñaba y se ponía arisca conmigo.

Como éramos copines, lo pasaba por alto, me callaba. No obstante, aquello no podía durar. Al fin y al cabo, no estaba bien, no era justo, porque yo tenía que pagar por nuestra amistad un precio que ella no pagaba. Yo no le pedía nada a cambio de ser amigas, sólo eso mismo, que fuera mi amiga; ella, en cambio, además de ser amiga, me pedía una humildad excesiva. Y es que, para aguantar sus desplantes sin rechistar, había que ser muy humilde.

La Vache y yo nos separamos en dos tiempos, o dicho de otra forma, la relación necesitó de dos tirones para romperse. El primero lo recibió en Balanzategui; el segundo y último, durante una nevada, cuando ambas buscábamos una cueva. Después de tanto tiempo de andar juntas, nos separaríamos para siempre.

Lo de Balanzategui tuvo lugar en otoño. Soplaba viento sur, y a las dos nos dieron ganas de visitar nuestro lugar natal. Así que salimos hacia allí y antes del mediodía ya estábamos contemplando nuestro valle desde nuestro antiguo punto de observación: las rocas donde había caído el avión.

—Hay gente nueva en la casa —le dije a *La Vache*, señalando a unas mujeres que estaban sentadas en el porche. A aquella distancia, no reconocía a nadie.

—No parece que los dentudos anden por aquí —añadió ella pensativa. Aún no se había olvidado de lo de la fiesta.

—Cualquiera sabe dónde viven ahora —le dije.

—En algún buen sitio. Donde les dé la gana, después de robar todo lo que han robado. Casi no han dejado ni bosque.

Era cierto. El bosque donde habíamos nacido estaba diezmado, y únicamente había árboles alrededor del pequeño cementerio de las tres cruces. Pero, desde mi punto de vista, eso no era lo peor. Lo peor era que no se veía una sola vaca, que los yerbales estaban completamente despoblados. Nuestras compañeras de otro tiempo habían perdido la vida por culpa de la voracidad de los dentudos.

—¡Y qué más da! —explotó *La Vache* de repente—. ¡Qué importa lo que les haya pasado a las vacas tontas! ¡Se lo tenían merecido!

—¡Te parecerá a ti! —dije secamente. Le había pasado por alto mil y una, pero lo que decía de nuestras antiguas compañeras me parecía un despropósito.

—¡Pues sí, me parece!

—¡Pues a mí no! ¡No estoy de acuerdo en absoluto!

—¡Naturalmente! ¡Cómo vas a estarlo, si también tú eres medio tonta! —me gritó ella.

—¡Habría que ver quién es aquí la tonta! —grité yo a mi vez, volviéndome hacia ella y dispuesta al ataque.

Durante unos instantes, estuvimos frente a frente, como para empezar a golpearnos. Pero llevábamos demasiado tiempo como copines para portarnos tan vergonzosamente.

—Será mejor que volvamos a nuestro territorio —dijo *La Vache*.

—Sí, será mejor —reconocí.

De allí en adelante, y mientras duró el otoño, no me dio una mala contestación. Se limitaba a estar callada durante horas y horas, y había noches en las que, sin decirme a mí nada, se alejaba de nuestro lugar de descanso. ¿Qué adónde iba?

Pues, sin ninguna duda, a la maleza de los jabalíes. Su lucha interior iba a más. La decisión final no podía tardar, *La Vache* tenía que optar por uno de los dos bandos para siempre. Por fin, sucedió aquel mismo invierno. *La Vache* entraría a formar parte de la manada de jabalíes, y nuestra relación quedaría rota.

Sucedió un día que, a causa del frío, intentábamos entrar en una cueva. Nada más llegar a su zona oscura, me di cuenta de que alguien nos había cogido la delantera, que había algún otro animal en aquel refugio. Agucé la vista, y allí estaban los cinco jabalíes que siempre veíamos correr en línea.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a *La Vache*. Dos de los jabalíes se habían puesto de pie y nos enseñaban los colmillos.

—¡Responde! ¿Qué vamos a hacer? —repetí ante su mutismo. Quería una respuesta, saber si íbamos a pelear por la cueva o no.

—Tú haz lo que quieras. Yo me quedo —dijo *La Vache* de pronto—. No quiero ser vaca. ¡No hay cosa más tonta en este mundo que una vaca tonta!

—Pero ¿cómo dices eso? ¡Nosotras no somos tontas! —protesté.

—¡Todas las vacas son tontas! —gritó ella ásperamente. Luego, pasó por delante de mí y se adentró en la cueva.

—¡Cuidado! —le advertí, porque parecía que uno de los jabalíes la iba a emprender a dentelladas con ella. Pero no ocurrió así. El jabalí se amansó y comenzó a olfatearla. Y lo mismo hicieron los otros cuatro jabalíes a continuación. Estaba claro que iban a aceptarla.

—Escucha, hija mía —oí entonces—. Apártate de esa cueva. Desgraciadamente, esa amiga tuya está algo perturbada, y ha optado por dar un paso atrás y hacerse salvaje. Pero no te ciegues. Ya sé que perder una amiga puede ser algo muy doloroso, pero no hay dolor de corazón que no se cure paseando. Ve, pues, a pasear, hija mía. Y no te olvides de comer, porque la buena alimentación también ayuda.

Salí de la cueva y, despacito, me puse a andar hacia un bosque que parecía menos nevado que el resto de la montaña. Pero no iba despacio por obedecer al Pesado ni porque tuviera ganas de pasear, sino porque la decisión de mi amiga me había dejado sin fuerzas. Cierto que yo la esperaba, pero, con todo y con eso, fue un golpe verla tumbada entre los jabalíes. Como dice el refrán:

No es lo mismo saberlo, que tragarlo.

No quedaba mucho invierno, y me limité a buscar una oquedad en cualquier roca. No necesitaría de más para protegerme del frío exterior. Para defenderme del frío interior, en cambio, lo necesitaba todo. La *Vache* y yo habíamos sido copines durante mucho tiempo. Y ahora ya no lo éramos. Y era una pena. No por la soledad, ni por el aburrimiento, ni por nada concreto, sino porque ya no la volvería a ver. ¡Después de haber sido tan amigas! ¡Después de haber pasado juntas tantos peligros!

En adelante, tuve además otra preocupación. Me acordaba de lo que al final de todo me había gritado *La Vache*:

—¡Todas las vacas son tontas!

No me podía quitar aquellas palabras de la cabeza, y cuanto más pensaba en ellas, más me parecían cargadas de razón. Efectivamente, ¿cuál era la única vaca inteligente que había conocido en mi vida? Pues, sin duda alguna, *La Vache qui rit*. Y al final había resultado que no era exactamente una vaca, sino una mezcla de jabalí y vaca.

Desde la oquedad de la roca a veces veía nevar, y me parecía que yo también era como uno de aquellos blandos y tontos copos de nieve. Y que, en cambio, los jabalíes eran como el granizo vibrante y vigoroso. Realmente, estaba muy decaída con la cuestión de mi vacunidad. Al final, El Pesado decidió tomar cartas en el asunto.

—Vamos a ver, hija mía —me dijo un día que ya era prácticamente de primavera —. Perdona que te lo diga, pero eres más sensible de lo debido. Llevas casi tres semanas sin salir de este agujero de la roca, y no puede ser. Tienes que salir y comer. El tiempo ha templado mucho, y por todo el monte ha brotado una hierbilla amarga que tiene muchísimas vitaminas.

Pero no hice ademán de moverme. No tenía ánimo, y no tenía ánimo porque yo era una vaca de arriba abajo y la cosa más tonta de este mundo era una vaca; una vaca sin más, porque decir «vaca tonta» era una redundancia. No era que quisiera ser jabalí, pues no compartía la opinión de La Vache, ¿pero caballo? ¿Cómo así no era caballo? ¿Por qué no tenía que ser yo un caballo? Y, si no caballo, por lo menos gato… A veces se me acercaba un cuervo, y yo le envidiaba, le envidiaba de verdad, porque los cuervos al menos saben volar. A ver dónde había una vaca que supiera volar. En ningún sitio. Eso demostraba que hasta los cuervos eran más que nosotras.

El sol calentaba cada vez con más fuerza, y la hierba del monte se iba haciendo grande. Sin embargo, yo no dejaba la roca. Me limitaba a comer lo que había alrededor.

—Cada día estás más flaca, hija mía, y no puedo permitirlo —se enfadó un día El Pesado—. Acabarás enfermando. Realmente, te estás portando como una tonta.

—Efectivamente, no hay cosa más tonta en este mundo que una vaca —argumenté.

—En este mundo hay más cosas de las que te crees, hija mía —me respondió él, muy serio—. Tú siempre has vivido entre estos cuatro montes, y no puedes saberlo, pero en el mundo hay muchas cosas. Y muchos lugares también. Por ejemplo, hay naciones grandes y dignas de admiración como la India y Pakistán.

—¡Pakistán! —repetí. Me había gustado aquel nombre.

—La India y Pakistán, sí. ¿Y sabes cuál es, en estas grandes naciones, el animal divinizado, el animal mil veces bendecido, el animal, en fin, sagrado?

—¡El caballo! —exclamé.

—¡Ya está bien de pensar en el caballo, hija mía! ¡Ya está bien! —se enfadó El Pesado—. La vaca es ese animal sagrado —siguió después, más sosegadamente—. Os llaman *Go*, y ocupáis en la sociedad el mismo nivel que el sacerdote. Si una vaca se tumba en la calle, nadie le dirá que se quite; antes bien, todos quedarán a la espera de que ella decida levantarse. Y mientras tanto, la gente toca a esa vaca y luego se lleva la mano a la frente en señal de respeto. Y escucha lo último: quien mata una vaca termina en la horca.

—Muy bien hecho —asentí con convencimiento. Todo lo demás me parecía un poco exagerado, pero aquello de la horca no estaba mal—. ¿Caen muy lejos la India y Pakistán? —le pregunté, acordándome de los dentudos.

—No hay nada que hacer, hija mía —me explicó El Pesado, adivinando lo que

pensaba—. Caen verdaderamente lejos. *Gafas Verdes* y sus dos subordinados jamás irán allá. Bien es verdad que Suiza está más cerca, y que también en Suiza las vacas somos algo, pero no creo que lleguen a ahorcar a nuestros asesinos.

Me quedé en silencio, bastante sorprendida. La India, Pakistán, Suiza, países que me resultaban desconocidos; países agradables, por lo que se veía.

—Ahí tienes, hija. Estabas obnubilada. El mundo no acaba aquí, y las vacas tenemos una posición envidiable. Y ahora, ve, hija mía, empieza a portarte con sentido común. No juegues con la salud descuidando tu alimentación.

Por primera vez en mucho tiempo, acepté gustosa el consejo del Pesado, y fui a los campos de hierba verde. La primavera estaba allí mismo, debajo de aquella hierba verde.

Poco a poco, y a medida que la Rueda del Tiempo iba girando, la primavera fue adueñándose de todo el monte. Todo se llenó de hierba y florecillas; hierba y florecillas que yo comía sin parar. Unos quince días después, ya había recuperado el peso perdido durante el invierno, y disponía de todo el tiempo para reposar. Para reposar y pensar, claro.

—Pues sí, está bien esa historia del Pakistán. Como vaca, me siento orgullosa —me dije a mí misma una mañana soleada.

—Pakistán, la India, Suiza… —me corrigió El Pesado.

—¿Y a través de la historia? ¿Cómo nos ha ido a las vacas a lo largo de la historia? —pregunté como quien no quiere la cosa. En realidad, era la preocupación que me rondaba desde comienzos de la primavera—. Por lo que me han contado, nosotras no aparecemos entre los animales que pintaron los hombres de las cavernas —añadí—. Los osos sí, los ciervos también, los caballos también, pero nosotras no. ¿A qué se debe nuestra ausencia? ¿Acaso en los tiempos antiguos no nos tenían en consideración?

El Pesado se tomó su tiempo antes de contestar. Luego dijo:

—Por un lado tienes razón, hija. En las pinturas rupestres no aparecemos. Pero ten en cuenta que ésas son historias muy viejas, de cuando el mundo era muy Alfa. Pero luego cambiaron las cosas. El mundo comenzó su largo recorrido hacia Omega, y las vacas salimos a la luz. En la Grecia clásica, por ejemplo. ¿No conoces la historia de Troya?

—No, todavía no.

—Todos los héroes de Grecia participaron en aquella guerra, tanto los atenienses

Aquiles y Patroclo, como el espartano Ayax y todos los demás. Querían conquistar la ciudad de Troya. Pero pasaban los años, y no podían atravesar las murallas de la ciudad. Ni el propio Aquiles lo podía conseguir. Entonces, ¿qué hacen? Pues construir una gigantesca vaca de madera, la vaca de Troya, claro, y ocultar en su interior un buen montón de guerreros. Y los troyanos, ¿qué hacen al ver aquel artefacto?

—No sé.

—Pues introducirlo en la ciudad, porque, en efecto, les agradaba sobremanera la apariencia de aquella vaca. Pensaban que era una especie de juguete.

—Y ¿qué pasó después?

—Pues que terminó la guerra y Troya fue conquistada. Porque los guerreros que se encontraban en el interior de la vaca de madera aguardaron hasta la noche y, saliendo de su escondite, abrieron las puertas de la ciudad al resto de los guerreros. He ahí la historia de la vaca de Troya.

—¡La vaca de Troya! —exclamé admirada. La historia me había encantado, y me la creí entera. Ahora sé que era falsa, pero ¿cómo imaginar que El Pesado era capaz de mentir? Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Paso a paso, y con las ayudas especiales del Pesado, volvía a ser yo misma, y anduve muy animada hasta el verano. De vez en cuando, miraba hacia la zona de la maleza y veía seis puntos negros corriendo en línea: los cinco jabalíes y *La Vache*. Pero me acordaba pocas veces de ella.

Una noche me puse a soñar despierta, y comprendí que la temporada del monte se había acabado para mí. Tenía que marcharme. ¿Adónde? Eso era lo más difícil de decidir. Diez veces pensé en Balanzategui, y diez veces deseché la idea. La Rueda de la Vida no podía girar hacia atrás.

—Cogeré monte abajo, y luego ya veré —me dije al fin, tomando un sendero. El sendero me llevó hasta una casa solitaria, y de esta casa solitaria, haciéndose más y más ancho, a un barrio rural. Seguí un camino de asfalto que salía de aquel barrio, y llegué a un pueblo. Parecía un pueblo bonito, con un riachuelo parecido al de Balanzategui, y decidí quedarme a vivir allí.

El único problema que tenía aquel lugar para una vaca que, como yo, había vivido lejos del mundanal ruido era precisamente su falta de ruido, su tremenda paz. Yo quería ver gente, gallinas, cerdos, otras vacas, lo que fuera; quería un poco de movimiento, niños corriendo, gatos saltando por los tejados, cualquier cosa; pero allí no se veía ni oía nada. ¿Vivirá alguien aquí?, me preguntaba de tanto en tanto. Y

pensaba que sí, que alguien viviría, porque los campos parecían cuidados. De no haber sido por la alholva y el trébol que —¡por fin, después de tanto tiempo!— comía en las orillas del riachuelo, quizá me hubiera marchado a un lugar más animado. Pero, no sólo de animación vive la vaca, y decidí permanecer junto a mis manjares. Una tarde, sería al anochecer, sentí que algo pasaba en una de las esquinas del pueblo. Sí, no cabía duda, un hombre estaba cantando, y bastante bien, por cierto. Oyéndolo, con un escalofrío, me acordé de Genoveva y de los discos que ponía en la sala de Balanzategui. ¡Cuánto tiempo que no escuchaba música! ¡Cuánto tiempo desde que había conocido el sonido del piano! Y puestos a pensar, ¿cómo aguantaría *La Vache* entre los jabalíes? A los jabalíes no se les conoce ninguna afición a la música…

Aparté aquellos pensamientos de mi cabeza, y me dirigí hacia donde cantaba el hombre, un montículo en el que había dos casas, una al lado de la otra. El hombre estaba situado bajo el balcón de una de las dos casas, y entonaba con mucho entusiasmo una canción vasca que decía:

Zü zira zü, ekhiaren paria,
Liliaren floria
eta miran ezinago garbia!
Ikhusirik zure begitartea
Elizateke posible, maitia
dudan pazientzia
Hanbat zirade lorifikagarria[3]!

Era un hombre enorme de grande, de los que dominan una pareja de bueyes sin esfuerzo, pero de su pecho —quizá por los efectos de aquella canción de amor— salía una voz muy dulce. Parecía mentira que aquel pedazo de hombre tuviera una voz tan delicada.

Cuando terminó con el canto, se quedó mirando hacia arriba, como si esperara que alguien saliera al balcón. Y, en efecto, entre las cortinas del balcón había una sombra o figura que yo —al tener más campo de visión que él— podía distinguir sin esfuerzo. Desgraciadamente, la sombra no hacía ademán de salir al balcón, y el hombre sintió la necesidad de cantar de nuevo:

Zü zira zü, ekhiaren paria,

Liliaren floria…

Pero la sombra seguía entre las cortinas. Al final, después de unas cinco o seis repeticiones, el hombrón se dio por vencido y se fue a la casa de al lado.

«¡Menos mal que no vive lejos!». —pensé.

Aquella escena se repetía cada tarde, y cada tarde estaba yo entre el público, lo mismo que la sombra del balcón. Pero aunque el hombrón cantaba cada vez con mayor sentimiento aquello de «*zü zira zü ekhiaren paria, liliaren floria*», la sombra no daba su brazo a torcer. Aquel balcón parecía Troya.

«¡Pues sí que es esquiva!» —pensaba yo mirando a la sombra, y, recordando otras épocas, me hacía apuestas a mí misma: a que el grandullón se aburre en tres días sin contar el de hoy, a que antes del próximo lunes tira una piedra contra los cristales del balcón.

Pero el grandullón era hombre de mucha paciencia, y no interrumpió sus sesiones. Aunque, eso sí, cambió de canción. Con más aliento que nunca, cantaba la canción de los ocho molinos:

Zazpi eihera baditut erreka batean,
Zortzígarrena aldiz etxe saihetsean;
Hiru uso doazi karrosa batean,
Hetarik erdikua ene bihotzean[4].

No cabía duda de que ocho eran muchos molinos, pero eso no parecía importarle a la sombra del balcón. Se acercaba a las cortinas, pero nunca pasaba de ahí. Y así un día y otro día. ¡Qué paciencia la del grandullón! De haber estado yo en su situación habría bramado hasta despertar a todos los del pueblo. Pero él era diferente. Le bastaba con cantar y mirar arriba.

Un buen día, como a perro flaco todo son pulgas, comenzó a llover, y las tardes se volvieron tristonas. El grandullón acusó el golpe. Volvió a cambiar de canción, y le dedicó a la sombra estas palabras:

Xarmegarria, zure berririk,
nehondík ez dut aditzen;
Ni zonbat gisaz malerusa naizen,

ez duzia, ba, kontsideratzen?
Zutaz aiphatzeak, aditzeak berak
Bihotza deraut nigarrez urtzen[5].

Era una canción terriblemente melancólica, y quizá por ello la sombra desapareció de entre las cortinas. Poco tiempo después, estaba el grandullón cantando lo de «*Xarmegarria, zure berririk*», cuando, de pronto, la hoja de un árbol cercano pasó volando por delante de sus ojos. Enmudeció de golpe. Comprendió que el verano se había terminado. Comprendió que no tenía nada que hacer. Comprendió que a veces nos quedamos solos. Cuando tuvo esa seguridad, giró sobre sus talones y entró en su casa. Las sesiones del grandullón se habían acabado para siempre.

Pero la vaca es un animal de costumbres, y seguí con mi forma de vida habitual. Cada tarde, tras dar buena cuenta de mi ración de alholva y trébol, me daba una vuelta por los alrededores del balcón. Sin siquiera sospecharlo, estaba poniendo los cimientos de mi futuro.

Ocurrió un atardecer ventoso de comienzos de aquel otoño. Estaba yo paseando bajo el balcón donde se escondía la sombra, cuando de repente algo me cayó encima. Y no sólo se me cayó encima: se me quedó allí, a horcajadas alrededor del cuello.

—Yo te demando *pardon*, vaca. No sabía que tú eres aquí —me dijo aquello que estaba encima de mí. Naturalmente, se trataba de la sombra: una chica muy pequeña y muy guapa, con el aspecto de ser una tremenda segadora. En otras palabras, era Pauline Bernardette.

—¿Por qué querías tirarte? —le pregunté.

—Yo no quería tirarme —protestó ella—. Eso es un comportamiento contra *Dieu*. Yo he saltado, pues quiero ir al *couvent*. Pierre quiere *s'epouser avec moi*, mis padres quieren que *j'epouse* Pierre, *mais moi*, yo quiero ir al *couvent*. Por eso me he escapado, por eso soy donde soy.

Lo que se dice estar, estaba encima mío, y no daba señales de querer bajarse. En aquel momento, comprendí lo que deben sentir los caballos.

—No parece que cante mal —le dije, acordándome de Pierre.

—¿Mal? ¡Es el mejor de Altzürükü y de toda la *Soule*! —exclamó ella—. Yo se lo he dicho mil veces, si tú *m'aimes*, Pierre, estudia para *prêtre* y entra al *couvent* para dar la *sainte messe*, y así estaremos juntos toda la vida. *Mais* él dice que *n'est pas la même chose*. Yo no sé *pourquoi* dice él eso.

—Yo tampoco —le dije. Y es que, después de pasar tanto tiempo en el monte, sabía muy poco de la vida.

—Y tú, *¿d'où* eres tú? ¡Tú no eres nuestra! ¡Y tampoco eres de Pierre!

—Cierto. Como dijo el poeta, yo no soy de aquí.

Pauline Bernardette se quedó pensativa. Luego dijo:

—Yo soy en falta de una dote para entrar al *couvent*, y no tengo. Mis padres no quieren saber nada del *couvent*.

No se atrevió a decir nada más, pero la entendí. Pensé para mis adentros: «No puedo volver a Balanzategui. ¿Por qué no ir al *couvent*? Además, ¡qué buena segadora parece esta chica!».

—Si quieres nos vamos ahora mismo —le ofrecí.

—¡Mil *mercis*, Mo! —exclamó.

—¿Cómo has adivinado mi nombre?

—Porque soy un *petit peu* adivina, como los santos.

«También ésta anda un poco mal de la cabeza, como La *Vache* —pensé—. Será mi suerte, tener que andar con gente que no es totalmente lógica». Con ese pensamiento en la cabeza, salí al camino. A la mañana siguiente, las dos estábamos en el *couvent*.

9

Aquí se acaban las memorias, al menos de momento.

—ESCUCHA, hija mía, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente? —me llamó El Pesado, La Voz o quien sea ese viejo conocido de mi interior una noche de rayos y truenos, y a continuación me mandó escribir estas memorias. Es decir, que no podía abandonar este mundo sin antes dejar mi testimonio.

Al principio comencé con desgana, y sólo para que El Pesado me dejara en paz; pero enseguida le cogí gusto a escribir y recordar, y me dediqué a ello en cuerpo y alma. Creía que de esa manera me aliviaría de peso, y que, como cuando el arado vuelve la tierra, ordenaría y sanearía mi interior. Línea a línea, capítulo a capítulo, daría respuesta a las preguntas, y la materia de mi vida quedaría al descubierto.

Sin embargo, como la mayor parte de las cosas de este mundo, mi propósito inicial era una ilusión. Porque, por mucho que se esfuerce uno, la pluma no sabe tirar adelante como lo hace el arado: no ahueca la tierra de la memoria en línea recta y con detalle, sino desordenada y torpemente, echando al fondo lo que debe ser dicho, y sacando a la luz lo que se debía haber mantenido en secreto. ¿Aparecerá en estas memorias la materia de mi vida? No me lo parece. Miro lo escrito hasta aquí y me sorprendo. No he contado lo que tenía intención de contar, y hay muchas opiniones que me resultan ajenas. Por ejemplo, nada más empezar, escribí que, de poder, volvería a Balanzategui, y no puedo imaginar confesión más falsa. ¿Ir a Balanzategui? Ni pensar en ello. Bastante mejor vivo en el *couvent* con Pauline Bernardette.

Pero lo peor, pese a todo, no es que haya muchas inexactitudes y mentiras, pues eso quizá sea una característica de todas las memorias. Lo peor es que recordar y

poner en el papel lo recordado no trae alivio alguno. En vez de disminuir, las preguntas se multiplican, y la angustia se hace más honda. Si nosotras las vacas fuéramos manzanas, maduraríamos en la rama hasta estar en sazón, y en ese preciso momento —después de habernos contestado todas las preguntas— caeríamos al suelo. Pero no somos manzanas, nunca maduramos ni nos ponemos a punto, y al caer de la rama llevamos la zozobra de quien todavía está verde. Como dice la sentencia:

Las vacas viejas mueren demasiado pronto.

Podría decirlo de otra manera: cuando la Rueda del Tiempo cumple con la vuelta, grande o pequeña, que se nos tenía reservada, nuestra Rueda de los Secretos apenas si lleva cubierto un trecho. Las respuestas y explicaciones que pedimos una vez, el barro que quisimos recoger en nuestras manos para dar forma a la realidad de nuestra vida, todo eso y muchas cosas más, ya no serán para nosotras.

Releo lo escrito y mi cabeza se llena de preguntas: ¿Qué habrá sido de Genoveva? ¿La sacarían de la cárcel? Y el bosque de Balanzategui, ¿habrá crecido de nuevo? ¿Recibiría su merecido *Gafas Verdes*? ¿Y *La Vache*? ¿Qué hará ahora *La Vache*? ¿Vivirá todavía?… Muchas preguntas, demasiadas preguntas, y, sin embargo, no todas las preguntas. Porque, naturalmente, se me ocurren muchas más. Por ejemplo: ¿Qué soy además de vaca? ¿Por qué estoy aquí? Ese Pesado que me habla desde dentro, ¿qué voz es exactamente? Y es que, a pesar de que Pauline Bernardette me dice lo mismo que aquella vaca Bidani, es decir, que esa voz es el Ángel de la Guarda, a mí me resulta imposible creérmelo. A veces pienso que soy yo misma, y que en realidad tengo dos voces, la de dentro y la de fuera. Incluso al leer estas memorias, esa explicación es la que me parece más seria. Pero no hay forma de acabar de saberlo, claro.

Así pues, no hay alivio, el recordar y la tarea de poner en un papel lo recordado no nos quita ningún peso de encima. Al contrario, aumenta ese peso.

—¿Qué es últimamente lo que tú tienes, Mo? —me dijo el otro día Pauline Bernardette cuando estábamos en la huerta del convento, ella sacando zanahorias y yo probándolas.

—Esta última temporada yo te veo *très desolée* —añadió.

—No tengo nada, *Soeur*. Sólo que me voy haciendo vieja. Y como en cierta ocasión cantó Uztapide, el árbol viejo no tiene nada, sólo ramas secas y hojarasca.

—¡Que tú haces bromas, Mo! —exclamó, dándome una zanahoria pequeñita—.

Tú no eres vieja, absolutamente no. Acuérdate de cómo anduviste el otro día, cuando partimos hacia Altzürükü. *Mais non*, no es eso lo que se te pasa. Tú tienes otra cosa en la cabeza.

—Sí, es verdad —reconocí, y luego me referí al cansancio que trae consigo el recordar. Que estas memorias no dicen toda la verdad, y que esa cuestión me preocupa mucho—. Por eso ando un poco alicaída —terminé.

—Que tú haces bromas, Mo —se rió ella sin levantar la cabeza de la hilera de zanahorias—. Yo sé que eres escritora *courageuse*, pero ¡hasta tal punto! No, no, ¡tú tienes otra cosa en la cabeza, Mo!

Hace muchos años que Pauline Bernardette y yo andamos en compañía, y me conoce bien, mejor que nadie. Yo me quedé dudando si confesar la verdad o no.

—Dime, Mo —dijo ella, dejando las zanahorias. Cruzó los brazos y se quedó esperando.

—Pues el problema aquí es que la voz interior me ordenó recordar, repasar todo lo vivido. «Estás en edad avanzada y ya es tiempo», me dijo el de dentro. «Ya es tiempo de escribir las memorias», me dijo. Al principio no sospeché nada, pero ahora últimamente me he dado cuenta de que fue un mandato terrible. Porque, efectivamente, ¿cuándo se escriben las memorias? Pues al llegar a la última vuelta del camino. Y de ahí mis temores, *Soeur*. ¿Qué pasará el día que termine las memorias?

Allí estaba la verdad. Me quedé cabizbaja.

—Y hasta ahora, ¿cuánto has pasado al papel, Mo?

—Pues hasta la llegada al convento.

—¡*Helás*! ¡*Très bien*! —gritó ella dando una patada a una zanahoria—. ¡Está clarísimo lo que tienes que hacer! ¡No escribir más, Mo, no escribir más! ¡Callar todo lo que te ha sucedido en el *couvent*!

—Pero eso no puede ser, Pauline Bernardette. Mi voz interior me ordena que escriba.

—Sí, bien sur, pero la voz te demandará que escribas *très bien*. ¿Y qué hay que hacer para escribir *très bien*?

—¡Cualquiera sabe!

—¡Corregir, Mo! ¡Pulir, Mo! ¡Retocar, Mo! Y es eso lo que debes hacer si quieres obedecer bien a la voz interior: corregir, pulir y retocar lo escrito hasta ahora. ¿Sabes cuántos años necesitó San Agustín para corregir, pulir y retocar sus *Confesiones*?

—No, no lo sé.

—¡Diez años, Mo! ¡Diez años!

Al oír aquello, respiré más tranquila.

—¿Y luego? ¿Qué le pasó? ¿Se murió? —quise saber.

—¡Absolutamente no! Después de pasar diez años corrigiendo, puliendo y retocando, comenzó la segunda parte de sus Confesiones. Y ahora disculpa, Mo, pero tengo que seguir trabajando.

Dicho y hecho, la pequeña monja comenzó a meter zanahorias en su cesto. Por mi parte, me quedé más tranquila, respirando mejor que otras veces. Luego fui a tumbarme en el césped del jardín del *couvent* y tomé la decisión: corregiría, puliría y retocaría la primera parte de mi vida. Algún día, en caso de que surgiera la necesidad, seguiría con el resto. Y así hasta hoy. Como dice el refrán:

Mientras vive a sus anchas, la vaca va dando largas.

FIN



BERNARDO ATXAGA (Asteasu, Guipúzcoa, 27 de julio de 1951 -). Seudónimo por el que es conocido el escritor español José Irazu Garmendia. Su obra abarca cuento, novela, poesía y ensayo y ha sido escrita y publicada íntegramente en euskera. Traducido a numerosas otras lenguas, es el escritor en euskera más leído y traducido. Se licenció en Ciencias Económicas por la Universidad de Bilbao y en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona.

Miembro de pleno derecho de la Real Academia de la Lengua Vasca desde 2006, en noviembre de 2010 también fue nombrado miembro de Jakiunde, Academia de las Ciencias, de las Artes y de las Letras.

Actualmente vive en la localidad alavesa de Zalduendo.

Notas

[1]

(Dicho entre nosotros, buena gente,
Para reconocer
que no se es inteligente,
habría que serlo). <<

[2] *Yo tenía una compañera*. <<

[3]

(Eres como el mismísimo sol
como la mismísima flor
como un espejo limpísimo.
Si llegara a ver tu rostro
no sería posible
esta paciencia que ahora tengo.
¡Eres tan digna de alabanza!
Versión de Marcel Blanc <<

[4]

(Tengo siete molinos en un río
y el octavo junto a mi casa.
Tres palomas van en carroza.
De las tres, la del medio va en mi corazón.)
Versión de Marcel Blanc <<

[5] (Adorada mía, no tengo noticias tuyas.
¿Acaso no quieres considerar lo desgraciado que soy?
Sólo con escuchar tu nombre, mi corazón se hace llanto.)
Versión de Marcel Blanc <<